

JOHN BLACKBURN

UNA GUIRNALDA
DE ROSAS



Lectulandia

Billy Fenwick, el hijo menor de un oficial del ejército inglés, desaparece de un coche-cama al pasar el tren por Alemania Oriental. La desaparición se achaca, al principio, a una de esas desafortunadas circunstancias originadas por la guerra fría. No obstante las autoridades de Rusia y de Alemania del Este parecen hallarse tan alarmadas como las de Occidente. El caso no tarda en revestir un aspecto mucho más tenebroso. Las autoridades militares se aúnan con las científicas; *sir* Marcus Levin, el famoso bacteriólogo, es consultado al efecto. El problema se complica mediante los contactos del muchacho en la maraña de la dividida Alemania y la renuncia de casi todo el mundo a hablar del asunto.

Una guirnalda de Rosas constituye una excelente obra siniestra, que capta el interés desde las primeras páginas. Mezcla de novela de espionaje y de terror, *Una guirnalda de rosas* exuda horror en cada capítulo. Al finalizar su lectura, uno no puede sino preguntarse por los peligros de las armas biológicas manejadas por personas perturbadas.

John Blackburn, que ya ofreció su capacidad creadora con la obra *Octavo en azul*, ha sabido conjugar a la perfección un cuento de hadas alemán macabro con un misterio político y científico de la mayor actualidad.

Lectulandia

John Blackburn

Una guirnalda de rosas

ePub r1.0

Titivillus 26.08.16

Título original: *A Ring of Roses*
John Blackburn, 1965
Traducción: Rosalía Vázquez
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Oyó distante el silbato de la locomotora y el tren atravesó lentamente, con ruido seco, lo que parecía un puente de hierro, deteniéndose por último. Era la sexta parada desde que salieran de Berlín.

Billy Fenwick permanecía tumbado, muy rígido, en la litera superior del coche cama y tenía la seguridad de que era la sexta parada, ya que las había ido contando una a una. También sabía que faltaban exactamente veinticinco minutos para las dos y que para entonces estaban a casi medio camino de la frontera. El reloj de pulsera que colgaba del riel de la litera era una de sus más preciadas posesiones; se lo habían regalado al cumplir los nueve años y cada dos por tres echaba una mirada a su esfera luminosa. Cualquier cosa por pasar el tiempo, por evitar el quedarse dormido, para impedirle clavar la vista en la celosía de la ventanilla que, bajo la luz azulada de la pequeña bombilla, situada sobre la puerta, parecía una lámina de reluciente metal.

Mas no debía sentirse atemorizado porque ahora ya tenía nueve años. Era todo un hombre, como le decían constantemente. Mamá le había asegurado que, en el exterior, no había monstruo alguno y que todo era imaginación suya. Robin no estaba asustado y tan sólo tenía cinco años y medio. Billy, abalanzándose sobre el borde de la litera miró hacia abajo a su hermano que se encontraba acurrucado, durmiendo como un lirón, con la cabeza hundida en la almohada, sobre la que aparecía, bordada en seda roja la palabra «Bundesbahn». Permanecía tan inmóvil que hubiera podido estar muerto.

No, Robin no tenía miedo; mas ¿por qué había de tenerlo? Robin era demasiado joven para saber por qué la ventanilla estaba tan herméticamente cerrada. No podía imaginarse el helado desierto que se extendía fuera, con sus enmohecidas alambradas de púas y los lívidos seres que permanecían allí, en pie, acechando los trenes. Robin no se daba cuenta de que en cada parada había peligro, que en aquel preciso momento la gente se estaba acercando a ellos y que si el tren no se ponía pronto en marcha de nuevo, acaso alguno levantara la mano, abriera la ventanilla y trepara por ella. Billy miró de nuevo hacia la celosía. Bajo aquella tenue luz no podía leer el letrero que aparecía sobre ella, pero sabía perfectamente lo que decía: *Se ordena al personal aliado que no levante las celosías cuando el tren pase a través del territorio de Alemania Oriental*. Papá le había dicho que ello se debía a algo llamado acuerdo de seguridad, pero él estaba mejor enterado. Era a causa de aquellos seres grises que esperaban bajo el frío.

Y dos de ellos se encontraban ahora allí. Unas gotas de sudor le corrieron por la frente mientras escuchaba. Sí, se oían pisadas que atravesaban las vías; alguien hablaba en voz baja y gutural, alguien rió y sonaron unos golpes precisamente debajo de la ventanilla. Apretó las mantas fuertemente bajo la barbilla, tratando de no gritar

aunque tenía la seguridad de que de un momento a otro la ventanilla se abriría y podría ver una mano deslizarse por debajo de la celosía. Callaron los golpes, volvió a oírse otra risa profunda y prácticamente pudo ver unos dedos manipulando en el cierre de la ventanilla. Pero entonces el vagón rechinó, las ruedas empezaron a girar; estaban otra vez en marcha y se encontraba a salvo.

Billy, retirando las mantas, sonrió aliviado. Mientras el tren estuviera en movimiento todo iría bien y nada había que temer. Acaso todo el tiempo había estado a salvo en realidad y todo fueran imaginaciones suyas. Después de todo, papá y mamá estaban en el compartimento de al lado y no dejarían entrar a nadie. Papá era comandante del ejército. Había alcanzado «mando de armas», como se decía, aunque aquello parecía bobo porque trabajaba en una oficina y no tenía la menor relación con campaña alguna. Papá impediría que nadie abriera la ventanilla.

Ahora el tren iba muy de prisa, el vagón dando bandazos y las ruedas deslizándose ruidosas sobre los raíles, recordándole una canción de Burl Ives: *Debajo de esta piedra me veo obligado a yacer, víctima de una mosca azul*. Billy marcaba con la cabeza el ritmo de las resonantes ruedas y se sintió feliz de volver a casa.

En un principio le gustó Berlín, pero había permanecido allí demasiado tiempo. Año y medio, casi toda una vida. Sólo unos cuantos kilómetros más y podría olvidar para siempre a los seres grises.

Sin embargo, tal vez hubiera otra parada antes de que el tren atravesara la frontera para adentrarse en Alemania Occidental. La séptima parada, la realmente importante, porque el siete era algo especial. Los siete días de la semana, los siete pecados capitales, las siete maravillas del mundo. Más valía que se asegurara de que la ventanilla estaba bien cerrada, por si acaso volvían a detenerse antes de la frontera; la séptima parada.

Billy se descolgó por el costado de la litera, deslizándose con todo cuidado para no despertar a Robin, y tanteó el pestillo. Todo estaba en orden; se encontraba herméticamente cerrada y la celosía estaba también perfectamente acoplada. El estrepitoso sonsonete se había convertido en un alegre ronroneo y los vasos oscilaban en sus soportes encima de la palangana. Billy miró hacia la puerta. Sería divertido salir al corredor un momento y demostrar así que no estaba asustado, asegurarse de que no había peligro mientras el tren estuviera en movimiento. Además, tal vez fuera estuviera Hans y le gustaba hablar con él. Hans ahora sólo era un empleado de coche cama, pero durante la guerra había sido piloto de la Luftwaffe, habiendo derribado unos veinte aviones rusos. Mamá le había dicho que no hiciera mucho caso de las historias de Hans, mas a él le divertía escucharlas.

Poniéndose el reloj, y procurando nuevamente no despertar a Robin, Billy abrió la puerta y salió del compartimento. Las luces parpadeantes sobre los cristales de las ventanillas, el reluciente suelo metálico y los letreros azules en los que se leía «*Toilette*» al final del pasillo, le dieron la sensación de encontrarse en una nave espacial, un cohete navegando veloz por el vacío. Sin embargo, no se veía ni rastro de

Hans; probablemente habría ido a charlar con el guardián o cualquier otro de los empleados. Era lástima, pero si iba al lavabo y lo tomaba con calma, tal vez cuando saliera habría regresado Hans. Cuando en setiembre fueron a Hannover, Hans estaba en el tren y no llegó a terminar de contarle aquella historia sobre el envío por aire de suministros a Stalingrado. Quería enterarse del final.

Billy avanzó muy despacio por el corredor. Aun cuando la calefacción estaba instalada en el suelo sintió éste helado bajo sus pies descalzos y se aferró a la barandilla para asegurarse contra los tumbos del tren. Se detuvo ante la puerta del lavabo y lanzó una mirada a la cortinilla que cubría la ventanilla de la portezuela de salida. Era de las de resorte y estaba sujeta abajo con un pestillo metálico. Sólo una vuelta al pestillo y la cortinilla saldría disparada hacia arriba y entonces averiguaría con seguridad lo que había en el exterior. Imaginaciones o el desierto helado con sus seres grises que permanecían allí en pie, esperando que los trenes se detuvieran.

Pero no, no podía hacerlo. Detrás de la ventanilla había cosas repelentes, inimaginables; y ése era el motivo de que las cortinas estuvieran bajadas. Por eso habían puesto el letrero. Además, si alguien le veía se encontraría en dificultades. Hans podía pescarle o acaso alguien saldría de alguno de los compartimentos. Miró con cautela hacia la puerta que había junto al lavabo. Era la número 18. La ocupaba el comandante Wood, el viejo «Timber» Wood, como le llamaba papá. A él no le gustaba el comandante Wood con sus enormes bigotes de color zanahoria, siempre oliendo a *whisky* y a humo de pipa, y pellizcando continuamente la oreja de Billy, preguntando: «¿Y cómo está la joven esperanza, eh?», siempre que se lo encontraba. Si la cortinilla saliera disparada hacia arriba con estrépito, podía imaginarse al viejo «Timber» salir del compartimento realmente furibundo.

Pero aquello era imposible. El tren hacía demasiado ruido para que nadie pudiese oír que subía la ventanilla y en el coche restaurante había oído a «Timber» decir a papá que se estaba asegurando una buena noche de descanso con una botella de «Haig». «Una botella en la mesita de noche para el muchacho», había asegurado. A esas horas «Timber» estaría roncando tranquilamente y nada sería capaz de despertarle hasta que Hans le avisara poco antes de llegar a Hannover.

Sí, tenía que averiguar lo que había detrás de aquella ventanilla. Cualquiera que fuese el riesgo que corriese. Con extrema cautela, embargado por una mezcla de temor y audacia, Billy soltó el pestillo. La cortinilla subió sin el menor ruido, pero por la parte de fuera del cristal se habían acumulado la escarcha y el polvo formando una capa que le permitía tan sólo ver un tenue destello de luz, posiblemente de la Luna.

A pesar de todo tenía que ver lo que había fuera. Ya se había arriesgado mucho y por fin tenía que conocer la verdad; si era tan sólo imaginación suya o si en realidad en el exterior se extendía un desierto... Un desierto helado, con grupos dispersos de árboles escuálidos y erizados como las plantas de cactus que *Miss Murphy* tenía en la clase de botánica, y siempre allí la gente permanecía en pie acechando a los trenes.

Casi como si alguien le guiara la mano, la alargó y alcanzando el pestillo dejó caer el cristal. Una ráfaga de viento helado le azotó la cara. Por un momento le hizo cerrar los ojos, mas al abrirlos de nuevo casi gritó de alivio.

Pues allí no había desierto alguno. Tan sólo campo corriente, el mismo que conocía en casa. La ventanilla únicamente había bajado hasta la mitad, pero a través de ella pudo distinguir las copas de los pinos y una serie de colinas que se erguían a la luz de la luna. No, no había desierto; a pesar de ello, tal vez estuvieran allí aquellos seres. Tenía que averiguar si eran simplemente fruto de su imaginación, y había una forma de saberlo. Una manera absolutamente segura, ya que la portezuela se abría en contra de la dirección del tren y así no se cerraría. Hizo girar el picaporte, empujó la puerta abriéndola y al punto se sumergió de lleno en la pesadilla.

—Debes tratar de tranquilizarte, cariño. Tienes que procurar tomarlo con calma. — Tom Fenwick trató de hablar en tono confiado, aun cuando no sentía la más mínima confianza—. Pronto encontrarán a Billy sano y salvo. No sabría decirte por qué, mas tengo la certeza de que estará bien.

—Dices que estará bien. —Mary Fenwick no levantó la vista hacia su marido. Permanecía de pie mirando por la ventana, con la palidez en su rostro, y sin la menor expresión. Tom tenía la mano sobre el hombro de ella y pudo sentir tensarse sus músculos como si estuvieran bajo el efecto de una gran excitación—. Hace ya cuatro horas que ha desaparecido Billy. No sabemos lo que puede haberle ocurrido, pero probablemente cayó del tren en marcha. Y lo único que sabes hacer es permanecer ahí de pie y decir que estás seguro de que se encuentra bien.

—Tengo la seguridad de que el comandante está en lo cierto, *Mrs. Fenwick*. —El teniente Sutherland aún no había cumplido los veinte años y se sentía espantosamente desolado y nervioso—. Permítame que la acompañe al hotel, por favor, *Mrs. Fenwick*. Se está haciendo todo lo humanamente posible para encontrar a su hijo. — Consultó el reloj y luego miró a Fenwick—. Hace unos diez minutos que el coronel Baxter espera, señor.

—Sí, claro. —Tom siguió la dirección de la mirada fija de su mujer. Bajo la luz del débil sol invernal, los altos y blancos edificios de Hannover se erguían seguros y alegres, al abrigo de todo peligro; palacios de cuentos de hadas burlándose de su terror—. Por favor, vete al hotel con *Mr. Sutherland*, Mary —dijo—. Te informarán tan pronto como haya alguna noticia. Por favor, hazlo por mí, cariño.

La observó al volverse y alejarse lentamente, tropezando sus pies ligeramente con la alfombra. Luego dirigióse hacia la puerta que se encontraba al final del salón de recepción.

—¡Ah! Ya está usted aquí, comandante.

El coronel Baxter del Servicio Secreto Militar británico hizo un pobre remedo de sonrisa al entrar Tom.

Bajo un rostro acartonado y moreno, más por causa del alcohol que por efectos del sol y los vientos y los ademanes bruscos de un militar que no aguantaba tonterías de nadie, ocultaba un espíritu en extremo atemorizado. Y desde luego, en aquel momento, tenía miedo. Debía en gran parte su posición a los esfuerzos de una mujer ambiciosa y bien relacionada y sabía que un solo movimiento en falso le lanzaría de nuevo al limbo. Aquel asunto le había colocado en una situación endiablada. Si el muchacho había caído realmente del tren, él, Baxter, recibiría con toda seguridad y en cualquier momento una protesta de las autoridades de Alemania Oriental, y precisamente el mes anterior había cursado un memorándum desde Londres

indicando que había de mantenerse las mejores relaciones posibles con vistas a la próxima conferencia de las Naciones Unidas. Y si, por otra parte, se hacían realidad sus propias sospechas sobre lo ocurrido, entonces... No, por el momento no quería ni siquiera considerar aquella posibilidad.

Pero había que reconocer que aquel pobre hombre estaba fuera de sí. Estudió la cara de Tom mientras se dirigía a él.

«Atormentado», era la única palabra capaz de describir su expresión y le recordó un cántico de la Primera Guerra Mundial: *Los he visto colgando de viejas alambradas de púas*.

—Acérquese y tome asiento. —Hizo un ademán indicando al individuo que se encontraba de pie junto a la ventana—. Creo que ya conoce a *Herr Von Zuler*.

—Sí, somos viejos conocidos, ¿verdad, comandante? —Kurt von Zuler, oficial de enlace entre las fuerzas de la OTAN y el Servicio de Inteligencia —*Abwehrdienst*— de Alemania Occidental, avanzó arrastrando su pie de acero, dando la impresión de lo que en realidad era: duro, frío y eficiente. Olía ligeramente a perfume y la mano que estrechó la de Tom relucía de sortijas—. Permítame en primer lugar que le diga, comandante, lo desolado que me siento. Cuán, cuán desolado me siento por lo de su hijo.

—Gracias. —Tom sentóse frente a la mesa de escritorio. Detrás de ella la pared aparecía casi cubierta con fotografías de Baxter; Baxter de uniforme, Baxter con sombrero hongo estrechando la mano de la Reina Madre, Baxter con *tweeds* y una escopeta debajo del brazo, Baxter sentado en la primera fila de un equipo de *cricket*. En cualquier otro momento la vanidad de aquel hombre le habría parecido ligeramente divertida. Pero no en aquella ocasión. Tenía la sensación de que jamás volvería a encontrar nada divertido—. ¿Supongo que no habrá llegado ninguna noticia?

—No, me temo que nada de importancia, aunque estamos siguiendo hasta el más pequeño rastro posible. Pero ¿le importaría que hiciera una pequeña recapitulación en beneficio de *Herr Von Zuler*? Su Departamento nos ha prometido la cooperación más completa posible.

—Desde luego que no.

Tom asintió, mas no comprendía nada en absoluto. Von Zuler trabajaba para la organización de contraespionaje. ¿Qué posible interés podía tener en la desaparición de Billy?

—Bien. Ahora examinemos la situación. —Baxter estudió el mapa extendido sobre su mesa de escritorio—. El tren salió de la estación de Charlottenburg, en Berlín Occidental, a las diez cuarenta y cinco de anoche. Poco después usted y su familia fueron al coche restaurante y permanecieron allí una media hora. ¿No es así?

—Sí, debió de pasar alrededor de media hora. —Tom trató de rememorar lo ocurrido. «Timber» Wood proyectaba ir al partido de *rugby* en Hamburgo y habían tomado un par de copas para desearle suerte. Mary y él bebieron *gin* con tónica y los

muchachos «Coca-Cola»—. Me parece recordar haber mirado el reloj que había sobre la barra del bar, al salir de vuelta a nuestros compartimentos, observando que era alrededor de las once y veinte.

Sí, estaba en lo cierto. Habían disfrutado mucho con aquellas copas, y los niños, que habían dormido la siesta por la tarde, estaban despiertos y felices porque volvían a casa. Desde luego a Billy la idea del viaje le había puesto tenso, pero aquello no era nada nuevo. Siempre ocurría lo mismo. Acaso el pobre chiquillo había tenido una especie de premonición de que algo iba a ocurrirle. Tal vez lo supo siempre. Al darle las buenas noches con un beso, tenía en su rostro aquella expresión extraña y tensa, como si quisiera decir algo pero se contuviera frente a Robin. Si al menos hubiera logrado que se lo dijera. Si Billy hubiera dormido con él y Mary con Robin. Si...

—Y esto es todo cuanto en realidad sabemos con certeza, *Herr Von Zuler*. —La voz de Baxter interrumpió sus pensamientos—. El comandante Fenwick y su familia regresaron a sus departamentos aproximadamente a las once y veinte. Concedamos alrededor de un cuarto de hora para despedirse y acostarse. ¿Correcto, comandante?

Observó el ademán afirmativo de Tom e hizo una nota sobre una hoja de papel que tenía junto al mapa.

—Exacto. Hasta después de las once treinta y cinco, poco más o menos, nada sabemos. Nada en absoluto hasta que el tren hubo dejado bien atrás la frontera, adentrándose en Alemania Occidental. ¿De acuerdo?

—Desde luego.

Tom apartó su mirada de la de Baxter. Habían dejado bastante atrás la frontera cuando oyeron los golpes. En un principio pensó que era el empleado avisándoles, pero al consultar su reloj comprobó que eran sólo las cinco y cuarto y aún había de transcurrir una hora antes de llegar a Hannover. El tren se bamboleaba ligeramente, y había pensado que era simplemente la puerta que golpeaba hasta que vio a Mary levantarse de su litera para abrirla. Al entrar Robin en el departamento pasó estruendoso otro tren, impidiéndole oír lo que decía. Cuando de nuevo todo quedó tranquilo, captó claramente sus palabras.

«Billy no está, mamá. Billy no está... no está... no está...»

—De manera que su hijo debe de haber abandonado el tren entre las doce y media y las cinco y cuarto, hora en que se despertó su hijo pequeño y vio que no estaba. —Baxter garrapateó otra nota en su bloc—. Digo doce y media porque el vagón restaurante cierra a medianoche y debemos conceder al menos media hora mientras otros pasajeros se instalaban en sus departamentos. Desde luego, alguien lo hubiera visto si con anterioridad a esa hora hubiera vagado por el corredor. Si nuestra otra teoría se confirma, no se hubieran arriesgado a intentar nada hasta mucho más tarde.

—¿Su otra teoría? —Tom alzó la vista sobresaltado—. No comprendo. ¿Quién no se hubiera arriesgado a intentar nada?

—Después nos ocuparemos de eso, comandante Fenwick, mas, por favor, déjenos aclarar antes un par de extremos. ¿Me permite, coronel?

Von Zuler, inclinándose, trazó con un lápiz dos ligeras cruces sobre el mapa.

—Hemos realizado la comprobación con las autoridades del ferrocarril y durante el período indicado el tren debía encontrarse entre los suburbios occidentales de Magdeburg, en Alemania Oriental, y Fallersleben, a doce kilómetros de la frontera, por nuestro lado. Mientras atravesó Alemania Oriental hizo nada menos que siete paradas. Como probablemente ya saben, con frecuencia detienen deliberadamente esos trenes para fastidiarnos, pero en esta ocasión acaso existiera otro motivo.

Levantóse de nuevo, con la mirada fija en el horizonte de Hannover y el entrecejo fruncido, mientras la luz del sol proyectaba destellos en su ensortijada mano.

—Y ahora, comandante, examinemos primero la solución más racional —dijo—. Ha indicado que Billy parecía ansioso antes de irse a la cama. ¿Sufría ataques de sonambulismo?

—No, que yo sepa. —Tom negó con la cabeza—. Cuando era muy pequeño solía sentir terrores nocturnos; no obstante, a los seis años pareció haberlos olvidado.

—Comprendo. Entonces podemos descartar esa teoría. —Von Zuler seguía con la mirada clavada en los altos edificios como si acaso éstos pudieran decirle lo que quería saber—. Sí, un muchacho de nueve años —musitó y parecía como si estuviera hablando consigo mismo—. Un muchacho de nueve años, imaginativo, más bien nervioso pero absolutamente normal, que desaparece de un tren cuando está atravesando el territorio de Alemania Oriental como consecuencia de un acuerdo establecido con Rusia a raíz de la guerra. Un acuerdo que, como muy bien saben, constituye una amarga espina para el gobierno de Alemania Oriental. Ha quedado claramente establecido que no abandonó el tren en nuestro lado de la frontera. Hemos registrado cada centímetro.

—¿Y qué me dicen del lado oriental? ¿Han registrado ya entre Magdeburg y la frontera?

—Han prometido hacerlo, pero aún no sabemos nada. Tienen mucha distancia que cubrir y no creo que vayan a excederse en favor nuestro. Recuerde que durante años han estado tratando de suspender esos trenes.

—Perdonen un momento. —Baxter repiqueteó con el lápiz sobre la mesa del escritorio—. Tal vez considere ésta una pregunta inútil por el momento, comandante Fenwick, mas ¿tenía su hijo alguna amistad con el empleado del coche cama, un tal Hans Loser?

—Le conocía. Billy ha viajado con frecuencia en ese tren y a veces en el vagón de Loser.

Tom los contempló con mirada vacua. Su hijo se había perdido. Había desaparecido de un tren sin dejar rastro. Probablemente para entonces ya estaría muerto, o espantosamente mutilado, junto a cualquier vía férrea. Pero aun cuando la actitud de Baxter y Von Zuler pareciera exteriormente compasiva, tenía la impresión de que para ellos acaso la muerte del chiquillo no fuera la peor de las posibilidades.

—Billy era un niño muy sociable —manifestó—. Charlaba con Loser y eso es

todo.

—Gracias, comandante. De hecho, mantenían relaciones amistosas. Lo suficiente para que Billy saliera del departamento, si Loser le hubiera llamado durante la noche, ofreciendo tal vez mostrarle algo interesante.

—Supongo que sí, mas no acabo de comprender lo que quiere decir. Loser no puede tener nada que ver con eso. De hecho se mostró genuinamente trastornado cuando descubrimos que el muchacho había desaparecido.

—Estoy seguro de que parecería trastornado, comandante Fenwick. —Von Zuler se acercó desde la ventana mientras encendía un cigarrillo—. *Herr Loser* es un consumado embustero, aun cuando al parecer, no demasiado tenaz. —Se puso unas gruesas gafas y sacó un bloc de notas—. Después de que la policía hubo registrado el tren, Loser hizo una declaración. Dijo que entre las tres de la madrugada y las tres quince estuvo en la cocina haciéndose una taza de café, pero que aparte de ello en ningún momento de la noche había abandonado su asiento en el corredor. También declaró que las cortinillas de todas las puertas y ventanas estaban bajadas de acuerdo con el reglamento. Pues bien, su historia no se tenía en pie. —Von Zuler parecía ligeramente confuso al utilizar aquella frase de lenguaje vulgar—. Si Billy hubiera abandonado el tren por la ventanilla del departamento, es casi seguro que su hermano le hubiera oído. En algún momento debió de salir al pasillo, y, a menos que hubiera sido entre las tres y las cuatro, Loser estaba mintiendo.

—Pero ¿por qué? ¿Qué razón puede tener?

En el fondo de su mente a Tom le pareció escuchar el estruendo del tren, ver abierta la puerta del compartimento y a Billy salir parpadeando al corredor. También podía sentir sus propias uñas clavadas en la muñeca.

—Loser dice que mintió simplemente para no perder su empleo. Nuestra Policía sabe cómo interrogar a los testigos y al cabo de un tiempo se le persuadió para que cambiara su declaración. —El alemán se permitió una breve sonrisa—. Ahora declara que como el compartimento final del vagón inmediato se encontraba desocupado, entró en él y se tumbó desde la una hasta las cinco de la madrugada. Al volver encontró subida una de las cortinillas de la portezuela. La cerró pensando que se habría olvidado de asegurar el sujetador, y no volvió a acordarse de aquello hasta que más tarde descubrieron la desaparición de su hijo. Al principio creyó que toda aquella historia era una especie de broma por parte de los dos chiquillos, y siguió aferrado a su versión de no haber abandonado en absoluto el pasillo salvo durante aquellos quince minutos. Cuando se hizo evidente que Billy había desaparecido, estaba demasiado asustado para alterarla.

—Evidentemente Billy cayó por una portezuela. Se despertó a media noche y salió al corredor.

—Ahora Tom podía verlo con claridad. Billy abriendo la portezuela para mirar, sujetándola contra el viento y atisbando por una rendija. Sería entonces cuando debió de escurrirse o acaso el tren frenara de súbito, cayendo de cabeza en la noche, y la

portezuela cerrándose de golpe tras él. Casi podía oírle gritar.

—Pudo haber caído; en cuyo caso la Policía de Alemania Oriental pronto nos notificará que lo han encontrado. Tal vez las cosas se hayan desarrollado de otra manera. —De repente, Baxter adoptó un tono muy afectuoso—. Debe estar preparado para que tal vez le comuniquen la muerte de su hijo, comandante Fenwick.

Naturalmente, espero que no sea así, pero si está vivo, acaso se encuentre en una situación casi tan horrible. Quiero que también esté preparado para eso. Un momento, por favor.

Interrumpiéndose cogió el auricular del teléfono que sonaba a su lado.

—¡Ah! Por fin ha podido comunicar, cabo. No, no me pase la llamada aquí. Hablaré en el despacho contiguo. Vuelvo en seguida, caballeros.

Levantándose se dirigió con rigidez hacia la puerta.

—¿Quiere que termine lo que el coronel estaba a punto de decirle, comandante Fenwick? A fin de cuentas, yo fui quien le inculcó la idea.

Los ojos de Von Zuler eran como dos guijarros azules tras los gruesos lentes, y su cigarrillo, pegado al labio inferior, oscilaba al hablar.

—Me temo que mi mente es muy suspicaz y al enterarme de que Loser había mentido, al decir que estuvo en el pasillo, empecé a preguntarme si no habría mentido por alguna razón más siniestra que la que declaraba. Por el momento nuestras investigaciones sobre él son algo incompletas, pero nos hemos enterado de algunas cosas interesantes. Al parecer, Hans Loser ha tenido recientemente dificultades económicas y también que su madre y su hermana viven en Berlín Oriental. ¿Comprende lo que estoy insinuando, comandante?

—Creo que sí. —Tom asintió, mas en realidad no lo comprendía en absoluto—. ¿Quiere decir que tal vez Loser trabaje para alguna organización de Alemania Oriental que tenga algo que ver con la desaparición de Billy?

—Creo que es posible que así sea, pero no podremos estar seguros de ello hasta oír lo que los «vopos^[1]» digan al coronel Baxter. No obstante, si mi teoría es correcta, creo que ha ocurrido lo siguiente: Durante una de esas paradas forzosas, Loser pidió a su hijo que saliera del compartimento. Entonces, abriendo la portezuela del pasillo se lo entregó a alguien que estuviera esperando fuera. De hecho lo secuestraron, *Herr* comandante.

—Entonces Billy puede estar aún vivo. —La esperanza invadió a Tom, pero en el mismo instante frunció el ceño ante lo absurdo de aquella idea—. ¡Secuestrado! Pero ¿con qué fin? Aparte de mi sueldo y una casa fuertemente hipotecada en Londres, no tenemos ni un céntimo.

—En efecto, no tiene usted mucho dinero, pero no se desestime, comandante Fenwick. —Von Zuler hizo una mueca y dio una ligera chupada a su cigarrillo—. Usted tiene algo que para ellos es mucho más valioso que el dinero. He repasado su historial militar y es evidente que tiene una memoria realmente notable para los datos técnicos.

—Sí, tengo buena memoria, pero...

—No, no se trata sólo de buena memoria. Una fantástica memoria. Casi..., ¿cómo dicen ustedes...? una memoria fotográfica. —El alemán asintió aprobador; el cumplido de un profesor a un alumno distinguido—. Y además, hasta la semana pasada ha estado usted trabajando en la oficina de señales, en Berlín Occidental, donde existe una de las nuevas máquinas para el descifrado Haley-Moncelli que el Ministerio de Asuntos Exteriores Británico ha prestado a su ejército. Sabemos que en Rusia algunas personas tienen excesivo interés por conocer las características de esas máquinas y me pregunto, tan sólo me pregunto, si su notable memoria podría facilitarles un circuito.

—Sí, supongo que podría hacerlo. —Incluso mientras hablaba, un diagrama pasó rápido ante los ojos de Tom—. Creo poder recordar los detalles del circuito, pero aún sigo opinando que no llegarían a tales extremos. Me refiero a la publicidad a que todo ello daría lugar. Y Billy es tan sólo un niño... de nueve años... nadie sería capaz...

Su voz se quebró en un tartamudeo semejante a un disco de gramófono roto.

—Sí, sólo nueve años, comandante. Nueve años y tres meses para ser más exactos. Un pobre chiquillo, pero muy importante, si su padre valora sobre todo su seguridad. —Von Zuler, abriendo un armario junto a la ventana, sacó una botella y dos vasos—. Ya pensaba que el coronel Baxter guardaría probablemente algo interesante. Realmente deberíamos esperar a que nos brindara su hospitalidad, pero dadas las circunstancias...

Encogiéndose de hombros se dirigió cojeando pesadamente hacia la mesa del escritorio, con los dos vasos en la mano.

—Bien, brindemos, comandante. Y hagámoslo porque mi teoría sea equivocada, absolutamente equivocada. Roguemos porque su Billy sea tan sólo un chiquillo travieso que cayó de un tren mientras éste avanzaba despacio, y que pronto se lo devolverán sano y salvo.

Alzando el vaso, bebió luego el *brandy* de un solo trago, con movimiento experimentado, en el momento de abrirse la puerta.

—Lo siento. Siento mucho haberles hecho esperar, caballeros.

El rostro normalmente tenso y bronceado de Baxter aparecía moteado e hinchado, y hablaba entrecortadamente, como si hubiera estado corriendo. No pareció darse cuenta de que ellos mismos se habían servido bebidas, sino que dejándose caer en su sillón se quedó mirando a Tom.

—Bien, Fenwick —exclamó al fin—. Supongo que Von Zuler le habrá puesto al corriente de su teoría, y lamento mucho, muchísimo, reconocer que parece estar en lo cierto. ¡Esos canallas! ¡Santo cielo, malditos canallas!

En su frente latía un pequeño tic y levantó la mano como si tratara de controlarlo.

—La llamada era del cuartel general de Policía de Alemania Oriental. Dicen que han registrado al centímetro la línea entre Magdeburg y la frontera y que no hay el menor rastro de su hijo. El individuo con el que he hablado, un tal coronel Behr, ha

insinuado que toda la historia era un embuste; un truco occidental para desacreditar a su gobierno.

Baxter, haciendo una pausa, se sonó con violencia.

—En efecto, comandante, me temo que tan sólo existen dos alternativas posibles. Su hijo ha sido secuestrado o bien se ha esfumado completamente.

—Sí, en definitiva, sírvame otro, camarero. Pero esta vez doble, por favor. —John Forest, corresponsal jefe de la Consolidated Press en Alemania Occidental, sonrió entre el humo del acogedor y pequeño bar—. ¿Está seguro de que no quiere otra copa, muchacho? ¿Completamente seguro?

—No. Creo que más vale que no tome otra, gracias. —El teniente Sutherland se concentró ante la sonrisa de su compañero. Al salir de servicio, hacía dos horas, tenía la intención de tomar sólo una copa y, calculando por lo bajo, había ingerido ya al menos cinco cervezas y tres vasos de *schnapps*. Y desde luego los necesitaba, pues el día había sido infernal. Habían requerido su presencia en la oficina horas antes del tiempo reglamentario, y el jefe tenía un genio de mil diablos con aquel desgraciado asunto del niño Fenwick. Naturalmente a él, como el miembro más joven del personal, se le había encomendado la tarea de ocuparse de la madre y aún se estremecía con el recuerdo mientras apuraba el resto de la cerveza de su vaso—. Verá, he tenido una jornada agotadora y no quiero correr el riesgo de emborracharme.

—Sí, debe de haber sido un día muy difícil para usted. —Forest asintió con gesto comprensivo, como si leyera sus pensamientos—. Pobre mujer. Es realmente digna de lástima. Puedo imaginarme el estado en que se encontraría; se vendría abajo en el auto y cuando usted la condujo al hotel estaba ya completamente histérica. En Sandhurst debe de haber aprendido usted un montón de cosas útiles, pero me imagino que entre ellas no figuraría la manera de comportarse en situaciones semejantes.

—No, señor. Jamás me enseñaron cómo manejar situaciones así. —Sutherland sacudió la cabeza. Pensó que Forest era un tipo realmente simpático. Cordial, comprensivo y amistoso; muy diferente de su jefe. Cuando explicó al coronel los gritos y sollozos de Mary Fenwick en el vestíbulo del hotel, hasta que alguien localizó a un doctor que le dio un sedante, Baxter se limitó a asentir con la cabeza, diciéndole que volviera a su trabajo y tuviera cuidado de cerrar bien la puerta tras él. Sí, Forest era un tipo completamente distinto, y Sutherland se había sentido encantado y halagado, cuando se le acercó y se sentó con él en el «Europa Bar». Además, era un hombre importante; uno de los principales corresponsales de Fleet Street en Alemania. Sobre el escritorio de Sutherland yacía una copia mecanografiada de una novela larga que había escrito, y una indicación de John Forest podría tener gran influencia en su posible publicación—. Verá, creo que tomaré otra cerveza si no le importa, señor —dijo Sutherland, reanudando la conversación.

—Pues claro que sí, muchacho. Y también otro vaso de *schnapps* para acompañarla. La cerveza «Lager» sólo debe beberse sola con tiempo muy caluroso.

Forest llamó con el dedo al camarero y sonrió a Sutherland como un tío travieso. Y tras esa sonrisa le envidiaba. Envidiaba a Sutherland su juventud, su cuerpo

delgado y su información. Él ya tenía casi setenta años, pensándolo bien una edad endiablada para un corresponsal extranjero, y pesaba unos ciento diez kilos... en su mayoría carne fofa y colgante que le hacía avergonzarse amargamente cada vez que tomaba un baño.

Pero aun cuando no pudiera tener el cuerpo ni los diecinueve años de Sutherland, sí que podía tener su información. Siempre obtenía la información que deseaba; en parte debido a su actitud suave y cordial y también, simplemente, porque estaba allí. Aquél era el secreto del éxito, lo que realmente importaba, la razón por la que la firma jamás le retiraría a menos que él se lo pidiese; sólo por estar en el lugar adecuado en el momento adecuado. Rememoró algunas de las ocasiones en que así ocurriera: en Berlín, cuando viera el humo del Reichstag alzarse sobre la ciudad; alejándose de la costa norteamericana en un barco llamado *Morro Castle*; en Pearl Harbour cuando sentado ante su desayuno alzó la cabeza y escuchó la llegada rugiente de la primera oleada de bombarderos japoneses. Siempre estaba en el lugar oportuno cuando lo necesitaba.

—Creo que aún no han encontrado al niño Fenwick —dijo estudiando el rostro de Sutherland y observando con aprobación la expresión ligeramente confusa que empezaba a darle el alcohol.

Sabía que el muchacho había prometido bajo juramento no mencionar nada de lo que oyera en el despacho de Baxter, por lo que dio a su voz un tono ligeramente hastiado e indiferente. Después de todo no había necesidad de apresurarse todavía le quedaban tres horas para alcanzar las ediciones matinales. Algo más de halago y confianza y, desde luego, el muchacho hablaría.

—No, todavía no lo han hallado. Confidencialmente, entre usted y yo, no creo que lleguen a encontrarlo.

Mientras así hablaba, Sutherland sabía en su fuero interno que estaba faltando al reglamento, pero la observación de Forest parecía completamente inocente y el *schnapps* le producía una agradable sensación de flotar.

—¿De veras? ¡Qué interesante! —Forest se echó al colete el resto de la bebida. Algo bueno tenía su gordura, y era que parecía proporcionarle una resistencia casi indestructible para el alcohol. Sí, con toda seguridad olfateaba algo excelente. Había tenido la sensación por primera vez aquella mañana, al telefonarle su contacto en Hannover comunicándole que el tren militar procedente de Berlín llevaba una hora de retraso. Claro está, no es que aquello significara nada. Los alemanes orientales detenían continuamente aquellos trenes o les hacían dar un rodeo. Pero el hecho de que cuando al fin llegó a la estación, fuera registrado por la policía a causa de la desaparición de un niño y el que hubieran conducido a los padres al cuartel general del Servicio Secreto, le hizo trasladarse apresuradamente desde Bonn. Aquello tampoco era mucho para empezar, pero durante la tarde se enteró de que Kurt von Zuler había ido a ver a Baxter y que el padre del niño desaparecido había trabajado en la oficina de señales de Berlín. Sí, estaba sobre la pista de algo interesante y había

sido un golpe de suerte el encontrar a aquel oficial de Baxter en el «Europa Bar». Y tenía la intención de sacar el mayor fruto posible de todo ello—. Pero ¿por qué dice que no lo encontrarán? Desde luego, si cayó del tren en Alemania Oriental los «vopos» recuperarán su cuerpo en cualquier momento.

—No lo encontrarán, pero no puedo decirle cómo lo sé. —Sutherland sacudió la cabeza—. Por el momento todo el asunto es estrictamente secreto, ¿comprende? Muy muy secreto.

Por lo general se mostraba en extremo respetuoso con sus mayores, y la omisión del tratamiento, así como su confusa forma de hablar, era prueba evidente de su consumo de *schnapps*.

—Naturalmente, amigo mío. Hace muy bien en mostrarse reservado. —Forest asintió aprobadoramente e hizo de nuevo señas al camarero—. Por favor, otra para mi amigo, *Herr Ober*. Y ahora, veamos, *Mr. Sutherland*, respecto a esa novela que acaba de terminar. Resulta que soy bastante amigo del viejo Bill Seton, de la Wayland Press. Siempre está a la caza de jóvenes talentos. ¿Por qué no se la envió? Mencionando mi nombre, claro está. ¡Ah! bien, *Herr Ober*. Sí, también yo tomaré otro trago. Salud, muchacho. Para que Seton la acepte..., ¿cómo dijo que la ha titulado? Sí, naturalmente, *El mejor de los cinco*; realmente interesante —sonrió por encima de la mesa, un inmenso y jocosos Fraile Tuk, sin idea siniestra en la mente—. Pero ¿qué iba a decir sobre el niño Fenwick? ¿Por qué no van a encontrarlo y qué es lo que usted cree que ha ocurrido en realidad?

—Pero si ya se lo he dicho. No puedo hablar. ¡Caramba! El coronel me arrancaría la piel a tiras si dijera una palabra.

Sutherland se quedó mirando su copa. Parecía estar de nuevo casi vacía, aunque sólo recordaba haber tomado un sorbo desde que se la llenara el camarero.

—No sea tonto, amigo mío. —La mano de Foster, semejante a una aleta le oprimió el brazo con ademán tranquilizador—. La historia se dará a conocer de un momento a otro y no tiene que preocuparse respecto a Charlie Baxter. Fui al colegio con su padre y le conozco de toda la vida. En cualquier caso, le doy mi palabra de que jamás se enterará ni siquiera de que ha hablado conmigo.

—Bueno, si lo cree usted así... que el coronel no lo descubrirá... —El zumbido en la cabeza de Sutherland se había convertido ya en un sordo estruendo y se sentía ligeramente enfermo—. Si lo promete...

—Naturalmente que lo prometo, *Mr. Sutherland*; cualquier cosa que me diga será como un secreto de confesión. Venga, cuénteme todo lo referente a la desaparición del niño y le daré una convincente carta para la Wayland Press. —Forest, apoyando su inmensa cabeza sobre la mano hizo un ademán alentador—. Veamos, muchacho, empecemos desde el principio.

Sutherland necesitó media hora para contar cuanto sabía y Forest tomó nota de cada balbuceada frase. Cuando al fin hubo terminado, con una excusa se dirigió pesadamente hacia los lavabos. En ellos la luz era demasiado fuerte y le molestaba a

los ojos. Incluso a través de los pantalones su enorme peso convertía el asiento en un instrumento de tortura. Sacando un bloc de notas trató de concentrarse.

Sin embargo, recapacitó. ¿Era todo aquello remotamente posible? ¿Es que siquiera la M. V. D. podía haber hecho una cosa semejante? ¿Podía ser verdad la historia de Sutherland o acaso había interpretado los hechos a su manera, aderezándolos luego bajo el influjo del alcohol?

Y aun cuando fueran verdad, ¿se atreverían en ese momento a publicarlos? Se quedó mirando un rato el bloc, y luego encogióse de hombros. Aquélla era responsabilidad del editor y no suya. Su trabajo se limitaba a contar la historia y a presentarla de la forma más incitante posible. Sí, un niño secuestrado. Un niño cuyo padre había estado a cargo de la oficina de señales en el Berlín Occidental. Ese era el enfoque que necesitaba. Un niño pequeño, indefenso, secuestrado en el tren. Rebuscó en su mente una frase capaz de captar la atención para empezar la columna. Acaso de la Biblia. «Mejor que una muela de molino...» No, demasiado largo y rimbombante. En este caso hacía falta algo breve. Algo que hiciera incorporarse a la gente sobresaltada al abrir el periódico. Sí, esto parecía pintiparado. Sacó su lápiz y empezó: «Guerra contra los niños...»

—¿Dónde lo tienen ahora oculto? ¿Cuánto le pagaron? ¿En qué parada sacaron al niño del tren? ¿Cómo se llama la persona que le pagó, Loser?

Hacía ya más de tres horas que el sargento del Servicio Secreto Alemán había estado disparando preguntas y se sentía ya casi agotado. Un niño, reflexionaba. ¡Santo cielo! Un pobre chiquillo y el muy cerdo lo había traicionado.

—¡Vamos, Loser! ¿Quién le pagó?

—Nadie me pagó nada. No tengo nada que ver con la desaparición del muchacho. Tiene que creerme, sargento. Por el amor de Dios, tiene que creerme.

Hans Loser osciló sobre la correa que le sujetaba al asiento y sin la cual se hubiera desplomado en el suelo. Ansiaba que la luz dejara de herirle los ojos, necesitaba un sorbo de agua, un cigarrillo, que pusieran fin a las preguntas, pero sobre todo deseaba que aquella cosa que semejante a un pájaro se agitaba en su pecho, permaneciera quieta aunque sólo fuera un momento. Sí, era exactamente como un pájaro. Un pájaro aterrorizado y atrapado aleteando enloquecido junto a su corazón, las alas golpeando contra sus costillas en sus esfuerzos por liberarse, y de vez en cuando hundiendo el pico en su carne. Realmente no podía culpar al pájaro por querer ser libre, pero si al menos se estuviera quieto aunque fuera un momento.

—Mentí en un principio, sargento. Estaba asustado, ¿comprende?, y no les dije que me había ido al compartimento. No quería arriesgarme a perder mi empleo. Estoy seguro que lo comprende. Mi mujer está enferma y...

—Sí, su mujer está enferma. Necesita dinero; de manera que vendió al chiquillo para pagar sus deudas.

El sargento Schmidt sintió que su ira aumentaba como una válvula a presión. Si al menos estuviera en el otro lado, pensaba. Si al menos trabajara para un ejército carente de convicciones sentimentales sobre derechos humanos no existiría dificultad alguna para hacer hablar a aquel cerdo. Una inyección lenta y bien colocada de... ¿cómo lo llamaban...? pentotal sódico, le sacaría toda la verdad. O mejor aún... Schmidt tenía tres hijos y casi contra su propia voluntad flexionó los bíceps.

—Vamos, Loser, di toda la verdad. ¿Quién fue el primero en sugerirte el secuestro?

—Nadie, nadie en absoluto. ¿Cuántas veces tengo que decírselo?

Loser dijo aquello de forma casi automática al tiempo que el sargento daba la vuelta a la mesa de escritorio y se dirigía hacia él, su inmenso cuerpo velando la luz sobre sus ojos. En realidad sólo era capaz de pensar en tumbarse en una cama y esperar que aquella cosa en su pecho se calmara.

—¿Cuántas veces he de decir que no sé nada? ¡Santo Dios! ¿Cuántas veces?

Apenas sin interés observó al sargento alzar el brazo y vio la mano caer sobre él como un mayal.

—¡Basta! —Von Zuler se erguía en el umbral de la puerta y tenía el rostro contraído por el disgusto—. Se le dijo que hiciera hablar a este hombre, pero no con semejantes métodos.

—Lo siento, señor. —Schmidt, volviéndose, se le quedó mirando. Su voz era ligeramente pastosa y su mirada parecía vidriosa bajo la cruda luz—. No sé qué impulso me ha dominado, pero estoy con él hace más de tres horas y antes lo intentaron Braun y Lang. Supongo que perdí la paciencia, pero usted dijo que teníamos que hacerle hablar... que era el único cabo que teníamos. Las preguntas no parecían servir de nada y pensando en ese pobre niño...

Interrumpiéndose clavó la mirada con actitud aturdida en sus manos.

—Pero tal vez no hizo las preguntas en la forma adecuada, Schmidt. De todas maneras nadie le ordenó que le golpeará.

Von Zuler se dirigió lentamente hacia el hombre que se encontraba en la silla. El cuerpo de Loser estaba caído hacia delante, doblado sobre la correa.

—Hola, Hans —dijo, y su voz era muy suave—. Me llamo Kurt von Zuler y he venido a ayudarte. Mientras yo esté en esta habitación nadie te tocará un pelo, pero a cambio tienes que ayudarme. Ahora sólo dime quién organizó el secuestro del niño inglés.

Miró por un momento a Loser y seguidamente le levantó la cara hacia la luz. Durante unos segundos la examinó, y luego volviéndose, se quedó mirando a Schmidt.

—Bien, sargento —dijo—, tenía toda la razón respecto a una cosa. Este hombre era el único cabo que poseíamos, la única persona que pudo habernos dicho lo que realmente ocurrió en aquel tren. Era esencial que lográramos que nos dijera lo que sabía.

Alzó una mano, las sortijas centelleantes bajo la luz.

—Pero Loser ya no nos dirá nada, sargento. No dirá una palabra, y, ¿quiere saber por qué? ¿Le gustaría realmente saber por qué?

Su voz se alzó tonante, y con la mano cruzó la cara del sargento.

—¡Loser no hablará porque usted acaba de matarlo!

Gregor Petrov, jefe del Departamento Nueve de la M. V. D. —la sección de la Organización del Servicio Secreto Soviético que se ocupaba de los países satélites de Rusia en Europa—, se encontraba esperando su desayuno. Durante tres años después de la guerra había estado agregado a la Embajada en Londres y la comida inglesa se había convertido en parte esencial de su vida. Sonrió aprobador al inmenso plato con *bacon*, huevos, setas, dos salchichas y tres... no, mejor aún, cuatro riñones, que su mujer colocó ante él.

«Sí, había estado en extremo acertado al casarse con Shura», reflexionaba. Acaso no fuera la mujer más hermosa o inteligente, pero desde luego era una excelente cocinera. Aun cuando su cargo le autorizaba a disponer de un par de servidores, ella jamás hubiera permitido que otra persona le preparara el desayuno. El *bacon* estaba dorado y crujiente, como a él le gustaba, y las salchichas aparecían rosadas e hinchadas, como invitando al cuchillo. Dio unas palmaditas en el trasero a su mujer con profundo afecto al dirigirse ella hacia su sitio en la mesa, introduciendo luego la servilleta en su cuello, preparándose para el festín.

Primero de noviembre. Observó la fecha en el ejemplar del *Pravda*, cuidadosamente doblado junto a su taza de café, y echó un vistazo por la ventana. Otra deliciosa mañana. El Kremlin aparecía realmente hermoso en esa época del año, con las cúpulas rutilantes destacando sobre el límpido cielo y los muros plateados por la escarcha. Desde luego era muy afortunado. Tan sólo le faltaban nueve meses para obtener el retiro. Contaba las horas que debían transcurrir hasta aquel día. Tenía ya reservada para él una pequeña villa en la costa de Crimea, y pronto pasaría el tiempo tumbado en una playa o celebrando ocasionalmente alguna reunión política de importancia secundaria y repartiendo premios entre los escolares. El ministro había llegado incluso a insinuar que acaso tuviera también lugar un reconocimiento público de sus servicios. Desde luego no se trataba de la Orden de Lenin. No se le ocurrió pensar en nada semejante, pero tal vez dieran su nombre a alguna granja colectiva o pequeña factoría. A Shura eso le gustaría mucho, pero lo más importante seguían siendo aún los largos años ociosos de retiro, sin hacer otra cosa que tostarse al sol y con la perspectiva de una vejez segura tras una larga y consagrada carrera.

Sí, el porvenir se presentaba realmente brillante. Petrov, alzando el tenedor se dispuso al goce. ¿Por dónde empezaría? ¿Una loncha de *bacon*? ¿Un trozo de salchicha? No, un riñón. Su cuchillo hizo una incisión en la oscura corteza de aspecto apergaminado para descubrir un rosado pálido en el interior. Shura sabía cocinarlos en el punto que a él le agradaba. Se llevó el tenedor a la boca, saboreando el ligero y aromático olor a orín y casi llegó a cerrar los ojos transportado. El riñón se encontraba a un centímetro de su destino, cuando la puerta se abrió ruidosamente.

—Mi querida Tania, ¿cuántas veces he de decirle que nunca abra mi puerta sin llamar antes?

Petrov frunció el ceño a su secretaria y agitó el ensartado riñón con ademán admonitorio, mas en realidad no estaba enfadado. Tania Valina era demasiado atractiva para despertar la ira. En aquel momento su rostro aparecía contraído con una expresión de extrema importancia y urgencia. Daba la impresión de faltarle ligeramente el aliento. A diferencia de Petrov, que se consideraba a sí mismo como un simple funcionario civil, ella gozaba con la atmósfera de capa y espada de su cargo. Tenía el rostro muy delgado, era joven y con un cuerpo bien desarrollado le parecía a veces a Petrov que era dos personas compartiendo la misma casa: en la parte superior una pálida *madonna* y la fértil Madre Rusia en la planta baja y el sótano.

—¿Y a qué se debe esta irrupción a semejante hora del día? —Blandiendo todavía el riñón consultó su reloj—. Si apenas son las ocho quince y la entrada es a las nueve. Como buenos miembros del Partido debemos atenernos exactamente a las normas establecidas.

—Desde luego, camarada Petrov, pero pensé que debería ver esto. —La muchacha le alargó una hoja de reluciente papel gris—. Es una fotocopia de la primera página del *London Morning Echo*. La Embajada nos la acaba de enviar.

—¡Bueno... muy bien! Si hay que hacerlo se hace.

Petrov introdujo el riñón en su boca y luego cogió la fotocopia. Por un momento la contempló indiferente, pero de repente los ojos casi se le desorbitaron, su rostro adquirió un tono escarlata y se atragantó. Estuvo a punto de ahogarse, pasando del escarlata a un púrpura oscuro, y respirando como una máquina a toda presión. Cuando al fin logró liberarse del riñón y echarse al colete una taza de café, tenía los ojos llenos de lágrimas y la frente húmeda de sudor.

—Insisto realmente en que no trabajes durante las comidas, Gregor. —Shura le miró preocupada—. Aun así, tus digestiones son ya bastante malas. En cuanto a ti, camarada Valina, debías avergonzarte de ti misma. Sabes perfectamente bien que mi marido...

—Por favor, querida, por favor. Déjame pensar un momento. —Petrov, calándose los lentes, examinó el documento—. ¡Condenados! ¡Malditos y estúpidos condenados! —Apartando la silla se puso en pie, contemplando al propio tiempo con tristeza el plato—. Perdóname, Shura, me temo que esta mañana no tendré tiempo de desayunarme.

Dando media vuelta salió rápidamente de la habitación seguido de Tania.

—Brr... Aquí hace un frío glacial. ¿Por qué no pueden arreglar de una vez la calefacción central?

Inclinándose conectó el calentador eléctrico de su estudio, y al contemplarse en el reflector hizo una ligera mueca. La madre de Petrov había dicho, en cierta ocasión, que tenía unos ojos bonitos, y Shura que su sonrisa era atractiva, pero él sabía

positivamente que su rostro parecía como si hubiera sido toscamente modelado en plastilina por un niño de muy escaso talento.

—Veamos, ponme inmediatamente con Berlín, querida. Sí, el cuartel general Vopo, y quiero hablar con el coronel Behr. Si no está en la oficina haz que te comuniquen con su número particular. —Sentóse tras una mesa de escritorio casi totalmente cubierta de teléfonos y se quedó mirando de nuevo la fotocopia. El editor del *Echo* había echado el resto en la historia de Forest. Los titulares «Guerra contra los niños» tenían casi seis centímetros de grosor y en el subtítulo se leía: «Niño británico raptado de un tren.» Junto al artículo aparecía un dibujo en extremo salvaje de un soldado ruso llevándose a un bebé que gritaba—. ¡Los imbéciles! ¡Los estúpidos imbéciles sin seso! —La fuerte bronquitis que sufría constantemente daba a su voz un tono duro y ronco, sin que en ello hubiera la menor intención por su parte, ya que si había algún hombre del que se pudiera decir que ladraba pero no mordía, ése era Gregor Petrov—. ¿Qué clase de publicidad vamos a conseguir con esto? ¿Qué podrá decir el ministro en la conferencia con esta espada pendiente sobre su cabeza? ¡Y todo por una máquina electrónica de descifrado que pronto estará anticuada!

Sacudió la cabeza desconcertado al tiempo que el teléfono sonaba frente a él.

—Gregor Petrov al habla. Sí, desde luego, no me retiro.

Mientras esperaba miró a través de la ventana. Hacía tan sólo unos minutos la mañana estaba deliciosa, pero ahora el cielo aparecía gris y denso, anunciando próxima nieve.

—¡Ah, ministro! Sí, acabo de ver el periódico inglés y...

Se interrumpió ante la voz que llegaba a través del hilo telefónico. El ministro estaba prácticamente gritando y sus palabras iban acompañadas de enfáticos golpes secos, como si estuviera golpeando sobre la mesa.

—No, ministro —intercaló Petrov cuando al fin hubo una interrupción en la diatriba—. Como le digo he visto una copia del periódico y aun cuando la historia sea auténtica ningún Departamento de la M. V. D. ha tenido nada que ver con el secuestro... Sí, comprendo perfectamente que no nos podemos permitir ese tipo de publicidad en vísperas de la conferencia de las Naciones Unidas, pero sólo puedo repetirle que nada tenemos que ver con ello... No, ministro. No estoy tratando de negar que la política de la Policía alemana es de mi absoluta responsabilidad, pero realmente no se me puede culpar por un acto de pura insubordinación. He pedido comunicación con Berlín y el asunto es de la más alta prioridad. ¿Qué es lo que dice?

Mientras escuchaba, la imagen de una blanca y pequeña villa resplandeció ante la mirada de Petrov para esfumarse al punto. Sólo le faltaban unos meses, pero era como si se tratara de mil años.

—Muy bien —continuó—. Al menos le agradezco que se muestre tan franco conmigo, ministro. A menos que el niño sea devuelto en perfecto estado de salud, dentro de las próximas veinticuatro horas, yo seré el único responsable.

Colgó el teléfono y se recostó en su asiento, respirando profundamente. Ansiaba

desesperadamente cerrar los ojos por un momento y tratar de imaginarse que todo aquel asunto era solamente una pesadilla. Sin embargo, Tania ya le estaba alargando otro teléfono.

—Berlín —le dijo—. El coronel Behr.

—Gracias, querida. —El instrumento parecía de plomo en su mano—. ¿Eres tú, Gustav? Bueno, ahora dime rápidamente. Este niño que sacaron del tren británico, ¿ha sufrido de alguna forma...? ¿Cómo? —gruñó como si alguien le hubiese asestado un puñetazo en el estómago—. ¿Estás seguro? ¿Ni tú ni tu Departamento tenéis nada que ver con ello? ¿Estás seguro de eso, Gustav? ¿Supones que algunos fanáticos exaltados hayan podido raptarle por su cuenta y riesgo? ¿Que también has comprobado ese extremo? Pero ¿qué hay del empleado del tren, ese Loser? Dicen que estaba a sueldo tuyo.

Mientras escuchaba, Petrov tenía la mirada clavada en la fotocopia.

Behr afirmaba que su Departamento jamás había oído hablar de Loser y que la línea del ferrocarril había sido registrada a fondo sin encontrar el menor rastro del cuerpo del niño. A su juicio toda la historia era un truco propagandístico; una mentira pergeñada por los ingleses. Empezaba a exponer sus posibles motivos para ello, mas Petrov le cortó en seco.

—Ahora escúchame, Gustav. En este caso no creo que los ingleses mientan y tengo la seguridad de que el niño está en alguna parte de Alemania Oriental; probablemente vivo si como dices ha sido minuciosamente registrada la línea férrea. Creo también que acaso haya sido raptado o, en todo caso, que alguien lo está ocultando; es difícil que un chiquillo de nueve años vaya vagando en pijama por el campo sin que nadie lo vea y lo comunique. Pero esté donde esté, quiero que encuentren al muchacho, Gustav, y te hago responsable de su localización. Sí, hemos sido amigos por mucho tiempo, pero si ese Billy Fenwick no aparece en un futuro inmediato, yo personalmente te demoleré.

Colgó el teléfono y se quedó mirando a Tania.

—Eso les hará ponerse en movimiento. Supongo que por nuestra parte también conviene que investiguemos el asunto. Sí, reserva un par de asientos en el avión de esta tarde para Berlín.

Poniéndose de pie encendió un cigarrillo, sintiéndose ligeramente reconfortado por sus amenazas a Behr, a pesar de que sabía positivamente que eran inocuas. Si no encontraba rápidamente a Billy Fenwick sería a él a quien demolerían.

«Pero ¿quién retiene al muchacho y dónde está?», murmuró para sí mientras paseaba de arriba abajo por la habitación. La M. V. D. nada tenía que ver con el caso como tampoco las organizaciones policiales o del Servicio Secreto de Alemania Oriental. Por otra parte estaba bastante seguro de que los ingleses no hubieran inventado la historia a efecto propagandístico.

Entonces, ¿qué había pasado y dónde estaba el niño? Petrov se detuvo ante la ventana. Por el Este aparecían densas nubes barruntando nieve, y aun cuando la

habitación estaba caliente sintió el amargo presagio de un frío glacial extendiéndose por el mundo.

—¿Dónde? —exclamó, ciñéndose algo más la chaqueta—. ¿Dónde, dónde, dónde?

Lo más importante era no mirar hacia el teléfono o ni siquiera pensar en él. Lo que tenía que hacer era tratar de mantenerse tranquila, imaginar que Billy estaba con unos amigos, como así se lo había dicho Robin, pretender que todo estaba bien y sonreír como si nada hubiera pasado.

Mary Fenwick contempló a Robin que jugaba en la sala de estar y trató de alejar de su mente aquella pesadilla. Robin había volcado su cajón de juguetes y éstos se encontraban diseminados frente a él; soldados de plomo, animales domésticos, una muñeca alemana de llameante cabello rojo a la que llamaba «Cabeza de Cobre», un tren de madera. Habitualmente sólo le permitía sacar algunos cada vez, mas ahora tenía que dejarle hacer lo que quisiera. Cualquier cosa para impedir que siguiera haciendo preguntas, para evitar que pensara cuándo iba a volver Billy, para lograr que no siguiera pensando en Billy.

Y era una habitación tan bonita; la única de la casa que hasta el momento había podido decorar y amueblar a su gusto. Indudablemente toda la casa representaba un lujo innecesario. Los pagos de la hipoteca eran superiores a lo que realmente podían permitirse, y no existía razón alguna para que tuvieran una casa permanente cuando podían ser trasladados al fin del mundo si el ejército así lo quería. Aun así siempre había deseado tener un hogar propio y al enterarse de que Tom estaría destinado en Londres, al menos durante dos años, consideraron que sería maravilloso tener un hogar adonde regresar. Ahora odiaba la casa con toda su alma.

Y lo que todavía empeoraba las cosas era lo amable que todo el mundo se había mostrado al decirle que tenía que abandonar Alemania. El coronel Baxter le daba sin cesar cariñosas palmaditas en el brazo, diciéndole que tenía que comportarse como «una mujercita valiente», y Von Zuler se mostraba visiblemente violento al darle la noticia:

—*Mrs. Fenwick*, comprendo que desearía permanecer en Hannover para estar lo más cerca posible del lugar donde ha desaparecido su hijo, pero, créame, es mejor que regrese a Inglaterra.

Mientras hablaba se puso un cigarrillo en la boca sin encenderlo y jugueteando con las cerillas como si evitara mirarla.

—Si en efecto han raptado a su hijo, y eso ahora parece lo más probable, los responsables se pondrán pronto en contacto con su marido. A causa de ciertas complicaciones internacionales no es de desear que lo hagan en Alemania y se me ha pedido que la envíe a Londres en el primer avión.

Sí, todo el mundo había estado muy amable. Los funcionarios de la Lufthansa la habían tratado como si fuera realeza y en el aeropuerto de Londres no hubo de someterse a las formalidades aduaneras. Un auto de la Policía la había conducido

hasta Richmond. Ahora se encontraba de regreso a su propia casa, a salvo y segura, con el fuego encendido en la chimenea y su hijo más pequeño jugando felizmente delante de ella.

—El tren se ha estrellado, mamá. —Robin levantó la cabeza—. Iba demasiado de prisa y descarriló.

Lo había lanzado contra la pata de una mesa y la locomotora y los vagones yacían en un informe montón.

—¡Pobre tren! —La madre trató de dominar el nudo en la garganta y de hablar con voz normal y alegre—. Deja que el tren descanse un rato, Robin, y juega con los soldados.

Su mirada se mantenía magnéticamente atraída por el teléfono, pero la apartó rápidamente como si sólo su vista pudiera cegarla. «¡Que suene! —rezaba para sí—. ¡Por favor, Dios mío, que suene pronto!»

«El teléfono sonará, *Mrs. Fenwick*, y cuando lo haga, los dos habrán de mostrarse muy valientes», les había asegurado aquel individuo que, cuando llegaron, los estaba esperando en la casa. Un hombre ya mayor y de aspecto fornido, de rasgos acusados y aristocráticos, bigote gris y un grueso gabán que conservó abotonado a pesar de que la habitación estaba caliente.

—Soy el general Charles Kirk —le dijo— y represento al Servicio Secreto del Ministerio de Asuntos Exteriores. En realidad, éste no es asunto nuestro, mas como la máquina descifradora es propiedad del M. A. E. en situación de préstamo al Ejército, el ministro ha considerado oportuno que vigile la marcha del asunto.

Al observar la tranquila expresión de Kirk, Mary sintió un destello repentino de esperanza. A primera hora parecía ineficaz, casi incluso ridículo, pero algo le decía que era el hombre de más responsabilidad, el que encontraría a Billy si es que aquello era humanamente posible.

—Ahora examinemos de nuevo los hechos, ¿les parece? En primer lugar los más alentadores.

Kirk se instaló en un sillón y Mary observó que su mano izquierda estaba prácticamente cubierta de cicatrices y que le faltaban tres dedos.

—Las autoridades de Alemania Oriental nos han dicho que se ha registrado exhaustivamente toda la línea férrea sin encontrar el menor rastro de su hijo. Ello parece indicar que existen grandes probabilidades de que esté vivo y de que alguien lo oculta. ¿No le importa que fume, señora?

Ante el ademán de asentimiento de Mary, se inclinó agradecido y sacó un enorme cigarro.

—Ahora bien, el único motivo del secuestro de Billy sería el de obligar a su marido que entregara los detalles de esa máquina descifradora. Si los secuestradores son de la M. V. D. o la Policía Secreta de Alemania Oriental, todo parece indicar que recobrarán al niño en un futuro inmediato. Mi opinión es que se encargó a alguien que obtuviera el circuito a toda costa y consideró la orden demasiado literalmente. De

ser así, no tenemos que preocuparnos demasiado. Con la inauguración de una asamblea de las Naciones Unidas el mes próximo el Gobierno soviético no deseará una publicidad adversa y ya se están haciendo sobre ellos determinadas presiones. Por ejemplo, los americanos han amenazado con retener sus embarques de trigo a Rusia hasta tanto no les haya sido devuelto a ustedes Billy, y muy pronto todos los puertos del Reino Unido quedarán cerrados a sus barcos. Sí, me imagino que en estos momentos, Boris Birileff, su ministro de Asuntos Exteriores, habrá tenido ya un tranquilo intercambio de palabras con los jefes de la M. V. D. y a estas horas alguien está deseando no haber nacido.

—Sin embargo, ha dicho, señor, si los raptos son la M. V. D. o la Policía de Alemania Oriental. —Tom inclinóse hacia adelante—. Tienen que haber sido ellos. Quiero decir, después de todo, ¿a quién más podría interesarle apoderarse de Billy?

—Me temo que a mucha gente, comandante —le interrumpió Kirk, encendiendo su cigarro y siguiendo con la mirada el humo gris que ascendía hacia el techo—. Tanto tras el telón de acero como en Occidente existen cadenas de espías que trabajan por dinero más que por idealismo, y es muy posible que alguna de ellas retenga a su hijo. Como usted bien sabe, comandante, esa máquina es en extremo valiosa, y la notable memoria que usted posee le convierte en auténtico objetivo para el chantaje. Y ahora quiero hacerle una pregunta. Reflexione muy cuidadosamente antes de contestarla.

Su mirada se hizo muy pensativa mientras estudiaba el rostro de Tom. Con sus deformados dedos tamborileaba sobre el brazo del sillón.

—Si las personas que retienen a Billy le llamaran en este momento por teléfono pidiendo los detalles de la máquina descifradora, ¿se los daría?

—Me temo que no es necesario que medite la respuesta, señor. —Tom había enrojecido violentamente—. A cambio de la vida de Billy les diría absolutamente todo cuanto sé.

—Sí, esperaba que diría eso, comandante. —Kirk sonrió aprobador—. Naturalmente, cualquier persona normal obraría así, pero muy pocos se mostrarían francos conmigo. Creo que mientras siga siendo sincero tendremos una oportunidad.

Dio otra chupada al cigarro y siguió con la mirada las volutas del humo.

—De manera que no sólo está dispuesto a traicionar a su país sino también a matar a su hijo, ¿eh? —Descartó con un ademán la protesta de Tom y asintió—. Sí, puede tener la seguridad de que contribuiría a su muerte, muchacho. Una vez que esa gente hubiera obtenido el circuito de la máquina, no estarían dispuestos a correr el riesgo de que Billy hablara. En el instante en que hubieran comprobado que su información era correcta, estaría muerto y enterrado.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? ¡Por Dios Santo, general! ¿Podemos hacer algo? —clamó Mary, sintiendo correr sus lágrimas por el rostro, ya que ni siquiera tenía fuerzas de levantar la mano para secárselas.

—No, querida, me temo que es muy poco lo que podemos hacer. No obstante, los

rusos sí que pueden hacer mucho, si es que llegamos a persuadirles de que nos ayuden.

Kirk se sacó del bolsillo un periódico enrollado.

—Como he dicho antes, se está ejerciendo una gran presión sobre el Gobierno soviético; la suspensión de los suministros de trigo americano y el embargo de los buques que enarbolan su bandera al entrar en nuestros puertos. Hay también determinadas presiones no oficiales que no les van a gustar nada. ¿Han visto ya la edición del mediodía? —Alargó el periódico en cuyos titulares se decía: *Alborotos en París... Apedrean la Embajada soviética*. Los comentarios del editor a las negativas rusas respecto al secuestro, eran tranquilos y razonables, pero destacando al pie de la página aparecía en letras escarlata la frase: *Demuéstrenlo*—. No, el camarada Birileff no querrá presentarse en las Naciones Unidas con semejante amenaza sobre su cabeza, y si podemos prolongar algo más la presión creo que todo agente soviético y policía de Alemania Oriental se consagrará a la búsqueda de su hijo.

Una vez más Kirk se echó la mano al bolsillo y sacó un sobre.

—Sin embargo, hemos de darles tiempo. Tiempo para que se decidan a ayudarnos, cosa que les costará mucho, y tiempo para ponerse a trabajar. Usted, comandante, habrá de facilitarles ese tiempo.

Rompiendo el sobre sacó una hoja de papel cubierta de cifras y símbolos.

—Ahora bien, si mi experiencia sirve de algo, estoy seguro de que la gente que retiene a Billy se pondrá en contacto con usted antes de que pase otro día, exigiéndole los detalles de la máquina a cambio de su vida. Esto es lo que usted les dará. —Alargó el papel—. Es una versión ligeramente modificada de la primera etapa del circuito, pero sin las otras tres etapas nadie puede descubrir que no tiene el menor valor. Antes de entregar las otras tres etapas exigirá una prueba de que Billy está indemne; una carta de su puño y letra y una fotografía. Esto nos proporcionará algo del tiempo que necesitamos.

—Pero ¿eso es todo, general? ¿Todo cuanto podemos hacer?

—Sí, me temo que eso es todo lo que podemos hacer por el momento. —Kirk sonrió a Mary mientras se levantaba—. No puedo prometer nada pero creo que dará resultado. Como saben su teléfono ha quedado desconectado para todas las llamadas, excepto las procedentes del extranjero. Tendrán que esperar a que suene. —Abrochándose el gabán se encaminó hacia la puerta—. Me despido por el momento; traten de no preocuparse. Estoy convencido de que sonará muy pronto.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Cuándo vuelve Billy a casa? —La voz de Robin interrumpió el curso de los pensamientos de Mary, y se quedó mirándolo sobresaltada—. ¡Ha estado fuera ya tanto tiempo, mamá!

—Sí, cariño, ha pasado mucho tiempo, pero pronto estará de vuelta.

Una vez más luchó por contener la emoción, sin lograrlo en esta ocasión. Simplemente, era incapaz de seguir fingiendo.

—Ven, cariño, ven aquí —dijo—. Ven conmigo, chiquitín.

Atrajo a Robin hacia ella, sintiendo su pelo contra su mejilla y sin oír otra cosa que sus propios sollozos. Durante casi un minuto lo mantuvo así. Luego, con gran suavidad, lo apartó, mirando a través de la habitación. Tom ya se había levantado del sofá donde hasta entonces permaneciera tumbado, silencioso e inmóvil, y se dirigía hacia la mesita situada junto a la ventana. Sobre ella, agudo, estridente y amenazador, semejante a los primeros compases de alguna moderna sinfonía en extremo macabra, había empezado a sonar el teléfono.

En el ático de un elevado edificio de oficinas, en Berlín, el comandante «Timber» Wood recorría a grandes pasos la habitación semejante a un inmenso animal enjaulado. Era domingo por la tarde, y aparte de un conserje en la planta baja se encontraba absolutamente solo en el edificio. De vez en cuando se lanzaba a sí mismo furiosos juramentos para desahogarse y calmar sus sentimientos que constituían una mezcla de compasión, lástima de sí mismo e inmensa ira demoledora. En aquel preciso momento la ira era lo que le dominaba.

—¡Malditos! —gritó, encarándose con el archivo situado a un lado de su mesa de escritorio—. ¡Criminales y odiosos malditos!

Volviéndose dio un puntapié a la cesta de los papeles. Luego dejóse caer en un sillón.

«Un niño —reflexionaba con amargura—. Un pobre e inocente chiquillo.»

Desde luego que lo pagarían. Si el Gobierno tuviera la más mínima dosis de redaños, los condenados rusos estarían ya pagándolo en aquellos momentos. «Timber» era demasiado joven para haber tomado parte en la guerra de Corea, y en toda su vida jamás había oído un disparo mortífero. Cierta número de expertos altamente calificados, habían tratado de mostrarle la probable naturaleza de cualquier futuro conflicto mundial, mas sus esfuerzos habían tropezado con tierra muy dura. Aún seguía pensando en las pasadas glorias; tanques ondeando banderas y avanzando penosamente por el desierto y la infantería concentrada esperando para cargar. «Hacia arriba, sargento. Hacedles sentir las bayonetas, muchachos.» Las actuales fuerzas a las órdenes de «Timber» estaban formadas por un cabo y tres empleados alemanes, pero a la más mínima señal del Alto Mando, los hubiera lanzado alegremente contra el muro de Berlín.

Compasión. Sí, realmente la sentía en grandes dosis. Tom y Mary Fenwick eran viejos amigos suyos y también estaba encariñado con Billy. Un extraño diablillo, en ocasiones algo tímido y retraído, pero con una sonrisa realmente simpática. Resultaba terrible pensar que hacía sólo dos días le había tirado de la oreja, deseándole buenas noches en aquel condenado tren.

¿Dónde diablos estaría ahora y quién lo retendría? No, «Timber» ni siquiera quería pensar en ello, recordando las lecturas espantosas de su juventud en las que los raptos enviaban las orejas de sus víctimas en demanda de rescate. Una vez más

atravesó su mente la imagen de cargas de infantería británica contra las hordas rusas.

También sentía lástima de sí mismo, ya que se encontraba en el tren con el mayor honor de su vida. El equipo de *rugby* de Nueva Zelanda había estado de gira por Alemania y a él lo habían seleccionado para jugar en Servicios Combinados contra ellos. Tan pronto como se supo la noticia del secuestro, se ordenó a todo el personal en Berlín que se reintegrara a sus puestos, y allí se encontraba detrás de su escritorio con el partido jugado y perdido sin su intervención.

Claro que tampoco había motivo alguno para que estuviera en la oficina. Los domingos por la tarde solían encontrarle en el «Malborough Club»; sin embargo, ahora no le atraía en absoluto aquel lugar. Estaba invadido de periodistas que le asediarían de nuevo preguntándole su opinión respecto al secuestro o si conocía bien a los Fenwick. La noche anterior estuvo a punto de sacudir a uno de ellos.

No, el trabajo era lo único capaz de apartar de su memoria a Billy y dedicó su atención a los expedientes que tenía sobre el escritorio. Al cierre del día anterior la cuenta del coronel Mackenzie excedía en ciento noventa y dos libras, tres chelines y ocho peniques, y la del teniente Smith, tres libras y un penique. Con el coronel había que ir con pies de plomo, pero un insignificante teniente ya era harina de otro costal. Le haría un gran favor a Smith diciéndole exactamente hasta dónde podía llegar. Insertó una hoja de papel en la máquina de escribir y luego frunció el ceño, pues acababa de oír de nuevo un ruido en la oficina exterior.

¡Condenado *Herr Schlott*! Hacía días que prometiera hacer que arreglaran el picaporte de aquella puerta, y ya estaba otra vez zarandeada como en medio de una galerna. Probablemente, Schlott lo había olvidado a sabiendas para fastidiarle. El hombre se había mostrado malhumorado, incluso en ocasiones rudo, desde que le arrancara un galón por llegar tarde el mes anterior. A la mañana siguiente diría algunas cosas a *Herr Schlott*, que no iban a gustarle nada.

Clac, clac, clac. No, aquello empezaba a resultar insufrible. «*Timber*» apartó su sillón y salió furioso a la oficina de recepción. Con las luces apagadas y el cielo oscurecido por nubes de nieve, las máquinas de escribir tapadas y los archivos ofrecían, bajo la ambigua luz, un aspecto siniestro y ligeramente amenazador. Sin embargo, la puerta estaba bien cerrada, tenía que hacer justicia a Schlott, pero a pesar de todo sonaba... más bien como si la golpearan, como si algo o alguien diera sobre ella. Claro que aquello era absolutamente imposible. Walther, el vigilante, era la única otra persona que se encontraba en el edificio y hubiera tocado el timbre de haber querido hablar con él.

No obstante allí había alguien o algo. Podía escuchar el sonido de una respiración rápida a través del panel de madera y los golpes eran a veces más bien como si alguien arañara, como si un animal tratara de entrar.

«*Timber*» tenía pocos nervios en su inmenso cuerpo, pero sintió una ligera excitación mientras corría el pestillo y abría la puerta. Al punto se transformó en dolor y asombro cuando una figurilla que parecía cubierta de harapos se echó en sus

brazos, pisándole fuertemente al hacerlo.

—¡Tú! —Es cuanto pudo decir por un momento, contemplando el rostro, sucio por las lágrimas, que se alzaba hacia él bajo la tenue luz—. ¡Santo cielo! ¿Realmente eres tú?

—Sí, sí, soy yo. Y por favor, por favor, llévame a casa, tío «Timber» —dijo Billy Fenwick.

—Cariño, Billy está en casa, eso es lo único importante. Nos han devuelto a nuestro hijo. —Tom Fenwick, inclinándose, besó a su mujer—. Se encuentra sano y salvo, y nada más importa.

—Supongo que así es. Supongo que está bien. Pero ¿por qué no nos cuenta exactamente lo ocurrido y dónde ha estado? —Mary miró hacia la puerta por encima del hombro de Tom. Hacía horas que Billy dormía. Casi desde el mismo instante en que lo metiera en la cama y lo arrojara. Fue a verlo más de seis veces. Tom tenía razón: no había de qué preocuparse, ya no tenían nada que temer, y debía dominarse y dejar de subir de puntillas a mirarle. De todas formas...—. Somos sus padres, querido —dijo—. Tenemos derecho a saber lo que le ha ocurrido.

—Y Kirk nos ha dicho que es preferible que permanezcamos en la ignorancia... que Billy no nos diga nada.

Tom, recostándose en el sofá encendió un cigarrillo. Los acontecimientos de aquel día aún seguían pareciéndole un vago sueño. El timbre del teléfono, la operadora anunciando una llamada desde Berlín, su mano buscando el falso circuito que Kirk le diera y ante su asombro la voz de «Timber» Wood al otro extremo del hilo diciendo: «No te retires, muchacho. Aquí hay alguien que quiere hablar contigo.» Y luego la habitación empezó a oscilar y sintió una formidable conmoción en la cabeza al oír la voz de Billy. «Papá, papá, estoy con el tío “Timber”. Ven y llévame a casa. Por favor, papá.»

Después todo sucedió de forma vertiginosa y hubo nuevas llamadas. Del oficial de guardia en Tempelhof prometiendo que tan pronto como fuera posible estaría preparado el transporte para Billy; del coronel Baxter, y finalmente de la B. E. A. en Londres, diciendo que el avión estaba en camino.

El propio Kirk les había llevado hasta el aeropuerto; policías uniformados conteniendo a las multitudes que se apelotonaban en la pequeña calle suburbana, así como a los fotógrafos de los periódicos que intentaban atravesar el cordón y sacarles fotografías. A pesar de que el auto de Kirk llevaba escolta motorizada, discurrió lenta y tranquilamente por la Western Avenue, y su cigarro, así como una enorme calefacción, hicieron la atmósfera casi insoportable.

—Bien, señora —expresó a Mary—, ya está. Nunca es tarde si la dicha llega, ¿eh? Su Billy vuelve a casa, pero nada tienen que agradecernos a nosotros ni a los *Russkis*. Tampoco hubo secuestro. Cayó entre amigos, ¿comprende?, y es una historia más bien enternecedora.

—Por lo que hemos podido deducir (el relato del muchacho es muy incompleto y dentro de un momento les explicaré el motivo) todo sucedió así.

Mientras hablaba, Kirk contemplaba tristemente la sórdida miseria de los

suburbios occidentales; casas miserables y pequeñas fábricas cubiertas por una capa fina de nieve que empezaba ya a transformarse en barro.

—Al parecer Billy no podía dormir en el tren y a las dos y media (está muy seguro de la hora) se levantó de la litera y salió al corredor. Allí abrió la puerta. Sí, querida, sé que hizo una cosa extraña y fue desobediente, pero afirma que tenía que ver lo que había fuera. Dijo a nuestros muchachos en Berlín que creía que había una especie de gente horrible de pie junto a la vía férrea, y que quería demostrar que no les tenía miedo. Supongo que, dadas las circunstancias, era una fantasía infantil absolutamente normal. De cualquier modo, abrió la portezuela y se asomó. Al hacerlo así el tren frenó violentamente y lo lanzó sobre el peldaño. Logró sujetarse allí por algún tiempo... no tiene idea de cuánto, pero finalmente su mano no pudo resistir más y cayó.

—¿Y no sufrió lesiones, general? ¿Está seguro de que no se encuentra herido?

—No, aparte de una ligera contusión, no sufrió ninguna lesión, y desde luego fue un muchacho muy afortunado. El tren debía de marchar lentamente cuando al fin hubo de soltarse, cayendo sobre un montón de nieve; su cabeza debió de dar con algo, quedando cierto tiempo inconsciente. Al volver en sí había una mujer inclinada sobre él. En un principio Billy se sintió aterrorizado, naturalmente; no obstante, la mujer se mostró cordial, y cuando le contó lo que le había ocurrido, le habló en inglés y lo condujo a una casa donde le dieron de comer y lo acostaron.

Kirk sacudió la ceniza de su cigarro.

—Y eso es todo lo que Billy puede o, más probablemente, querrá decirnos. Desde el momento en que llegó a aquella casa hasta que se encontró junto a una estación de Metro en Berlín Occidental cerca de la oficina del comandante Wood, dice que no puede recordar nada.

—Ha dicho usted «lo que más probablemente querrá decirnos». ¿Por qué había de mentir u ocultar algo, señor?

Tom miró por la ventanilla. Ya estaban casi en el aeropuerto, con las torres de señales centelleando sobre el cielo vespertino.

—No tengo la menor idea, muchacho, y nuestra gente en Berlín no quiere aventurar una opinión sobre si está mintiendo o, en realidad, perdió parte de su memoria. —Kirk sacó una reluciente saboneta—. Dentro de unos minutos podrán preguntarle ustedes mismos, aunque no se lo aconsejo. A los niños no les gusta faltar a promesas y creo que su hijo hizo una muy seria. —Guardándose de nuevo el reloj se recostó sobre los cojines—. Ustedes dos han vivido en Berlín y se dan cuenta de cómo están las cosas en Alemania Oriental desde que construyeron el muro. Con anterioridad a él tenían al menos una posibilidad de salir, estando dispuestos, naturalmente, a renunciar a todas sus raíces y posesiones. Ahora ya no existe la menor esperanza, excepto para unos pocos; muy muy pocos, *Mrs. Fenwick*.

Kirk sonrió a Mary, pero a través de esa sonrisa Tom se dio cuenta de lo cansado que estaba el general; demasiadas preocupaciones, demasiada responsabilidad,

demasiadas decisiones que tomar.

—Sí, muy pocos logran hoy salir, querida. El puñado que conoce las rutas de huida hacia Occidente; túneles bajo el río Spree, sótanos prolongados hasta los sectores aliados, caminos por las alcantarillas y los túneles de ferrocarriles abandonados donde se han quitado las barreras.

—¿Y usted cree que a Billy lo llevaron hasta Berlín Occidental por una de esas rutas?

—No puedo estar absolutamente seguro, comandante, pero en mi fuero interno estoy casi convencido de ello. —Las luces iluminaban el rostro de Kirk mientras el coche proseguía a través del túnel hacia el Aeropuerto Central—. Para mí no parece existir otra posibilidad, y me imagino que ocurrió así. Como he dicho, Billy es un muchachito muy afortunado. Cayó sobre un montón de nieve y también entre amigos... amigos poderosos; gente que frecuenta, o al menos tiene conocimiento, de una de esas rutas de huida. Al descubrir quién era Billy le ayudaron bajo todos aspectos, y finalmente lo pasaron clandestinamente a Berlín Occidental. En compensación a su ayuda prometió no decir nada respecto a ellos o lo que había visto. Por favor, no le hagan faltar a su promesa. Créanme, cuanto menos gente esté al corriente de semejantes rutas, tanto mejor.

—No le haré faltar a ella, general. Todo cuanto quisiera hacer es darles las gracias por haberle ayudado.

Las palabras de Mary parecían casi automáticas, como si apenas estuviera escuchando. Lento y sin apresuramientos, como si la velocidad fuera algo vulgar para su reluciente volumen, el auto de Kirk se deslizó hacia el edificio principal de llegadas.

Era medianoche. El pequeño reloj sobre la chimenea empezó a sonar e hizo volver a Tom a la realidad.

—No habrás estado interrogando a Billy, ¿verdad, cariño? —preguntó a su esposa—. ¿No habrás estado tratando de sonsacarle, después de lo que prometiste a Kirk?

—Sí, he estado tratando de sonsacarle como tú dices, Tom. —Mary frunció el entrecejo—. Después de todo soy la madre de Billy y tengo derecho a saber lo que le ha ocurrido. Y te digo una cosa, Tom, a ese niño algo le tiene aterrorizado. Me di cuenta tan pronto como le vi en el aeropuerto. Algo le ha asustado terriblemente.

—¿Tú crees? He de reconocer que no fue esa exactamente mi impresión. A mí me pareció casi fanfarrón.

Tom trató de evocar con exactitud la escena. El inmenso e iluminado vestíbulo, con los periodistas retenidos por una barrera de cuerda y un grupo de funcionarios acercándose presurosos a saludar a Kirk; el P. R. O. de la línea aérea, un inspector de Policía y alguien con el inconcebible nombre de *sir* Mason Toyne; una sensación de espera y expectación y luego, tras abrirse una puerta, Billy entró en el vestíbulo.

Y realmente, la mejor forma de describir su actitud era fanfarrona. Billy apareció deteniéndose en el umbral un momento, cogido de la mano de una azafata del aire y

luego corrió hacia ellos. Al hacerlo miró a los reporteros y al grupo que se encontraba junto a Kirk, y Tom observó una mirada fugaz de auténtico placer e importancia, como diciendo: «Aquí estoy, caballeros, salido de la tumba. Esto es lo que ustedes esperaban; el gran momento.»

—¿Fanfarrón? —Mary se volvió hacia él como un rayo—. ¿No te das cuenta que toda su actitud era fingida, que estaba representando para tratar de demostrar que no estaba atemorizado? Tom, soy su madre y tengo la intención de averiguar lo que le ha ocurrido a Billy y por qué está aterrorizado.

—Sí, cariño, ya has repetido varias veces que eres su madre. Y también eres una mujer suspicaz, en exceso imaginativa y un verdadero demonio cuando se trata del bienestar de tus hijos. Al muchacho no le pasa nada; nada en absoluto.

—¿Lo crees así, Tom? ¿Realmente lo crees? Acaso estés en lo cierto en lo que se refiere a la actitud de Billy en el aeropuerto, pero ¿no te has fijado en sus hombros cuando se bañaba? Están cubiertos de picaduras de pulgas.

—¿Y qué? —De repente Tom se sentía tan cansado como lo había estado Kirk en el auto—. ¿Acaso «picadura de pulga» no es una expresión popular para indicar algo completamente trivial y sin importancia? No dudo por un momento que Billy haya estado en algunos lugares realmente miserables, pero aún sigo creyendo que sólo debemos sentir una profunda gratitud hacia las pobres gentes que le ayudaron.

—¿De veras? A veces me lo pregunto. —Mary, levantándose, empezó a recorrer la habitación—. Tal vez sea una locura, cariño, pero estoy segura de que a Billy le ha ocurrido algo horrible. Cuando lo metí en la cama le pedí que me dijera quiénes eran las personas que se habían ocupado de él, y encogiéndose pareció querer alejarse como si fuera a pegarle. Le dije que no fuera bobo y entonces levantando la cabeza me dijo: «Por favor, mamá, no me hagas decírtelo. Por favor, no me preguntes. Si llego a decir algo Hans se enterará y vendrá a por mí. Iron Hans lo sabe todo.»

—¿Hans? —Tom frunció el ceño—. ¿Se refería acaso a Loser, el empleado del coche cama? Se llamaba Hans.

—No, no era Loser. Se lo pregunté a Billy y dijo: «No seas tonta, mamá, no es ese Hans. Me refiero a Iron Hans. El pequeño Iron Hans que puede destruir al mundo.» Su voz sonaba tan atemorizada como la de un viejo.

—¡Ya sé! —El ceño de Tom se transformó en sonrisa—. Claro, Iron Hans es un personaje de cuento de hadas; de Grimm, me parece, y Billy lo estuvo leyendo durante el último curso. ¿No recuerdas? El hombre salvaje cubierto de pelo castaño que encontraron en un estanque y lo encerraron en una jaula de hierro. Billy lee mucho y tiene excesiva imaginación, como su madre. Está gastándote una broma, cariño.

—Tal vez tengas razón. Y de cualquier forma así lo espero. Y ahora vámonos a la cama. Creo que estos últimos días he aguantado cuanto soy capaz de soportar.

Mary cogióse de su brazo y empezaron a subir la escalera con gran cuidado para no despertar a los niños, mas en el rellano se detuvo y abrió la puerta del cuarto de

Billy. Al hacerlo, Tom la vio ponerse rígida y al punto estuvo junto a ella, tanteando en busca del conmutador de la luz.

Billy dormía pesadamente, con la cabeza hundida en la almohada, y su aspecto parecía natural salvo por dos cosas. Con su mano derecha rompía y retorció la sábana y además roncaba. No era el ronquido de un niño. Aquel sonido ni siquiera parecía humano; era un ruido profundo y rasposo, como de tos, acompañado de un silbido como el que podía hacer una máquina vieja que arrastraba un peso enorme ascendiendo una colina.

—El termómetro, Tom. Dame el termómetro. Está en el cajón del tocador; en el de arriba a mano derecha.

Mary puso la mano en la frente del niño, pero éste no se despertó. Permanecía allí echado con toda naturalidad, aparte de su engarfiada mano y aquellos terribles ronquidos rasposos y guturales.

—¿Lo has encontrado?

Desabrochando los botones de la chaqueta del pijama, introdujo el termómetro en la axila de Billy, forzando luego el brazo contra el instrumento mientras con la otra mano le tomaba el pulso. No necesitó un reloj para comprobar lo acelerado que lo tenía, y durante todo el tiempo su ronquido resonaba por la habitación.

—Ya ha pasado la hora, cariño.

Sacó el termómetro y poniéndolo bajo la luz, sacudió la cabeza con gesto de incredulidad. Su rostro tenía la misma expresión que cuando tres días antes entraron en el compartimento del coche cama y descubrieron que Billy había desaparecido.

—Tom —dijo por último—. No puede ser verdad, Tom. Compruébalo por ti mismo. —Se tambaleó junto a la cabecera de la cama mientras le alargaba el termómetro—. Si no me equivoco su temperatura pasa de los cuarenta grados.

—«Las flores que brotan en la primavera, tra-la... —*Sir Marcus Levin*, K. C. B.,^[2] F. R. S.,^[3] cantaba en voz alta y entonaba, mientras lanzaba su “Ferrari” por la autovía, acelerando—. Aliento prometedor de alegre sol.»

Cien kilómetros por hora, ciento diez, ciento veinte, una tonelada arriba como los maniáticos de la motocicleta llamaban a los ciento cuarenta. *Sir Marcus* sonrió afectuoso al tablero de mandos, gozando con la velocidad y el sonido de su exuberante voz de barítono.

—«Mientras alegres bailamos y cantamos, tra-la...»

Ahora ya iba a ciento cincuenta y tenía la sensación de que apenas se movía. «Realmente formidable», reflexionaba gozoso. Probablemente el coche más estupendo que él, o, a fin de cuentas, cualquier otro, jamás poseyera. Un coche de casi siete mil libras, pero un precio que resultaba barato si se pensaba en los doce cilindros, el inyector de gasolina y la carrocería, fabricados todos según sus propias especificaciones. Había recorrido un largo, larguísimo camino en sus cuarenta y cinco años.

—«Damos la bienvenida a la esperanza que nos brinda, tra-la... —Salvó una curva con mano de experto y atacó la siguiente colina con sus silenciadores desgarrando la temprana bruma matinal—. De un verano de rosas y vino.»

Sí, había recorrido un condenado camino desde la pequeña tienda de su padre y su abuelo en Lemberg, y en su mayor parte un auténtico infierno; un camino al Calvario. Aún recordaba la batalla en el barrio judío de Varsovia, los campos de trabajo del Ruhr y Belsen. Recordaba cómo se esclavizó durante todo el día en una fábrica de Londres y lavando platos todas las noches, tratando de ahorrar algún dinero y rezando para que alguna escuela británica de medicina lo aceptara sobre la base de su único año en la Universidad de Varsovia. Luego la lucha por obtener su doctorado y becas en Cambridge, Edimburgo y Nueva York ganadas en competencia con hombres cuyo historial y antecedentes eran cien veces más ventajosos y que le hubieran dejado jinete de a pie a no ser por su talento, su ambición y por Rachel. Sí, Rachel había estado siempre a su lado, incitándole a seguir adelante.

Luego, años más tarde, se había hincado de rodillas en una habitación, inmensa e iluminada, sintiendo una espada tocarle el hombro. En aquel momento le pareció ver un anciano rostro con barba sonriéndole y hubo de dominarse para no decir en voz alta: «Aquí estoy, Padre. Aquí estoy yo, Jakob Levinski. Casi en la cima, casi donde tú dijiste que tenía que llegar.» Aquél había sido el momento más feliz de su vida, mas no duró mucho. Tres meses después Rachel moría en una selva vietnamita, porque el avión americano que se esperaba llevara nuevos suministros de medicinas,

tan sólo transportaba municiones y pasquines anticomunistas.

«De un verano de rosas y vino.» No, ahora no quería pensar en Rachel. La amaba, se había casado con ella y había cavado su tumba entre una vegetación corrompida, porque un vulgar microbio que la penicilina pudo haber aniquilado, la mató en pocas horas. Rachel era tan sólo un recuerdo y no hubiera deseado que pensara más en ella. Como solía decir con frecuencia: «tan sólo le importaba la carrera de él y su futuro, y que aun cuando había recorrido una buena parte, aún le quedaba mucho por andar».

Sir Marcus Levin, Caballero de la Orden del Baño, Miembro de la Royal Society y si aún no estaba considerado como uno de los primeros bacteriólogos del mundo, lo estaría pronto cuando el mes próximo se leyera su trabajo sobre el Virus Enterin 165. Marcus Levin, que sabía que desde el día en que Rachel le dejara, había estado tan muerto emocional y espiritualmente como un cadáver.

Dejó de cantar al lanzar al auto por la colina y murmuró:

—Al diablo con las flores que brotan en primavera.

De todas formas, iba a hacer un hermoso día. El sol se levantaba ya sobre las colinas de Surrey; el valle del Támesis empezaba a abrirse delante de él, y jirones de niebla se enredaban, semejantes a espirales de humo, alrededor de la pesada torre de la Catedral de Guilford. Cuando aquella mañana a las seis, «Jacko» Jackson le había telefoneado pidiéndole que acudiera a Richmond como un favor personal, había lanzado varios y contundentes juramentos. Pero ahora se sentía contento. Claro que tampoco hubiera podido negarse a la petición de «Jacko». Era su más viejo amigo, probablemente la mejor amistad masculina que jamás tuviera, aun cuando sus relaciones podían calificarse cuando menos de excéntricas. El amargado y ambicioso judío, con una sobrecarga emocional como un saco de cemento, y el cordial capitán del hospital, gran bebedor de cerveza, para quien la vida fue siempre fácil y al que llamaban «Jacko» no sólo porque se apellidaba Jackson, sino porque tenía el rostro semejante a un simpático chimpancé.

Pero, desde luego, «Jacko» estaba equivocado. Tenía que estarlo porque su diagnóstico superaba los límites de la credulidad. Lo que tenía aquel chiquillo era simplemente un caso complicado de neumonía. «Jacko» se había precipitado a sacar conclusiones y ése era el motivo de que sólo hubiera llegado a ser un G. P.^[4] ganando alrededor de la mitad del promedio del sueldo nacional y de que él fuera *sir* Marcus Levin con propiedades que alcanzaban las cincuenta mil libras y que, al igual que el coche, las valían.

—Mark, amigo mío, jamás te he pedido muchos favores, mas ahora te suplico que accedas a éste —le había dicho «Jacko»—. Aún no quiero llamar al Oficial del Condado como tampoco a Redford Smith en el hospital, hasta que esté completamente seguro de ello. Por favor, ven y dame tu opinión, Mark. Me fastidia admitirlo, pero realmente estoy muy preocupado... ¿Cómo? Sí, desde luego, he probado con una inyección de Genomycina; medio gramo, hace precisamente una hora. Sin embargo, no he podido observar el más mínimo cambio. La temperatura

tenía que haber bajado ya.

Claro que «Jacko» debería haber estado mejor informado. Últimamente ni siquiera debió de haber leído su *Lancet*. Hacía sólo unas semanas que apareciera un artículo sobre el antibiótico que utilizara, y habían de transcurrir al menos dos horas desde el momento de ser administrado. Para entonces ya habría hecho su efecto y probablemente la fiebre habría remitido y la respiración sería más normal. Probablemente cuando él llegara, el niño habría superado la crisis.

Pero se estaba haciendo bastante tarde. Marcus echó una ojeada al reloj del tablero. Había prometido a «Jacko» que se reuniría con él para las siete, y ya pasaban cinco minutos. ¡Condenada *Mrs. Anderson!* Parecía creer que sus deberes como ama de llaves incluían los cuidados de una niñera a cuyo cargo se encontrara un niño delicado y desvalido. Había bajado la escalera sigilosamente y sin zapatos. Sin embargo, ella debió de haber oído el teléfono y le esperaba junto al comedor, alta, flaca e imperiosa, con su bata azul escocesa.

—No, *sir Marcus* —le había dicho, pronunciando como siempre el título con sonoridad—. Podrá ser cuestión de vida o muerte, pero no abandonará la casa hasta que tenga algo caliente dentro del estómago. No, lo siento muchísimo; poco me importa el que su nuevo coche lleve en su interior una docena de calefacciones. Vaya al comedor y espéreme, *sir Marcus*.

Se agitó durante diez minutos mientras ella preparaba café y dos huevos cocidos... situándose luego, en actitud severa, junto al aparador para comprobar que se los comía.

Estaba ya llegando a su destino. Enfiló con su coche por el parque Richmond, evitando por un pelo a un ciervo que atravesaba la carretera, y de súbito se sintió muy contento de haber acudido. Aparte del placer de hacerle un favor al viejo «Jacko», aparte de la deliciosa mañana, tal vez obtuviera alguna publicidad útil con el caso. Aquel niño Fenwick había acaparado ya en una ocasión los titulares de la Prensa y existían posibilidades de que volviera a hacerlo. Ya podía verlos en su imaginación: «El niño raptado, víctima de la neumonía. Se pide consulta a *sir Marcus Levin*.»

Allí estaba: el número 32 de Park Approach con el baqueteado y viejo «Morris» de «Jacko» aparcado bien apartado de la acera. Se detuvo, cogió su maletín y salió con decisión del coche: una figura alta, imponente con su gabán negro, su sombrero «Homburg» y la pálida luz del sol haciendo destellar la perla de su alfiler de corbata.

—¿Doctor...? —Tom Fenwick abrió la puerta casi en el instante que él oprimía el timbre y trató de forzar una sonrisa—. ¿Doctor Levin?

—Sí, soy Levin.

En principio Marcus no sentía simpatía por los militares de profesión y en circunstancias normales le hubiera puesto en su sitio con un «*Sir Marcus Levin*», pero se dio cuenta de que el pobre diablo estaba a punto de venirse abajo.

—Mi amigo, el doctor Jackson me ha pedido que venga a echar un vistazo al chico. Tan sólo para confirmar su opinión, ¿comprende? —Inclinándose ligeramente,

entró en el pequeño vestíbulo, quitándose al propio tiempo el gabán. Había cultivado una actitud para cada ocasión y en aquellos momentos irradiaba confianza. «El doctor está aquí, así que deja de llorar. Ha llegado *sir* Marcus y ya no hay de qué preocuparse. Todo saldrá bien porque el experto se ha hecho cargo»—. Y ahora, comandante Fenwick —dijo estudiando el rostro de Tom mientras le alargaba el sombrero y el gabán—, creo que el paciente está arriba y puedo subir solo. Quiero que vaya a tomarse un fuerte y largo trago de alguna bebida alcohólica, *brandy* a ser posible. Sí, es una orden, comandante.

Volvióse porque acababa de oír la voz de «Jacko» en lo alto de la escalera y la subió con aire juvenil para reunirse con él.

—Gracias a Dios que has venido, Mark. —«Jacko» tenía el rostro tenso y la mano sudorosa—. No puedo decirte lo agradecido que te estoy.

—Está bien, está bien. —Una vez más en la mirada de Marcus se leía la fuerza y la confianza—. Lo único que siento es no haber llegado antes, pero el dragón vigilante de mi ama de llaves insistió en que me comiera dos enormes huevos antes de dejarme salir de casa. Y ahora veamos a tu paciente. Supongo que está aquí.

Inició un movimiento hacia la puerta abierta que daba al rellano.

—No, no, está en la habitación del final. Instalamos a la madre en ésta. Estaba histérica, Mark, y tuve que darle un sedante. Hubo necesidad de la enfermera y de su marido para dominarla.

—Tranquilízate, «Jacko». Desde luego, eso es perfectamente normal dadas las circunstancias. Últimamente la pobre muchacha debe de haber estado sometida a una gran tensión. Primero la desaparición de su hijo y ahora esto... la neumonía o lo que sea.

Marcus examinó a su amigo con auténtica preocupación. El pobre tenía un aspecto realmente lamentable. Si no trataba de tranquilizarse, él mismo tendría que someterse a atención médica. —Ahora háblame del niño. Le diste una dosis de Genomycina hace dos horas y media. ¿Supongo que la fiebre habrá bajado?

—No, Mark, no ha bajado. —Jackson negó con la cabeza—. Hace cinco minutos la temperatura seguía siendo de cuarenta grados y tres décimas. No soy un experto como tú, Mark. Soy tan sólo un pobre y condenado G. P., pero estoy dispuesto a jurar que sea lo que sea lo que está matando a ese muchacho no es neumonía. Aparte de la fiebre y de la congestión pulmonar, hay algo más.

—Bien, veámosle, ¿no te parece? Y tranquilízate. Sea lo que sea no se trata del fin del mundo. —Marcus frunció ligeramente el ceño. No le gustaba en absoluto la palabra *matar*. Ahora que él había aparecido en escena «Jacko» se daría cuenta de que sus preocupaciones casi habían desaparecido—. Por lo que me has dicho del caso todo parece indicar una neumonía con complicaciones. La exposición al caer de aquel tren, los factores tiempo, congestión pulmonar y vómitos. De todas maneras, ahora ya debería empezar a reaccionar bajo los efectos del antibiótico.

Abrió la puerta y entró en la habitación, haciendo un saludo con la cabeza a la

enfermera que se encontraba junto a la cama y olfateando el ligero hedor a antisépticos, corrupción y oxígeno.

—Gracias, enfermera. —Se inclinó hacia adelante, mientras ella quitaba la pequeña máscara de oxígeno, y examinó el rostro de Billy Fenwick. No, no era un chiquillo feo, aparte de los dientes algo salientes que necesitaban un aro. Seguía roncando, aunque no muy fuerte, y en sus arreboladas mejillas se observaba un matiz grisáceo. Marcus puso la mano sobre la cabeza del niño y olfateó su aliento como un terrier una madriguera de ratas—. Creo que acaso estés en lo cierto al decir que no se trata de neumonía. ¿Has enviado a analizar una muestra de esputos? Bien, de cualquier forma el resultado nos dirá con qué nos enfrentamos. Echemos un vistazo a las manchas de que me has hablado. Yo diría que se trata probablemente de un sarpullido. Está casi ardiendo, ¿no?

Abriendo la chaqueta del pijama de Billy olfateó. «No —pensó—, no es posible. Te estás precipitando a conclusiones como “Jacko”, porque se trata de tu propia especialidad. El niño jamás salió de Europa... no puede ser posible.» Sacando una lente examinó las manchas. Eran realmente bellas; una guirnalda de rosas de un rojo oscuro destacándose sobre la pálida piel.

—Dime —preguntó—. ¿Había aparecido ya esta erupción cuando lo examinaste por primera vez?

Miró a Jackson, pero fue la enfermera quien contestó.

—No, *sir* Marcus. —Era evidente que disfrutaba pronunciando el título y su voz tenía una seguridad reconfortante semejante a la suya—. Apareció alrededor de las dos y cuarto. La fiebre era entonces muy alta y estaba segura de que se trataba de un brote de sudor.

—Un brote de sudor. Bueno, esperemos que esté en lo cierto, enfermera. ¡Santo Cielo!, esperemos que esté en lo cierto.

De cualquier forma el factor tiempo estaba a su favor. Si lo que él sospechaba fuera verdad, las manchas hubieran sido los primeros síntomas, no los segundos. Una vez más miró con la lente, rezando para que sus sospechas fueran infundadas, pero al aparecer en la visual las diminutas manchas rojas tuvo la certeza de que no existía error posible. La última vez que viera algo semejante hubo de viajar seiscientos kilómetros en *jeep*, helicóptero y a lomos de mulas.

—¿Hay un teléfono en este piso, enfermera?

—En el dormitorio contiguo.

—Bien, no quiero que el padre oiga lo que voy a decir. Vaya y póngame en comunicación con las Oficinas de Sanidad del Condado. Y apresúrese.

Sacudió la cabeza ante la mirada interrogadora de ella y bajó las sábanas.

—Y ahora veamos, «Jacko». Veamos si realmente hemos de luchar contra un monstruo.

Pasó la mano por el cuerpo del niño, primero sobre el liso vientrecillo, por los diminutos y subdesarrollados genitales y hasta las ingles en busca de aquello que

temía encontrar; la marca que identificaba al mayor asesino de la historia. Y allí estaba en efecto, como él sabía que estaría, duro y palpitante bajo sus dedos y casi podía sentirlo crecer. Ahora era ya casi tan grande como una nuez, pronto alcanzaría el tamaño de una pequeña naranja y seguidamente reventaría. Para entonces Billy Fenwick probablemente habría muerto.

—Sí, «Jacko», me temo que tenemos aquí a nuestro monstruo. —Marcus, levantándose, se dirigió al lavabo enjabonándose las manos con gran cuidado—. No, de poco servirá colocarle de nuevo la máscara de oxígeno. Dale una dosis completa para adultos de tetraciclina. A esta altura no creo que sirva de nada, pero... — Encogióse de hombros y salió de la habitación. Había perdido toda su arrogancia y parecía mucho más viejo de sus cuarenta y cinco años—. ¿Me ha puesto la comunicación? Gracias. —Cogió el auricular de manos de la enfermera, encendiendo al propio tiempo un cigarrillo—. ¿Hablo con el doctor Lawrence? Sí, Marcus Levin al aparato. ¿Qué está diciendo?

Su voz se hizo de súbito estridente y extraña. El lamento de Israel contra toda la estupidez aria.

—Sí, doctor, me doy cuenta de la hora, pero no me interesa lo más mínimo el hecho de que acabe de salir del baño. No va a volver a llamarme, sino que escuchará con toda atención lo que voy a decirle. Esta cuestión tiene absoluta prioridad y estoy hablando desde el 32 de Park Approach, Richmond, en relación con el niño Fenwick de quien ya debe de haber oído hablar. Quiero que se aíse inmediatamente la casa y más vale que se ponga en comunicación con el Ministerio de Asuntos Exteriores y el de Transportes. Tenemos que aislar a todos los contactos del muchacho durante los últimos días. Tan pronto como yo haya colgado el teléfono, comuníquese con el jefe de la Policía... ¿Cómo, doctor Lawrence? ¡Ah, sí! Creo que puede calificarlo con seguridad de emergencia nacional. —Miró a la enfermera y asintió con la cabeza—. Verá, a menos que esté muy equivocado, nos encontramos ante un caso de peste bubónica.

Peste... peste bubónica... *bacillus pestis*... la Virgen Negra, como la llamaban... La Dama Negra del Medievo había retornado a una calle suburbana inglesa en la segunda mitad del siglo xx para inquietar al mundo. Era imposible, tenía que ser imposible. «Jacko» Jackson sacudió incrédulo la cabeza mientras cruzaba la calle en dirección a la «Bear Inn». La promesa de un hermoso día se había esfumado poco después de las nueve de la mañana, hacia la hora en que Billy Fenwick muriera, y habían empezado a formarse densas nubes precursoras de lluvia. Ya empezaban a caer algunas gotas sobre el pavimento.

La peste bubónica. Él supo desde el principio que no se trataba de un caso de neumonía. Pero ¡la peste bubónica! ¿Podía estar realmente seguro el viejo Marcus? Reverenciaba a Marcus Levin más que a cualquier otro ser humano, mas no

alcanzaba a comprender cómo Mark podía estar tan seguro. Ni siquiera con la erupción, el bubón en la ingle y la congestión pulmonar, nadie podía tener la certeza absoluta hasta que se hubiesen realizado todos los ensayos de laboratorio.

Y analizándolo bien, ¿dónde podía haber pescado el chiquillo el microbio? Jackson pidió una pinta de cerveza y con ella se instaló en su asiento habitual, junto a la ventana del salón del bar. Si hubiera estado en el Este, digamos en la India o China, sería comprensible, pero en Europa no se había presentado un solo caso de peste en años; descontando al tipo aquel de los laboratorios de investigación cerca de Salisbury, no hacía mucho. Además, si Mark estaba en lo cierto al afirmar que era bubónica, actuaba de forma muy extraña. Los primeros síntomas debieron haber sido la erupción y la inflamación, presentándose luego la congestión pulmonar como efecto secundario. Jackson no había sido un estudiante de los más inteligentes, pero al menos recordaba ese extremo.

De todas formas, aquello ya no era cuestión suya. Su paciente había muerto, se habían llevado el cuerpo y Sanidad se había hecho cargo del asunto. Al abandonar él la casa se encontraba ya en acción una patrulla de descontaminación, se había conducido a los padres y al otro niño al hospital para su aislamiento y la calle había quedado prácticamente bloqueada por los coches de policía. Poco después de morir Billy, Mark se había trasladado a los Laboratorios Centrales y a él no le quedaba otra cosa que hacer que irse a su casa, ocuparse de su clientela y cuidar los efectos de su vacunación.

Al menos cabía asegurar que había prendido. Podía sentir el palpitar doloroso en su brazo al levantar la jarra. Claro que en realidad no debería estar bebiendo, pero un par de pintas no podrían perjudicarlo, y había sentido ganas de entrar en la «Bear» antes de volver a casa. La posada se encontraba precisamente junto al campo de *rugby* Lancham Park y sus miembros la utilizaban más como un club que como un establecimiento público. El propietario era un antiguo internacional galés, y en la repisa del bar se veían trofeos de plata y las paredes cubiertas con fotografías de equipos. El mismo aparecía en tres de ellas. Salvo por un individuo enormemente gordo que charlaba con el barman, la sala estaba vacía y a Jackson aquello le satisfizo. Aun cuando oficialmente aquél ya no era asunto suyo, tenía que reflexionar sobre ello.

La peste, la peor asesina de la historia. En casi una noche llegó a aniquilar poblaciones enteras: Marsella, Londres, Bombay, Nápoles, donde al desinfectar las alcantarillas, las ratas se esparcieron en auténticas bandadas por las calles. Y también aparecía en la Biblia; el fin de los filisteos, y el ejército asirio muriendo ante los muros de Jerusalén. Manson Bahr había dicho que era una malaria maligna, no bubónica, pero muchas opiniones autorizadas se mostraban todavía en desacuerdo con él.

Desde luego la tetraciclina podía cortarla, si se cogía al paciente en los primeros momentos, mas tenían que encontrar todos los que estuvieron en contacto con el

muchacho, así como buscar el origen de la infección. Y aquello requería gran trabajo. Alzó la vista al oír crujir una tabla a unos metros de él. El hombre gordo se había apartado del mostrador y examinaba las fotografías de las paredes, haciendo un ademán de asentimiento cada vez que descubría una cara conocida.

Y también tenían que vigilar la seguridad. La sola palabra de «peste» llevaba consigo el pánico y el desorden civil. Los periódicos ya se habían enterado de que algo pasaba en Park Approach y si la historia se hacía pública, antes de haberse localizado al portador original del virus, la situación podía ponerse muy fea. Sí, más valía que Lawrence se las ingeniara para darles una buena historia.

—Perdón, señor, pero ¿no es usted acaso el doctor Jackson?

El hombre gordo se había detenido junto a su mesa y sonreía de oreja a oreja. El vaso de *whisky* parecía un dedal en su inmensa y fofa mano.

—Sí, soy Jackson. —«Jacko» se quedó mirando, irritado por la interrupción, mas la expresión de aquel individuo era tan cordial y amable que hubo de devolverle la sonrisa—. Me temo que...

—No, no me conoce, doctor, pero yo a usted sí... por su reputación, naturalmente. W. L. R. Jackson, el mejor tres cuartos central que jamás tuviera Lancham Park. ¿Puedo sentarme un momento, doctor? También sería para mí un honor invitarle a una copa.

Hizo un ademán con el dedo encorvado, llamando al camarero, y depositó su voluminosa persona sobre una silla.

—Sí, en realidad éste ha sido mi día de suerte, doctor. El doctor W. L. R. Jackson. El gran W. L. R. Jackson. —Hurgó en su bolsillo y sacó una tarjeta de visita—. Mi nombre es Forest... John Forest..., y en una ocasión le vi marcar tres tantos en Twickenham.

—Pase, general, y sea bienvenido a mi desaseado castillo. —Marcus Levin sonrió alargando una mano perfectamente manicurada—. Por el momento me temo que aquí reine la más absoluta confusión, pero al menos acerque una silla y trate de acomodarse confortablemente.

—Gracias.

Kirk recorrió con mirada suspicaz la oficina de los Laboratorios Centrales. Aun cuando Levin parecía un tipo rimbombante con tendencia a dramatizar, y su cuarto un laberinto de papeles e instrumentos científicos, por lo menos se estaba caliente allí. Quitándose la bufanda se dejó caer sobre la silla junto a la mesa de escritorio.

—Veamos, *sir* Marcus. —Empezó diciendo—. Antes de que trate de incluirme en el conjunto, me gustaría decirle que comprendo perfectamente cualquier resentimiento que pueda sentir al verse obligado a soportar constantemente a un absoluto ignorante en cuestiones científicas. No lo niegue, es la realidad. —Con un ademán dio de lado el gesto cortés de protesta de Marcus—. Mis conocimientos médicos se reducen al contenido del *Dr. Goodalls' Family Physician*, y trataré por todos los medios de no interponerme en su camino. La realidad es que como ese chiquillo parece haber pescado el «microbio» (no sé si la expresión será correcta) en Alemania Oriental, se ha decidido que mi Departamento colabore con las autoridades sanitarias.

—Lo sé, general, y créame que aprecio en lo que vale su cooperación. Vamos a necesitar toda la ayuda posible. —Contempló con aspecto pensativo los documentos sobre su escritorio—. Deduzco que los alemanes han aislado a todos aquellos que tuvieron algún contacto con el muchacho, sometiéndolos a inmunización.

—Todos los contactos desde que llegó a Berlín Occidental. Antes de eso ignoramos quiénes estuvieron en contacto con él. Sin embargo, el ministro ha hablado personalmente con Moscú y le han prometido hacer cuanto esté a su alcance para reconstruir todos los movimientos del niño desde el momento en que cayera de ese tren. —Kirk hizo una ligera mueca—. La adversidad fomenta la unidad, como se dice, y nuestros amigos tras el telón de acero temen tanto como nosotros mismos a una epidemia de peste.

—Pero ¿cómo es que ya no la tienen? Eso es lo que me gustaría saber. —Marcus golpeó fuertemente con la mano sobre el escritorio—. A este muchacho le picó una pulga infectada y no puede haber sido el único. En alguna parte, con toda probabilidad en Alemania Oriental, aun cuando no es de mi competencia averiguar dónde, ese microbio, como usted lo llama, está al acecho, y, a menos que localicemos a cada uno de los portadores y, lo que aún es más importante, la fuente original, nos encontraremos con grandes dificultades en un futuro inmediato. Me pregunto si tiene

alguna idea de la rapidez con que esa cosa viaja, general Kirk. Por mi parte lo he comprobado en la India y Africa Oriental y es realmente aterradora. Desde luego el portador original es, usualmente, *Xenopsylla cheopis*; tan sólo el contacto de una gotita con un mamífero infectado...

—Un momento, *sir* Marcus —le interrumpió Kirk, sacudiendo la cabeza—. Me temo que va demasiado de prisa para mí. ¿Puede explicarme, en forma general y muy sencilla, cómo trabaja esa cosa, el *bacillus pestis*?

—Lo intentaré, mas a estas alturas ni siquiera estamos seguros de que se trate del *bacillus pestis*.

Marcus alargó una fotografía a través de la mesa de escritorio. Esta mostraba una superficie rosa ligeramente salpicada con lo que parecían cápsulas pequeñas y ovaladas manchadas de púrpura.

—Vea, general. Se trata de un pedazo de tejido animal infectado con el bacilo de la auténtica peste bubónica. La propagación y difusión de esta enfermedad se realiza de la forma más fantástica.

Levantándose empezó a pasear por delante de Kirk como un catedrático antes de empezar la clase.

—El bacilo vive en el cuerpo de una pulga de rata, *Xenopsylla cheopis*, y su presencia no produce efecto alguno malsano en el cuerpo de la pulga. No obstante, ésta pica a su anfitriona; la rata resulta infectada, abandona su madriguera y muere. Al cabo de un período de unos tres días, según las condiciones climatológicas, la pulga, que necesita sangre fresca para su existencia, abandona el cadáver de la rata y se adhiere al hombre y a otros animales. El período de incubación en el cuerpo humano es de otros tres días, tras el cual el aliento de una persona infectada puede transmitir la enfermedad. En los casos fatales de peste bubónica el promedio de duración de la enfermedad es de cinco días y medio, haciendo un total de once y medio para el ciclo completo. Y ahora quiero enseñarle algo más. —Marcus puso una fotografía frente a Kirk. En un principio parecía casi la misma a pesar de que las cápsulas estaban manchadas de un púrpura más oscuro y en uno de los extremos se ensanchaban ligeramente como peras—. Como digo, el ciclo de la peste bubónica real es de once días y medio. Al parecer a ese chiquillo le bastaron menos de cinco.

—¿Y eso es lo que mató a Billy Fenwick? ¿Quiere decir que no es la bubónica como creía?

—Sí, esto es lo que le mató, general, y aun cuando con toda certeza es alguna forma de peste oriental, no se parece en nada a cuanto he oído o visto antes de ahora. Aparte de la secuencia tiempo, no actúa como la auténtica peste bubónica. En casos normales lo primero en aparecer es la erupción y los bubones, las hinchazones, seguidos de la congestión pulmonar como efecto secundario. No sucedió así con el niño Fenwick. El condenado virus se comporta de una forma que no le corresponde... no le corresponde en absoluto.

Marcus contempló ceñudo la fotografía como si el comportamiento tan poco

ortodoxo de aquella cosa, constituyera una afrenta personal.

—Y de todas formas, ¿qué está haciendo en Europa Central? Posiblemente ésta sea la circunstancia más extraña. Las pulgas portadoras de la peste bubónica son parásitos de la rata negra, casi inexistente salvo en muy reducidas zonas portuarias. La teoría más generalizada es que han sido aniquiladas por la variedad castaña más grande: *ratus Norvegicus*, como equivocadamente se las denomina, que por lo general están libres de ellas. Ese es el motivo de que hoy día las epidemias de peste sean, gracias a Dios, muy raras. Una visión atractiva, ¿verdad, general? Una guerra por la vida de la humanidad librada en las cuevas, las alcantarillas y las basuras.

—Sí, supongo que podría calificarla de atractiva. —Kirk seguía con la mirada fija en las fotografías—. Pero dígame, doctor... perdón, *sir* Marcus. ¿Qué son estas protuberancias en la segunda fotografía?

—Francamente no lo sé, general Kirk. Y por favor, llámeme doctor. Lo prefiero. —Levin sonrió pero su mente estaba distante, estudiando el bacilo a través de los ojos de Kirk—. Tengo una teoría sobre ellas, pero es terriblemente audaz y preferiría discutirla cuando dispusiéramos de más base. Perdone, por favor. —El teléfono sonó estridente sobre su escritorio e inclinóse hacia adelante para contestarlo—. Desde luego, póngame inmediatamente con él. —Tapando con la mano el auricular, miró a Kirk—. Es el Semmelweiss Isolation Hospital en Berlín Occidental. El comandante Wood, el hombre que encontró a Billy Fenwick ha sido trasladado allí esta mañana. Parece que no lograron inocularle a tiempo... Buenas tardes, doctor Heller —dijo en alemán—. Sí, Marcus Levin al aparato. Ha muerto ¿no? Comprendo, hace una hora. Sí, lo estaba esperando, pero no creí que sucediera tan rápido... ¿Cómo? ¿Qué dice?

Mientras Marcus escuchaba, Kirk vio su mano tensarse alrededor del auricular.

—¿Y está seguro de ello? ¿La tetraciclina no produjo el menor efecto? ¿Ni siquiera redujo de alguna forma el proceso? Ya veo. Sí, desde luego, con el tiempo encontraremos algo. Hemos de encontrarlo. Lo que me preocupa es cuánto tiempo tenemos. De todas formas, gracias por llamar. Me pondré en contacto con usted tan pronto como aquí tengamos más noticias. Adiós, doctor, y le deseo toda la suerte posible.

Colgando el teléfono, permaneció un momento con la mirada vaga. Toda su elegancia le había abandonado y de súbito parecía lo que realmente era: un judío de mediana edad, envejecido antes de tiempo y que en dos campos de concentración fue golpeado hasta casi matarle.

—Creo que voy a poner todas mis cartas sobre la mesa, general Kirk —dijo al fin—. Cuando por primera vez examiné a ese niño, pensé que nos encontrábamos ante una ligera variante de la peste oriental. Creí que la infección se habría producido antes de que el muchacho abandonara el tren, pero el padre me aseguró que aquella noche no tenía la menor señal de picaduras de pulga en su cuerpo. Muy bien. Aun así me sentía más curioso que desconcertado. Había tenido especies que se desarrollaban más rápidamente de lo habitual. *Bacillus pestis* arroja con frecuencia extrañas

variantes. Podía también aceptar que la congestión pulmonar se presentara antes de la erupción y el bubón, como consecuencia de alguna extraña unión de las formas bubónica y neumónica de la peste. ¡Pero esto! —Se abalanzó de nuevo sobre la segunda de las fotografías y en su voz se observó cierta inflexión extranjera, lo que tan sólo ocurría cuando se excitaba—. Estas protuberancias que ha visto, y el hecho de que los bacilos sean resistentes a la tetraciclina, el antibiótico más efectivo de que disponemos para el grupo Pasteurella, me incita a preguntarme si no nos estamos enfrentando con algo fuera de lo natural; de hecho alguna especie de mutante creado por el hombre... Recordará que la última persona que murió en este país de la peste oriental fue un científico que trabajaba en el Instituto de Investigación Porton.

—¿Se refiere a la guerra biológica, doctor? Si seguimos esa orientación, ¿no es posible que los alemanes del Este lo estén haciendo también? —Kirk sacudió la cabeza y parecía mucho más seguro al tratar un tema que le era familiar—. Sí, supongo que es posible, pero altamente improbable. Estoy muy bien informado sobre cuanto ocurre en Alemania Oriental y no he oído hablar de semejante laboratorio.

—Entonces, o su información es incompleta o nos las tenemos con un fenómeno natural. —Levin se interrumpió frunciendo el ceño al abrirse la puerta—. ¿Qué pasa, Wilson? Le dije que no debían interrumpirnos durante media hora.

—Lo sé, señor, pero creo que convendría que echara una mirada a las últimas plaquillas que hemos preparado. —El ayudante de Marcus apenas era capaz de contener su excitación—. Esas protuberancias parecen ser lo que usted sospechaba. Al fin se están abriendo.

—¡Por mil diablos! —Marcus se abalanzaba ya hacia la puerta—. Sí, ha hecho bien en interrumpirme. Más vale que venga usted también, general. Acaso contemplemos una muestra de historia viva. Veamos, ¿cuál es la primera plaquilla? —Observó impaciente la fila de microscopios sobre la mesa de laboratorio—. La segunda a la derecha. Bien.

Se inclinó sobre la lente, haciendo girar el finísimo ajuste hasta que la imagen apareció en su campo visual. Al hacerlo así pudo sentir las gotas de sudor inundarle la frente.

Ya que, a pesar de que se creía imposible, aun cuando se encontraba en oposición con las pruebas obtenidas en todos los casos registrados, estaba ocurriendo y él lo observaba. Estaba contemplando un milagro que haría eternizarse su nombre mientras se leyeran libros de texto médicos.

Naturalmente, aquellas cosas estaban muertas. La mancha las había matado y antes de morir algunas de ellas se habían dividido reproduciéndose asexualmente. Aquello era completamente normal, pero en la esquina derecha había otras que no se comportaban en absoluto normalmente. Se habían abierto por los extremos ensanchados, liberando una diminuta y casi transparente partícula que se agitaba junto a ellas en la tintura púrpura.

—Ahora estamos llegando a la esporulación en bacterias, señores.

En el fondo de su mente, Marcus podía oír una voz fatigada y aburrida dando una lección que probablemente había repetido con anterioridad centenares de veces: «El proceso de formación de esporas encontrado en determinadas bacterias constituye un método de autoconservación. Al colocarlos en condiciones en las que normalmente se produce la muerte, estos organismos desarrollan enorme poder de resistencia y pueden permanecer adormecidos, pero vivos, casi indefinidamente. Si más adelante las esporas se reintegran a circunstancias en las que el bacilo pueda crecer, tienen lugar alteraciones en su estructura, germinan y se reanuda la reproducción normal.

»Sin embargo, este proceso está limitado sólo a determinadas especies y me siento feliz de poder afirmar que, por ejemplo, el *bacillus pestis* no se encuentra entre ellas. Si así fuera, con toda probabilidad, ni ustedes ni yo nos encontraríamos aquí hoy día.»

Pero este cultivo estaba esporulando. No existía la menor duda. A través del siguiente microscopio Marcus pudo ver toda la superficie de la plaquilla cubierta con aquellos diminutos y oscilantes puntos. Trató de recordar cuanto sabía sobre la peste... todo cuanto aprendiera en diecinueve años de sudores y estudio y frecuentemente con peligros increíbles. Nada de ello le sirvió.

La epidemia de peste de las épocas clásicas. En Alejandría, cincuenta mil habitantes murieron casi en el transcurso de una noche; en Cartago, Atenas y Bizancio... Todos aquellos estallidos habían sido cuidadosamente registrados, los síntomas perfectamente expuestos, pues, aun cuando no existieran métodos clínicos adecuados, había hombres de mente indagadora y científica que los registraron. También en China y la India existían registros, y después de que Van Leeuwenhoek inventara el microscopio, la bacteriología se había convertido en una ciencia.

Sí, se encontraban registradas casi todas las principales epidemias. Excepto una: la más importante, la más larga, la que probablemente aniquiló a cincuenta millones de personas y cambió la estructura económica de Europa. Los síntomas parecían indicar la peste: tumores, manchas oscuras que se abrían como bocas, vómitos desde los pulmones, pero nadie podía estar seguro de lo que fue. No existían relatos detallados porque llegó en una era en la que la razón había muerto y los hombres vivían bajo el imperio de la superstición. Marcus encendió un cigarrillo, aspirándolo con avidez, y luego se volvió hacia el tercer microscopio. Wilson había incorporado una tintura diferente, la plaqueta y las esporas resultaban mucho más visibles... pequeños puntitos rojizos flotando alrededor de sus cuerpos progenitores semejantes a lunas llenas.

No, en el siglo XIV sólo habían estudiado dogmas, y nadie podía estar totalmente seguro de lo que había sido la epidemia. Su llegada fue anunciada por terremotos, sequías y densas nieblas. Primero afirmaron que era un castigo de Dios; después, una enfermedad de la tierra, pues las ratas y ratones emergían en bandadas a la superficie, desde sus madrigueras, para morir. Dijeron que los responsables eran los gatos, aquellas criaturas del Diablo, y los mataron, permitiendo así a las ratas multiplicarse.

Y entonces, por último, creyeron haber descubierto la causa: los envenenadores de pozos. Y comenzaron los *progroms*. Solamente en Borgoña exterminaron cincuenta mil judíos; rabinos crucificados cabeza abajo como a Pedro, niños lanzados a las llamas porque sus padres se negaban a que los bautizaran.

Pero ¿sería acaso posible que la epidemia no hubiera sido en realidad peste, sino eso... la cosa que ahora contemplaba? Los medios de autoconservación estaban allí y acaso hubieran permanecido adormecidos durante siglos, despertándose al fin para que él los descubriera. «*Sir Marcus Levin*, el descubridor de... aísla el...» Mientras consideraba aquellas posibilidades sentía la vacuna arder e inflamarse en su brazo. Parecía haber prendido, mas ¿estaba realmente a salvo? ¿Sería capaz un suero normal de detener algo que había logrado mantenerse durante seiscientos años?

—General Kirk —dijo—, creo que tal vez esté siguiendo un camino absolutamente equivocado... Espero que así sea, pero me gustaría que mirara esto. —Retirándose, hizo a Kirk ademán de que se acercara al microscopio—. Si mis sospechas, en realidad muy vagas, son correctas, tenemos que habérmolas con un auténtico demonio. ¿Puede verlas?

Observó a Kirk ajustar el aparato y asentir.

—Bien. Entonces observe ahora el extremo de los bastoncitos. ¿Puede ver cómo estallan y liberan esporas? Esto estaba considerado como imposible desde el punto de vista científico, pero usted puede ver que está ocurriendo, ¿no? Bien, aún no sé con qué nos enfrentamos. En este momento tan sólo es una corazonada, pero si es acertada, esas cosas debieron haber muerto hace seiscientos años. —Su mano se aferró al brazo de Kirk—. Creo que está usted contemplando lo que podría ser el retorno, desde el Medievo, de la Muerte Negra.

Ahora realmente llovía. Las nubes que por la mañana se acumularon sobre Londres, se habían convertido en una inmensa y oscura techumbre y no corría un soplo de aire. La lluvia caía recta desde el cielo, rebotaba sobre el pavimento semejando un bosque de espigones de acero que se mantuvieran erectos.

—Su coche llegará dentro de un momento, señor. He enviado un mensaje a su chófer en el aparcamiento.

Marcus se había despedido de Kirk en el laboratorio y Wilson, su ayudante, le acompañaba hasta la salida.

—Gracias, doctor Wilson...

Al fin la bufanda y el sombrero de Kirk habían quedado ajustados a su gusto, y entonces sacó un par de gruesos guantes.

—¡Oh! Lo siento... Usted es *Mr. Wilson*, ¿no?

Kirk fijó en él una mirada aguda. Wilson era todavía joven; por su aspecto tendría unos veintitantos años, pero su rostro era en extremo inteligente.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja con *sir Marcus*, doctor Wilson?

—Siete años, general. Me tomó como ayudante de laboratorio cuando abandoné la secundaria. —En su mirada había un destello de admiración por su héroe—. He recorrido todo el mundo con *sir* Marcus: la India, Africa, Vietnam, donde murió su mujer.

—Sí, ya me enteré de eso.

Kirk contempló ceñudo la lluvia. No llevaba trazas de amainar y las alcantarillas le recordaban las cenagosas corrientes de la montaña.

—Y ahora, sobre esa cuestión de los bacilos que producen esporas. Como ya he dicho a *sir* Marcus, soy un absoluto ignorante en asuntos médicos y he comprendido muy poco de lo que ha dicho. No obstante, deduzco que esa esporulación, como ustedes la llaman, jamás se ha producido antes en casos de peste.

—No, general, jamás se ha producido antes y eso es lo que hace tan increíble toda la cuestión. Es como algo que cambiara completamente de forma. Casi como si a usted y a mí empezara a crecerme otro dedo en las manos. —Wilson enrojeció violentamente al recordar el deformado talón en la mano izquierda de Kirk—. Lo siento mucho, señor. Fue un ejemplo realmente estúpido.

—No tiene importancia. —Kirk le sonrió—. Tan sólo desearía que me crecieran otros tres en una de las mías. Pero volviendo a esa mutación de la peste o lo que sea. Una enfermedad mortífera, probablemente la más mortal que existe, descubre un método de conservarse casi indefinidamente. En realidad la idea es horrible. ¿Y qué hay de la teoría de la Muerte Negra? Por el hecho de existir tan pocos registros entre los años 1342 y 1388, *sir* Marcus presenta la posibilidad de que esa cosa pueda ser un retorno del bacilo de la Muerte Negra que, a través de sus esporas, ha logrado mantenerse adormecido pero vivo durante más de seis siglos. ¿Está de acuerdo con su opinión, *Mr.* Wilson?

—¿Que si estoy de acuerdo? —De nuevo Wilson enrojeció—. Mire, general Kirk, yo soy tan sólo el ayudante de laboratorio de *sir* Marcus... el que limpia sus redomas, si así lo prefiere. No soy quién para poner su opinión en tela de juicio. Después de todo, él...

—Sí, ya sé todo eso. Marcus Levin es un bacteriólogo de fama internacional; sin embargo, le estoy preguntando a usted, *Mr.* Wilson.

Ante la entrada se había detenido un gran coche con banderola, pero Kirk hizo caso omiso.

—Usted ha sido entrenado en la cuestión y lo que quiero es su opinión personal. ¿Tiene *sir* Marcus alguna base real científica para decir que esto puede constituir un retorno del bacilo de la Muerte Negra?

—Simplemente me es imposible contestar a eso, general. El microbio que hemos captado es un fenómeno. Jamás se ha dado anteriormente un caso de esporulación en el *bacillus pestis*. Necesitamos tiempo para estudiarlo y localizar también la fuente (el primer portador), y hasta entonces no podemos estar seguros de lo que sea. Siempre se pensó que se trataba de una especie de la peste oriental; de todas formas, nadie

puede asegurarlo.

—Gracias, *Mr. Wilson*. Creo que eso contesta ampliamente a mi pregunta. —Kirk asintió—. Por el momento no existen pruebas suficientes para estar seguros de nada y *Mr. Marcus* se ha precipitado al sacar conclusiones.

—Sí, supongo que puede decirlo así, señor. —Wilson parecía terriblemente violento—. El tema de la Muerte Negra siempre le ha fascinado; se ha convertido en una especie de desafío personal, si quiere expresarlo así. En este caso tal vez le haya dado excesiva importancia. No debemos olvidar, de todas formas, que es un formidable científico y creo que hemos de confiar en su juicio.

—Tal vez esté usted en lo cierto, *Mr. Wilson*, pero gracias por lo que me ha dicho. —Kirk, sonriendo, le estrechó la mano—. Y no se preocupe por ello, muchacho. No se ha mostrado desleal con su jefe, pues no me ha dicho nada que yo no sospechara por mí mismo. Me despido por el momento.

Volviéndose, bajó rápido los peldaños que le separaban de su coche.

—Gracias, *Martin*. Sí, lo lamento. Hemos de volver a la oficina.

Tras un ademán de asentimiento a su chófer, se recostó en el asiento escuchando el repiqueteo de la lluvia sobre la capota.

Sí, reflexionaba. Con toda seguridad *Marcus Levin* se precipitaba a sacar conclusiones. Incluso las mentes más brillantes superan a veces la razón y se permiten corazonadas que nada tienen de científicas. Y si *Levin* estaba equivocado, ello significaba que también lo estaba él. Aquella cosa podía ser muy bien un mutante, obra de humanos, producido en algún laboratorio de guerra biológica del que él no tuviera noticia. Había destacado todos los agentes de que disponían en Alemania Oriental, para tratar de seguir el rastro, y también tenía que ponerse al habla con alguien en Moscú. Le repugnaba incluso la idea, pero si había riesgo de epidemia no tendría más remedio. Después de todo, rusos y alemanes podían morir de peste con la misma facilidad que los niños británicos. Lo más probable sería que algún loco de científico hubiera extraviado un cultivo y guardara silencio para proteger su propio pellejo. De ser así, la *M. V. D.* pronto averiguaría la verdad. El punto débil de la teoría estribaba en por qué hasta entonces no habían aparecido casos en Alemania Oriental.

También existía el problema de los contactos del niño *Fenwick* antes de que llegara a la oficina del comandante *Wood*. El coronel *Baxter* estaba convencido de que lo habían hecho pasar clandestinamente a Berlín Occidental a través de una de aquellas rutas de huida, y la desordenada versión del chiquillo lo confirmaba. Sería difícil localizar a la gente que controlaba la ruta, mas había de hacerse. Si *Baxter* no encontraba pronto un cabo, tendría que trasladarse él mismo a Alemania.

Y por el momento más valía mantener oculto todo el asunto. Todavía no se había dicho nada a la Prensa ni se diría hasta disponer de datos más concretos. Kirk contempló a la muchedumbre que al atardecer y bajo la lluvia se dirigía a las paradas de los autobuses y estaciones de Metro. La mera palabra de «peste» producía un eco

de pánico y no debía hablarse de ella hasta que las autoridades estuvieran absolutamente seguras de lo que habían de combatir. ¡Pánico! Aparte de los motines y los *progroms* de la Edad Media, había existido también una manía obsesiva: teorías descabelladas afirmando que la flagelación y la actividad sexual constituían autos preventivos; hombres y mujeres copulando por las calles mientras otros se flagelaban en los cementerios.

No, no habría comunicado público alguno hasta que supieran exactamente con lo que se enfrentaban. Sacó un cigarrillo, cortando la punta con minucioso cuidado. Iba a encenderlo, cuando sus ojos parecieron desorbitarse e incorporándose bruscamente gritó a su chófer que parara.

En un quiosco de periódicos al final del puente de Waterloo, aparecían dos carteles. La lluvia los había ya reblandecido, pero en cada uno de ellos resaltaba aún visible la palabra PESTILENCIA.

Aquella noche un hombre y una mujer en Berlín, dos hombres en Londres, un chiquillo en Hannover y un soldado en París empezaban a ser pasto de la podredumbre. No sabían lo que les estaba pasando y tampoco lo sabía Iron Hans. Se limitaba a permanecer sentado en su jaula con una mueca sonriente.

—Estoy de acuerdo, general Kirk. Si esa información es correcta, y observe que subrayo el condicional «si», debemos olvidar por el momento nuestras diferencias.

El teléfono estaba sujeto a un altavoz y un micrófono. Gregor Petrov paseaba de arriba abajo por delante de la ventana mientras hablaba, contemplando a través de ella la ventisca que azotaba Berlín. Al igual que en Londres, el tiempo de buena mañana prometía ser hermoso, pero hacia el mediodía había empezado a llover y a primera hora de la tarde la lluvia se había transformado en nevisca. Ahora una espesa nieve revoloteaba y acababa posándose sobre los árboles y farolas del Unter den Linden empezando a cuajar. A Petrov le gustaba contemplar la nieve. Casi le hacía sentirse como en su casa en Moscú.

—Sí, general. Por nuestra parte estamos llevando a cabo una investigación exhaustiva. Tiene mi palabra. También me gustaría decirle cuanto... cuanto... —luchaba por encontrar la palabra correcta en inglés— cuanto aprecio el que hable conmigo personalmente. Comprendo perfectamente lo embarazoso que debe de haber sido para usted. Y ahora, por favor, permanezca en la línea por un par de minutos.

Desconectó el micrófono, mientras miraba por la ventana. «Al menos la nieve es limpia», reflexionaba. Gotas antisépticas de helada humedad blanqueando al mundo y purificándolo. Claro que aquello era una tontería, pero el pensar en ello le hacía sentirse ligeramente mejor. Sentía su propio cuerpo viejo y húmedo por el sudor y en la boca el regusto acre de la comida que consumiera hacía ya dos horas.

Peste, pensaba. Peste bubónica. Había oído decir que durante una epidemia podían morir, casi en una noche, miles de personas; y, además, una muerte horrible; los cuerpos hinchándose, ennegreciéndose y estallando como frutas caídas del árbol. Se suponía que la transmitían las ratas. Ruines cuerpecillos surgiendo de un agujero en la pared, desgarrando los sacos de cereales, derramando su contenido, contaminando cuanto tocaban. Lo que había comido aquella tarde: *Königsberger Klops* lo llamaban. «Un plato típico berlinés.» Le había gustado mucho, pero ¿estaban los ingredientes en perfecto estado? La carne, la harina con la que habían confeccionado la cremosa envoltura, la salsa y los vegetales... Sí, una muerte horrible. Oscuras hinchazones en la carne reventando y empezando a oler. Petrov luchó por apartar la idea de su mente y volvió de nuevo a la mesa de escritorio, donde Tania Valina se encontraba de pie junto a un individuo alto que ostentaba el uniforme de coronel «vopo». Había trabajado con Gustav Behr durante años, le llamaba por su nombre, pero tenía la impresión de que en realidad no le conocía. Aun cuando Behr se mostrara siempre cortés, siempre cordial, había cierta frialdad en su actitud que no invitaba a la intimidad.

—Bien, Gustav —expresó—. Ya has oído lo que ese Kirk ha dado a entender;

¿hay algo de verdad en ello? ¿Ha estado tu gobierno realizando experimentos de guerra bacteriológica sin nuestro conocimiento?

—En absoluto. —El pálido rostro del alemán, casi de intelectual, carecía de toda expresión—. En Alemania Oriental jamás se han llevado a cabo semejantes experimentos y no existe laboratorio de investigación alguno dedicado a tal fin.

—Gracias. —Petrov asintió con la cabeza—. Así que esa... esa cosa sea lo que fuere, no es un producto de obra humana de este lado del telón de acero, como ellos lo llaman. Por otra parte, si se trata de una explosión natural, ¿por qué hasta el momento no se han registrado más casos? O Kirk está mintiendo o está ocurriendo algo muy extraño. —Y añadió, dirigiéndose a Tania Valina—: ¿Y de dónde crees tú que procede, querida? ¿Acaso del espacio cósmico? ¿Será posible que los marcianos sean una raza en extremo inteligente de microbios que nos estén invadiendo?

Arrastrando los pies se acercó de nuevo al teléfono, sintiéndose ligeramente mejor con su pequeña broma.

A menos de tres kilómetros del despacho de Behr, una mujer llamada Ruth Eulenburg trataba de dormir. Necesitaba desesperadamente dormir porque ésa era la mejor cura para la gripe y, desde luego, estaba en los comienzos de la enfermedad. Lo había empezado a notar por la mañana: mal en las articulaciones, dolor de cabeza, y la garganta le escocía como si le hubieran pasado papel de lija. Había hecho todo lo posible por detenerla, consumiendo dosis ingentes de vitamina C y aspirina, metiéndose luego en la cama, pero la gripe estaba ganando la batalla.

Si al menos Wilhelm estuviera junto a ella no sería tan malo. Si al menos no se hubiera ido. Desde las paredes del dormitorio el rostro de su marido parecía mirarla. Si al menos Wilhelm volviera pronto a casa.

Pero desde luego aquella era una locura... la fiebre la hacía desvariar y ver cosas raras. Wilhelm jamás volvería. Una bala del rifle de un «vopo» le había destrozado el pecho y murió en sus brazos. Parecía tan sólo ayer cuando iniciaron la huida. La vieja furgoneta recubierta de plancha y chatarra dando tumbos por la Muskauerstrasse abajo en dirección al muro, que aún no había sido argamasado, y lo habían atravesado. Diecisiete de ellos tumbados en la parte trasera y Wilhelm agazapado sobre el volante. Por un momento la alambrada de púas pareció resistirse, pero de alguna forma la furgoneta logró atravesarla, las balas rebotando inofensivas contra la plancha de hierro, hasta que se detuvieron junto a la garita de un centinela americano. Ella se torció un tobillo al saltar por la parte de atrás y correr hacia la cabina abriendo rápidamente la portezuela y gritando con todas sus fuerzas: «¡Lo logramos, querido... lo lograste... somos libres... realmente libres y al fin en Occidente!» Pero entonces el cuerpo de Wilhelm se desplomó de costado y vio que la sangre le brotaba por un desgarrón de su gabán.

Bien, Wilhelm había muerto. Murió como un héroe y de nada servía ya pensar en

él. Ahora tenía que consagrar todos sus esfuerzos a combatir la gripe, pues había mucho trabajo por hacer. La semana próxima otro grupo llegaría a través del nuevo túnel hacia la estación Ku'damm y tenía que hacer preparativos para recibirlos. Los «vopos» pronto lo descubrirían, pero antes lograrían hacer pasar una docena de grupos. Fue muy arriesgado sacar a aquel chiquillo por allí, mas Gretel sabía lo que se hacía y estaba segura de que no hablaría. Recordaba cómo había sollozado entre sus brazos en la encrucijada, durante media hora antes de prometerle que trataría de encontrar la oficina del comandante inglés.

Sí, a la mañana siguiente tenía que estar bien. Si al menos pudiera dormir, si la aspirina empezara a hacerle efecto, si la cabeza dejara de darle latidos, si al menos pudiera respirar. Ruth, alargando la mano conectó la radio que tenía a la cabecera de la cama. La pequeña esfera verde lanzó unos destellos reconfortantes y una canción de taberna de Munich sonó a ritmo de su pulso: «*In der Nacht —schläft der Mensch — nicht gern alleine...*» Se extinguió la melodía y sonó la voz de un locutor: «Buenos días, damas y caballeros. Pasa exactamente un minuto de la medianoche y antes de continuar con nuestro programa de música ligera, hay un boletín de noticias procedentes de Londres. El Ministerio de Sanidad británico informa que...»

—No, Dios mío, por favor, no —se oyó Ruth decir a sí misma, en voz alta en oposición a la otra voz.

«Toda persona de cualquier país que crea haber estado en contacto con ese niño, deberá ponerse urgentemente y de manera inmediata en contacto con su médico.»

—No, no, no.

Había saltado de la cama y contemplaba su rostro a la luz del tocador, sintiendo que el calor le inundaba el cuerpo y que se quedaba cada vez más fría.

«Repito que no existe motivo de alarma siempre que los contactos sean sometidos a inoculación.»

—No, no puede ser verdad. Es imposible.

Al callar el locutor y sonar de nuevo música de baile, Ruth se dirigió tambaleante al teléfono. Parecía sentirse incapaz de dominar sus manos y le costó mucho tiempo marcar el número que quería.

—Profesor Klee —dijo cuando al fin alguien contestó—. *Herr* Profesor, sé que no debo telefonarle, pero estoy enferma y tengo que hablar con usted... No, no, escuche, por favor.

La voz de Klee sonaba metálica y parecía decir vaciedades; algo respecto a un número equivocado y a colgar el teléfono. Evidentemente estaba tratando de protegerse, no obstante, tenía que hacerle comprender.

—¿No ha oído aún las noticias, *Herr* Profesor? ¿Respecto al niño inglés que nos envió Clever Gretel? Hemos de hablar con ella, *Herr* Profesor. Tenemos que averiguar su verdadero nombre para poder descubrir de dónde venía exactamente el muchacho. Dígame su nombre, profesor Klee, Gretel... Clever Gretel...

—Aquí control. Ha marcado un número inexistente. Por favor, cuelgue su aparato

y marque de nuevo.

Las autoridades postales de Berlín Occidental se mostraban en extremo orgullosas de su sistema de instrucciones grabadas, pero Ruth Eulenburg sacudió la cabeza con incredulidad.

—Sé que está ahí, *Herr* Profesor, así que escúcheme. Debemos ponernos inmediatamente en contacto con Gretel. Tenemos que saber lo que le ocurrió a ese niño. Gretel, *Herr* Profesor. Clever, Clever Gretel...

Las rodillas se le doblaron y cayó al suelo arrastrando consigo el teléfono.

Cuando a la mañana siguiente la encontraron, todavía seguía repitiendo el nombre y continuó haciéndolo en la ambulancia. Poco antes de morir lo intentó de nuevo, mas, para entonces, estaba ya demasiado débil para que nadie pudiera oírla. «Gretel-Gretel-Clever Gretel.»

«Una guirnalda, una guirnalda de rosas, una talega llena de ramilletes...»

Marcus Levin canturreaba mientras contemplaba la lluvia. Había enviado a sus ayudantes para que tomaran un rápido desayuno, deseando concentrarse, y se encontraba absolutamente solo en el laboratorio.

«*Atishoo, atishoo, todos nos caemos.*» Casi todas las canciones infantiles registraban un acontecimiento histórico y «*Una guirnalda de rosas*» no podía ser excepción. En la primera jaula se infectó a los animales a las seis de la tarde y ya se estaban muriendo; uno de ellos yacía sobre uno de sus costados y pataleaba débilmente, en tanto que los esfuerzos de su compañero por escapar perdían fuerza a cada minuto que pasaba. Marcus consultó el reloj y anotó en su cuaderno: *Aun cuando en el momento actual no se dispone de información exacta sobre sujetos humanos, la duración de la enfermedad parece ser aproximadamente de tres días y medio. En el caso de las ratas... Había cesado el pataleo y el animal estaba completamente inmóvil: ... de doce horas y media.* Increíble, pero auténtico.

Los antiguos habían considerado a la peste como un miasma, un contagio enviado desde las estrellas para infectar a la Tierra. Una enfermedad del suelo, que hace que los animales salgan a la luz del día para morir. Eso mismo estaba ocurriendo frente a él, como ya sabía que tenía que ocurrir, a pesar de que no esperaba la extrema violencia que le acompañaría. Se habían construido las seis jaulas semejantes a las madrigueras subterráneas, revestidas de yeso y ladrillos y con una sola salida bloqueada por tres ligeros barrotes de madera. En cada una de las jaulas, salvo en la primera, las ratas todavía seguían luchando por escapar, atacando enloquecidas las barreras y luchando entre sí en sus esfuerzos por salir. El enorme cruce de albino en la quinta jaula había matado a su vecina más pequeña y se dedicaba afanosamente a roer el segundo barrote, aun cuando sus esfuerzos parecían debilitarse. Se preguntaba si los pacientes humanos reaccionarían con la misma violencia. «Jacko» había mantenido al niño Fenwick bajo sedantes, pero su manita, arañando y destrozando las ropas de la cama, parecían afirmarlo. Añadió otra nota a su bloc: *Durante las primeras siete horas siguientes a la infección no se observó cambio aparente alguno en el animal, siguiendo luego un período de tres horas de intensa actividad física, agresión y empeño por escapar. A continuación el organismo se hundió lentamente en estado de coma y muerte.* Marcus, apartándose de las jaulas se inclinó sobre un microscopio. Se había utilizado un sistema de cuentagotas en lugar de tintura. Aquellas cosas estaban vivas, trabajando afanosas, dividiéndose y reproduciéndose como era natural, pero también conservando su raza para la posteridad, a lo que no tenían derecho. Incluso mientras observaba, otros de aquellos diminutos puntitos se desprendieron de los cuerpos progenitores empezando a girar alrededor de ellos;

esporas que en determinadas circunstancias podían permanecer adormecidas durante siglos hasta que la humedad las alcanzaba. Entonces se despertaban y entraban de nuevo en actividad.

¿Sería así como había ocurrido? ¿Era éste un retorno de alguna pasada epidemia que hubiera logrado conservarse durante años, o era acertada su idea original de una mutación debida a obra humana, pese a todas las afirmaciones de Kirk de que no existían laboratorios de investigación en Alemania Oriental? Marcus se sentía ligeramente inclinado hacia la primera de aquellas posibilidades, a pesar de que no tenía base científica real para ello, y sí tan sólo una corazonada, una impresión intuitiva. Lo que tenía que hacer era estudiar aquella cosa y descubrir la forma más eficiente de controlarla y destruirla. Al parecer la inoculación del suero normal para la peste bubónica parecía producir total efecto y de cualquier forma aquél constituía un punto a su favor. A los padres y al hermano menor del muchacho pudieron cogerlos a tiempo, aunque se habían registrado otros dos casos en Alemania; la azafata del avión de la Lufthansa y el ama de llaves del comandante Wood. Constituyó una ardua tarea seguir el rastro de sus contactos antes de que volviera a producirse.

Pero ¿podrían contenerla incluso con una vacunación efectiva? Lo peor de la peste clásica era la velocidad con que actuaba; once días y medio desde la iniciación del ciclo hasta la muerte del paciente, y en esta ocasión ni siquiera transcurrían cinco.

Y todavía no se había encontrado antibiótico posible. Atisbó por el siguiente microscopio. Se había incorporado penicilina al cultivo, mas aquella cosa aún seguía agitándose. Tenían que encontrar pronto la fuente original o poblaciones enteras desaparecerían en casi una noche.

La publicidad tampoco sería de ninguna ayuda. Desde aquellos titulares «PESTILENCIA» que comunicaran la noticia a Londres, las redes de radio y televisión habían transmitido comunicados sobrios y tranquilizadores, pero dudaba de que aquello fuera suficiente. A menos que se anunciara que la epidemia se encontraba bajo control, no tardaría mucho en quebrarse la confianza del público.

Pero ¿dónde pudo haber pescado el microbio aquel condenado chiquillo? ¿Quién era el portador original? Marcus se dirigió a una estantería de la habitación. Casi todas sus obras de referencia sobre la peste fueron enviadas a los laboratorios y las estanterías estaban repletas de libros. *Die Geschichte der Pest* de Sticker, *Historia de las Epidemias en Britania* de Creighton, *De la Peste Orientale* de Bulard. Sonrió tristemente a los títulos. Sticker y Creighton, así como Bulard fueron observadores experimentados, hombres de ciencia que habían registrado cuidadosamente cada detalle. ¿Qué pensarían de su ciega intuición? De todas maneras ninguno de ellos había visto nada semejante a aquel pequeño monstruo que trabajaba activo a sus espaldas. Abrió un mapa de Alemania Central y lo estudió con toda atención. En alguna parte de aquella línea en zig-zag entre Magdeburg y la frontera, Billy Fenwick había caído del tren. En alguna parte del área se había encontrado con el portador.

Magdeburg, Oberfeld, Raltuna, Rudisheim, Helmstedt. Marcus siguió con el dedo la ruta y de repente se detuvo. ¿Rudisheim? ¿Qué le recordaba aquel nombre? ¿Dónde lo había oído antes? Por el mapa parecía ser una pequeña ciudad sin importancia, o tan sólo una aldea, mas como quiera que fuese había dado un aldabonazo en su memoria. De entre el montón de libros sacó un pesado volumen encuadernado en piel. *La Gran Pandemia de la Edad Media*, de Vogel, traducida al inglés por Nevison y Butt. Y traducida, por cierto, bastante mal. Siempre tuvo la intención de comprar una edición original, aunque por una u otra causa jamás llegó a hacerlo. No obstante, en el índice encontró al menos lo que quería y buscó la página. Sí, allí estaba.

Ofrece interés la epidemia de peste en Rudisheim, cerca de Magdeburg, no sólo porque parece haber sido una de las primeras apariciones del azote en Alemania, sino también a causa del torrente de creencias y supersticiones y leyendas que invadieron la región durante generaciones.

La primera víctima se dice que fue el abad de un monasterio de benedictinos, un tal Rudolph von Gunter, hombre profundamente odiado en la región a causa de su vida sanguinaria y libertina. Su muerte provocó el júbilo general por considerarla como castigo del cielo y se encendieron hogueras en las calles para celebrarlo. No obstante, al cabo de unas semanas el resto de la comunidad religiosa y la mayoría de la población local siguieron al abad a la tumba.

Marcus encendió un cigarrillo al tiempo que volvía la hoja. La página siguiente estaba ilustrada con un grabado en madera, borroso e indistinto, que parecía representar un calvero en el bosque, de noche, con una delgada Luna sobre las copas de los árboles. Al fondo se distinguía la figura de un hombre desnudo casi doblado bajo el peso de un ser acartonado, con aspecto de simio, encaramado sobre sus hombros.

Durante más de trescientos años se consideraron las ruinas y alrededores del monasterio como un lugar maldito, por el que no era seguro aventurarse, rodeado de ingentes leyendas. Entre ellas estaba incluida la de la Virgen Negra o La Doncella Pestilente que cabalgaba sobre los hombros de un hombre muerto, diseminando rosas de un rojo oscuro por su camino y una monstruosa criatura con la forma de una rata y el tamaño de un lobo que merodeaba furtiva de noche por el área y cuya contemplación era mortal.

Marcus sacudió la cabeza fastidiado. «No andes entre las ruinas, no vayas cerca del parque. Pues algo muy espantoso acaso aceche en la oscuridad.» ¿Qué diablos

hacía tragándose todas aquellas estupideces? Su lugar estaba ante el microscopio, no rebuscando entre los relatos de folklore ya muerto. De todas maneras, debió de ser en alguna parte cerca de Rudisheim, cuando Billy Fenwick se esfumó del tren. Siguió leyendo.

Todas esas historias y temores persistieron hasta mediados del siglo XVIII al descubrirse yacimientos de carbón en los alrededores, convirtiéndose Rudisheim en un centro industrial pequeño pero bastante importante. En 1825 las autoridades luteranas compraron parte de los terrenos del monasterio y allí construyeron una iglesia. Al excavar los cimientos apareció la máscara de bronce de la cabeza de un hombre. Algunos eruditos aseguran que tal vez fuera tomada al antiguo abad Rudolph von Gunter en su lecho de muerte. Dicha reliquia se conservó en la iglesia como curiosidad histórica hasta el final de la última guerra en que desapareció.

Una enfermedad del suelo, un miasma, una visita de las estrellas contra un hombre malvado que destruyó a todo un vecindario. Marcus cerró el libro y empezó a medir a grandes pasos la habitación. ¿Era posible que fuera así como había sucedido? ¿Era posible que hubiera existido durante tanto tiempo? Esporas diminutas yaciendo adormecidas sobre un suelo seco o basura hasta que un día algo las despierta y una gota de humedad hace reanudar la reproducción normal.

Y después de todo, ¿qué son las leyendas y supersticiones? ¿Tonterías infantiles o advertencias que una vez estuvieron basadas en la realidad? ¿Historias simbólicas para proteger a la gente sencilla? ¿Existía todavía en Rudisheim una Doncella Pestilente? ¿Pudo haber sobrevivido la enfermedad y algo realmente espantoso acechara en la oscuridad? Marcus se acercó de nuevo a las jaulas. La gran rata había atravesado casi la última barrera, pero parecía muy débil y un hilillo de sangre le caía del hocico. Dio media vuelta al abrirse violentamente la puerta.

—Buenos días, señor. Lamento haber irrumpido de esta forma, mas pensé que debería ver esto en seguida. —Wilson dejó un montón de periódicos de la mañana sobre la mesa—. Está produciéndose un auténtico revuelo.

—Sí, un verdadero revuelo.

Marcus echó un vistazo al primero de ellos. Siguiendo el relato de la noche anterior, la mitad de la población de Inglaterra parecía pensar que acaso estuvieran contagiados y sobre los hospitales había caído una auténtica avalancha pidiendo la vacunación. En Berlín Occidental habían irrumpido en un laboratorio, robando una importante cantidad de medicinas.

—Sí, ya pensé que ocurriría algo semejante después de aquellos condenados titulares —afirmó—. Como siempre, menosprecias las cosas, Peter.

—Lo siento, *sir* Marcus, pero usted siempre solía decir que era un excelente defecto. —Wilson le alargó una nota garrapateada—. Esto acaba de llegar a la

centralilla. Otro caso en Berlín. Los síntomas son similares a los otros.

—Gracias. —Marcus puso la nota bajo la luz—. Ruth Eulenburg... treinta y seis años... viuda, vivía sola... no se ha establecido relación alguna con el niño Fenwick. En cambio los síntomas son similares, idénticos, a los del comandante Wood. La encontró la policía cuando la operadora de teléfonos comunicó que la línea estaba ocupada por una mujer que sollozaba y parecía desquiciada. En la ambulancia seguía repitiendo el nombre de alguien llamado Clever Gretel. Murió a las siete de la mañana, hora de Europa Central.

—Y siguió repitiendo eso, ¿no? Clever Gretel.

Marcus, dejando el papel sobre la mesa, se quedó mirando a Wilson a quien preguntó:

—¿Le dice algo ese nombre, Peter?

—Bueno, en realidad nada, señor. Era evidente que estaba delirando. Creo que Gretel es un personaje de un cuento. Tal vez de Hans Andersen.

—No, no es de Andersen sino de Grimm. Gretel era la mujer que siempre planeaba contra imaginarios infortunios. Como bien dices, probablemente estaba delirando, pero también deliró el muchacho Fenwick. Hablaba sin cesar de alguien llamado Iron Hans, que es otro personaje de Grimm. ¿No crees que podría existir alguna relación?

Poniendo la mano sobre el brazo de Wilson se le quedó mirando fijamente mientras decía:

—Y dime algo más, Peter. Hemos convivido durante largo tiempo y quiero toda la verdad. Esta teoría mía respecto a un retorno del bacilo de la Muerte Negra: ¿crees que en realidad puede haber algo o estoy acaso perdiendo la cabeza?

—No, señor, desde luego no la está perdiendo. Pero de todas maneras creo que es demasiado pronto para afirmar qué puede ser. Creo que acaso esté siguiendo una corazonada... precipitándose a conclusiones sin ningún...

—Sin ninguna prueba real o adecuada observación. —Marcus volvió a coger el periódico—. Desde luego tienes toda la razón, mas ¿qué otra cosa puedo hacer? No tenemos tiempo para una completa investigación. Tan pronto como esta cosa se ponga en marcha puede iniciarse la peor de las epidemias desde el siglo XIV. He de limitarme a seguir mi corazonada y confiar en que sea acertada.

Lanzó una mirada por encima del hombro a las jaulas. La gran rata se había arrastrado hasta el compartimento superior donde una bombilla ultravioleta imitaba la luz del día; indudablemente ya no le quedaba mucho de vida. Por el hocico le manaba un chorro de sangre negra y giraba tambaleante en círculos.

—Ve a telefonar al general Kirk —dijo—. El número está en mi escritorio en la habitación contigua. Dile que quiero inmediatamente un visado para Alemania Oriental.

Permaneció allí observando a la rata mientras Wilson salía presuroso de la habitación. Había caído sobre un costado, pataleando débilmente, y Marcus volvió a

coger un bloc.

«Pero ¿quiénes son? —reflexionaba mientras tomaba nota de la muerte del animal—. ¿Quiénes son y dónde está la relación? Iron Hans y Clever Gretel.»

A seiscientos kilómetros de los Laboratorios Centrales otra rata estaba muriendo. No era uno de los ejemplares pulidos y lustrosos de Marcus Levin. Era una vieja e hinchada abuela de las alcantarillas, con pulgas alrededor de las orejas y en su piel las cicatrices de un centenar de batallas subterráneas. Salió arrastrándose lentamente de una madriguera obra del hombre, giró tres veces como un gatito a la caza de su propia cola y cayó sobre un costado. Unos metros más allá Clever Gretel sonreía en su cálido cuartito.

—Damas y caballeros, les habla de nuevo el capitán Hanks y, una vez más, les pido excusas por tener que rogarles que mantengan aún por algún tiempo abrochados sus cinturones. —Por los altavoces la voz del piloto sonaba segura y ligera—. Todavía tenemos ante nosotros algo de mal tiempo, mas no hay motivo de alarma. No vamos a atravesarlo, sólo a echar un vistazo, como quien dice.

Rió, pero en aquel mismo momento, como respuesta, el avión osciló violentamente y Kirk se sintió lanzado de su asiento, tropezando su hombro con el de Marcus Levin.

—Lo siento, damas y caballeros. En realidad ha sido culpa mía. Debimos mantenernos por encima de la tormenta, pero esperaba conducirles a Tempelhof a la hora establecida.

—¿Por qué no se estará callado ese tipo, concentrándose en el manejo de su condenado aparato? —gruñó Kirk, enjugándose el sudor de la frente. Su cara tenía un color verdoso muy poco saludable—. ¡A la hora! Llevamos ya un retraso de quince minutos y mi cita es para las doce en punto del mediodía. No, nada de píldoras, doctor. Estoy dispuesto a resistirlo, aunque puedo asegurarle que no me divierte en absoluto.

Rechazó la oferta de Marcus y volvióse hacia Von Zuler, que se había reunido con ellos en Hannover.

—Y antes de ese momento, necesito más datos, *Herr Von Zuler*. Ese hombre, Petrov, se ha ofrecido a entrevistarse, lo que demuestra, para mí al menos, que los rusos están dispuestos a cooperar con nosotros si a nuestra vez les ofrecemos determinadas garantías.

Guardándose el pañuelo contempló lúgubrementemente por el ojo de buey, la movediza bruma formando remolinos.

—Sin embargo, ¿qué garantías puedo darles? ¿Qué puedo decir a Petrov? Creemos que el muchacho Fenwick cayó del tren en algún punto entre Magdeburg y la frontera. Creemos que cogió el microbio en alguna parte de Alemania Oriental y que lo pasaron clandestinamente a Berlín por una de las rutas de huida, pero no podemos demostrar nada. Como su gente mató a ese empleado del coche cama, ni siquiera disponemos de un testigo.

—Lo sé, *Herr General*, y el oficial responsable de la muerte de Loser será juzgado por asesinato. —Von Zuler se encontraba desplomado en su asiento, con la pierna de metal estirada delante de él—. Pese a lo que usted dice, no creo que haya sido conducido a Berlín Occidental por una de las rutas de huida. A estas alturas, en realidad, no estamos seguros de nada.

—No, no podemos estar seguros, pero por mi parte no tengo la menor duda. —De

repente se rasgó la nube y, a través de ella, Kirk pudo distinguir la línea de la autopista Berlín-Helmstedt—. Sabemos que esa mujer, Ruth Eulenburg, era miembro de la Freiheit Organization, cuyos fines son los de pasar clandestinamente refugiados desde el Este. Sabemos que pudo haberla contagiado Billy Fenwick, y a mi juicio es muy posible que el nombre que repetía sin cesar, Clever Gretel, sea el nombre en clave de su contacto en el Este que hizo atravesar al muchacho. ¿No le parece posible?

—Posible sí, mas no seguro, general. —Von Zuler tenía los ojos entornados y parecía aburrido—. Todavía ahora no sabemos exactamente lo ocurrido.

—¡Tenemos que averiguarlo, condenación! —La voz de Kirk sonaba fatigada y su destrozada mano temblaba sobre el brazo del asiento—. *Sir* Marcus ya le ha informado sobre la gravedad de la situación y tenemos que encontrar la fuente original antes de que estalle una epidemia a gran escala. Si se encuentra en Alemania Oriental tenemos que lograr la cooperación de la M. V. D., y para ello hemos de demostrarles que acudimos de buena fe. Puede incluso significar que hayamos de darles los nombres de las personas que organizan las rutas de huida. Me repugnaría hacer semejante cosa, pero acaso sea necesario. Usted puede facilitarme esos nombres, ¿no es así, Von Zuler?

—Podría averiguarlos para usted, general Kirk, aunque a estas alturas ni siquiera voy a intentarlo.

El alemán se le quedó mirando fijamente. Sus ojos eran duros, como guijarros incrustados en el rostro mediante alguna repulsiva operación quirúrgica.

—¿Espera, en realidad, que haga semejante cosa, general? ¿Perseguir a mi propia gente y traicionarlos ante los rusos?

—Sí, espero que lo haga, *Herr* Von Zuler. Créame, la idea me desagrada tanto como a usted, pero tal vez sea necesario para detener una epidemia.

Aun cuando Kirk sintiera simpatía por aquel hombre, aquello carecía de toda importancia cuando recordaba las cosas que había visto en el laboratorio la noche anterior.

—*Sir* Marcus —dijo—, ¿sería tan amable de explicar otra vez a *Herr* Von Zuler la gravedad de este asunto?

—Lo intentaré, general; no obstante, como ya he dicho antes, no puedo ser muy exacto. Por el momento no disponemos de suficientes hechos que proporcionen una base firme.

Marcus, volviéndose hacia el alemán, empezó a oírse repetir automáticamente lo poco que sabían: la producción de esporas, el brote de infección, los períodos de incubación. Mientras hablaba, el avión se inclinó ligeramente y pudo ver la ciudad que se extendía debajo de ellos; los lagos Wannsee semejantes a espejos helados, la nieve en los árboles del Grünewald y el alto mástil del funicular Kunkturn, a lo lejos hacia el oeste. Habían transcurrido veinte años desde que lo viera por última vez y entonces se encontraba encerrado en un vagón de ganado con otros cincuenta seres

humanos. Sin embargo, había sido más afortunado que la mayoría de sus compañeros, porque habiendo quedado acorralado contra un costado del vagón, miró a través de las rendijas y vio un destello inmenso en el cielo. Por primera vez en muchos años se sintió esperanzado mientras contemplaba la descomunal luz sabiendo que Berlín estaba ardiendo.

—Damas y caballeros, una vez más les habla el capitán Hanks. —La voz del piloto interrumpió sus memorias al tiempo que el avión descendía hacia el rectángulo de Tempelhof—. Dentro de unos momentos aterrizaremos; les ruego que apaguen todos los cigarrillos. No puedo decir que «espero que hayan tenido un viaje agradable», después de los baches que acabamos de pasar, pero al menos sólo llevamos veinte minutos de retraso del horario previsto.

—Gracias, *sir* Marcus. Sus explicaciones han sido muy claras. —Von Zuler apagó su cigarrillo e hizo un ademán de asentimiento—. Estoy seguro de que la situación puede llegar a ser tan grave como dice; de todas formas no he cambiado de idea. No, caballeros, aun cuando esa enfermedad sea todo lo que ustedes aseguran, hasta el momento sólo han aparecido tres casos, y eso no es bastante para que yo les diga lo que me piden.

Su dura mirada era suplicante al fijarla en la de Kirk.

—En su calidad de inglés no puede comprender, general, lo que esas rutas de huida significan para nosotros en Alemania. Desde que se alzó el muro, solamente unos pocos, naturalmente, logran atravesarlo, pero al menos pueden hacerlo esos pocos. Siempre existe cierta esperanza de que un día se reúnan familias. Sin ellas creo que se produciría una histeria masiva, nos encontraríamos con una neurosis general que convertiría a su epidemia de peste casi en una insignificancia. Lo más probable es que el jefe organizador sea alguien perteneciente a la jerarquía de Alemania Oriental que pone en peligro su vida, a cada minuto, para ayudar a otros. Ignoro su nombre, y aunque lo supiera no se lo diría. No, *sir* Marcus, a menos que las autoridades médicas puedan darme pruebas más contundentes de los peligros que entraña, sencillamente no puedo ayudarle.

—Lo haremos, *Herr* Von Zuler. Tendrá sus pruebas o, más bien, se las dará el propio bacilo. ¡Santo Cielo! ¿No puede darse cuenta de la velocidad con que se propaga? —Mientras hablaba, en la mente de Marcus se destacaba una imagen clara de aquellas cosas flotando sobre la plaquilla, dividiéndose y liberando sus esporas—. Es posible que hasta ahora sólo se hayan comunicado tres casos, pero ¿cuántos otros existirán que nosotros ignoramos? ¿No puede siquiera imaginar lo que ocurrirá una vez estalle en una gran ciudad? Tuvimos suerte localizando los contactos del muchacho, sin embargo...

—Calma, doctor. Tómelo con tranquilidad.

Kirk, cogiéndole del brazo, cortó la explosión. El avión ya había tomado tierra y enfilaba hacia el edificio principal. Marcus asintió cansado y cogió su maletín, rogando que un milagro hiciera cambiar de idea al alemán.

—*Zu Befehl, Herr Kommissar*^[5].

Uno de los ayudantes de Von Zuler esperaba en la pista. Dando un taconazo se inclinó rígido ante Kirk y Marcus, evidentemente impresionado ante un general y un especialista de fama internacional. Junto a él se erguía un portero y dos policías uniformados.

—Un coche les espera, caballeros, y se han tomado medidas para que pasen a Berlín Oriental por el control de Brandeburgo. Pero se me ha pedido que entregue esto a *sir* Marcus Levin. Es del profesor Mannheim del Hospital de Semmelweiss.

—Gracias.

Marcus rompió el sobre. Las observaciones de Mannheim eran casi exactas a las suyas. Esporificación anormal, reproducción anormal, velocidad anormal en el ciclo de vida. Y hasta el momento, ningún antibiótico o bactericida capaz de aniquilarlo. Todo cuanto conocían y temían y ni el menor rayo de esperanza. Se metió la carta en el bolsillo, disponiéndose a seguir a Kirk y Von Zuler al vestíbulo, pero casi inmediatamente se detuvo. El mozo de equipajes bajaba ya la escalera con sus maletas. Era un hombre de mediana edad, pesado, enfundado en un descolorido uniforme azul. El rostro no ofrecía nada notable, salvo una expresión de estupidez, mas al mirarle Marcus tuvo la extraña sensación de que lo conocía, de que lo había visto antes en alguna parte, de que era importante que recordara dónde.

Sí, aquella cara le era realmente familiar. Facciones pesadas, estúpidas, tumefactas por el frío, nariz corva y una doble papada presionando sobre el cuello de su chaqueta mientras levantaba las maletas para colocarlas sobre el trole. Pero ¿dónde había visto a aquel hombre?

—¿No viene? —Kirk se volvió a mirarle intrigado—. Apresurémonos a entrar. Aquí se queda uno helado.

—Sí, naturalmente. Ya voy.

Marcus le siguió hacia la entrada. Desde luego era ridículo. A pesar de que jamás estuvo antes en Tempelhof, podía haber una docena de explicaciones. Evidentemente aquel individuo se parecía a alguna otra persona o había trabajado en algún aeropuerto de Alemania Occidental, acaso en Hamburgo. El año anterior él había estado en Hamburgo tres veces. Sí, probablemente era eso y «conviene que te controles», pensó para sí. Ya incluso su corazonada respecto a Rudisheim parecía ligeramente ridícula y ahora esto. Ansiedad porque la cara de un mozo le parecía familiar.

De todas maneras era importante. Algo le decía que era importante. Deteniéndose se volvió. El mozo se dirigió ya hacia él y aun cuando su aspecto era bastante fuerte, parecía costarle un gran esfuerzo realizar su trabajo; la carretilla zigzagueando por el cemento y su aliento formando una nube de vapor en el aire helado. Tenía que recordar dónde había visto aquella cara antes. Una nariz corva entre unas mejillas hinchadas, ojos castaños inyectados en sangre y una pesada sotabarba descolgándose sobre la chaqueta del uniforme. Mas entonces, mientras lo observaba, Marcus se dio

cuenta de que se había equivocado; jamás había visto antes a aquel hombre. Lo que reconocía era lo que le estaba pasando. Las facciones no podían estar tumefactas simplemente por el frío, porque las mejillas aparecían tan hinchadas que casi estaban lisas y la mandíbula tenía dos veces su tamaño normal. «Cara de león» era la forma habitual de describir aquella condición, y la última vez que la viera fue poco antes de morir Billy Fenwick.

—Un momento, mozo. Deje su carretilla un momento, por favor. Soy médico y quiero preguntarle algo.

Marcus asintió con la cabeza al dejar el hombre los fustes y quedarse mirándole con expresión vacua. Su aliento era acre y maloliente y hubo de apartarse ligeramente. Se preguntó si estaría realmente inmunizado. ¿Podía estar seguro de que la vacuna hubiera prendido?

—¿Pasa algo, *sir* Marcus? ¿Se han olvidado de alguna de sus maletas?

Von Zuler se acercó presuroso a él, que le hizo apartarse.

—No, nada de eso, pero manténgase apartado de nosotros, por favor. Y ordene a alguien que se ponga en contacto con el Hospital de Aislamiento para que envíen inmediatamente una ambulancia. Y ahora veamos, mozo. Siéntese por favor en el banco, hacia aquí. Y deje que le eche un vistazo. Bien. —Bajo sus dedos la frente del hombre semejaba una botella de agua caliente y el pulso galopaba—. ¿Cómo se llama?

—Kubisiac. Franz Kubisiac.

—Bien, no se preocupe, Franz. Todo saldrá bien. —Incluso en el desnudo corredor de suelo de cemento adoptaba automáticamente su actitud de médico comprensivo—. ¿Cuánto tiempo hace que se siente enfermo?

—Unos dos días, *Herr Doktor*, pero no es nada. —El hombre sacudió estúpidamente la cabeza—. Tan sólo un pequeño resfriado que se curará pronto. Ahora, permítame seguir con mi trabajo, *Herr Doktor*.

—En seguida, Franz, dentro de un momento, pero primero quiero preguntarle algo más. ¿Estaba de servicio el día en que el niño inglés tomó el avión? ¿Se acercó a él?

—Sí. ¿Y qué? ¿Qué tiene eso que ver con usted? Como le he dicho es tan sólo un resfriado y tengo que seguir con mi trabajo.

Ahora su mirada era iracunda a la vez que estúpida.

—Comprendo. ¿Conque sólo un resfriado, eh? ¿Y no se hizo vacunar, Franz? Sabía que tenía que hacerlo, pero temía que el brazo se le inflamara y acaso perdiera horas de trabajo. ¿Tiene una familia que mantener?

Mientras hablaba la mano de Marcus se dirigía hacia la chaqueta.

—Sí, mujer y tres hijos; niñas pequeñas. Necesitan mucho dinero. Mi mujer está siempre pidiéndome dinero. No puedo permitirme el lujo de estar enfermo. Ahora, por favor, déjeme ir, *Herr Doktor*.

—No, Franz, al menos hasta que le hayamos reconocido bien. ¡Demonio! ¿Es que

no pueden mantener a esa gente apartada?

En el corredor empezaba a arremolinarse la gente y Marcus hizo seña a Von Zuler de que los hiciera retroceder.

—Ahora, déjeme que le vea el pecho, Franz. Sólo será un momento.

Empezaba ya a desabrochar el botón de arriba, cuando el rostro de Kubisiac sufrió una alteración. Un momento antes sólo reflejaba estupidez e ira, entonces sin la menor transición cambió de súbito, transformándose en una máscara de furia casi animal.

—¡No! —chilló—. No, no. ¡Déjeme en paz! —Levantándose con el cuerpo rígido, hizo accionar el brazo semejante a un mayal—. ¡Le digo que me deje en paz!

—¡Deténganle! ¡No dejen que se escape!

Sentía como si le hubieran arrancado la nuez de la garganta, pero incluso mientras caía, Marcus trató de hacerles comprender. Típico, pensaba, sintiendo que se le doblaban las rodillas y que el paraguas se quebraba bajo su peso. Al igual que en las ratas el único sentimiento importante es la voluntad de escapar. Completamente típico. El pavimento de cemento se alzó hacia él y se sumergió en la oscuridad.

—¿Se encuentra bien, doctor? —Le habían sentado en el banco y Kirk le contemplaba preocupado—. ¿Se siente mejor?

—Sí, estoy bien. —Por un momento su mirada pareció hacerse vaga, mas luego se aclaró totalmente su visión—. ¿Cuánto tiempo he estado sin conocimiento? ¿Tan sólo unos segundos? Bien. ¿Y el mozo, Kubisiac? ¿Lograron detenerle?

—Sí, después de que enloqueciera y le golpeará, uno de los policías lo derribó con su porra. Lo han conducido a aquella sala de espera. Tranquilícese, amigo. Quédese un rato sentado. Le atizó un condenado golpe.

La mirada de Kirk reveló gran preocupación al levantarse Marcus y dirigirse hacia la sala de espera.

—No, estoy completamente bien. Perfectamente, pero tengo que examinarlo.

Se apoyó en el marco de la puerta, pues el suelo pareció oscilar ligeramente, y entró. Kubisiac yacía en un sofá al fondo de la habitación y sobre él había un espejo. Marcus sonrió lúgubrementemente al contemplarse.

«*Sir Marcus Levin, siempre vestido impecablemente —pensó—. Marcus Levin, que cuida orgullosamente su aspecto. Bueno, ahora no parece tan pulcro.*» La sangre le resbalaba sobre el cuello a causa de un rasguño en la mejilla; tenía la chaqueta cubierta de polvo blanco y el ojo derecho empezaba a ponerse morado. Encogiéndose de hombros se inclinó sobre Kubisiac. El hombre tenía los ojos abiertos, mas estaba totalmente inconsciente.

—Y no quiero a nadie aquí hasta que llegue la ambulancia —declaró; empero, seguidamente cambió de opinión recordando su muda súplica en el avión de que se produjera un milagro—. Es decir, nadie excepto usted, *Herr Von Zuler*. Me gustaría

que viera esto, por favor.

Observó acercarse a Von Zuler y abrió completamente la chaqueta y la camisa de Kubisiac. En el espacio en que la camiseta empapada de sudor dejaba ver la carne apareció lo que sabía había de encontrar sobre la piel: el sarpullido escarlata semejante a diminutas rosas.

—*Herr* Von Zuler —dijo—. Hace sólo unos minutos se negó a dar al general Kirk la información que precisaba hasta tanto tuviera usted más pruebas de los peligros que existían. Bien, aquí tiene su prueba. Este hombre sufrió el contagio porque en un espacio breve de tiempo respiró el mismo aire que el niño Fenwick. Probablemente morirá y tiene mujer y tres niñas que, con toda seguridad, ahora ya son portadoras del mismo microbio.

Cogiendo al alemán por el brazo lo impulsó hacia adelante.

—Vamos, mírele, Von Zuler. Huela su aliento, examine la erupción, mejor aún, toque su cuerpo.

Mientras hablaba, con la otra mano desabrochaba los pantalones de Kubisiac.

—Sí, aquí está. Ponga su mano en la ingle y dígame si necesita más pruebas.

Von Zuler forcejeaba por soltarse, pero Levin le obligó a bajar el brazo.

—Eso es, puede palpar el bubón, ¿no? Tenga mucho cuidado, porque puede estallar en cualquier momento. ¿Diría que tiene casi el tamaño de una pequeña ciruela? ¿Está duro y corrugado al tacto, no? ¿Tal vez se asemeje más a una nuez? Vamos, examínelo minuciosamente y luego dígame si sigue negándose a facilitar la información.

—Por favor, *sir* Marcus, por favor.

El cuerpo de Von Zuler pareció de súbito relajarse, y de un solo y convulsivo tirón se soltó, quedando allí de pie con los ojos clavados en Marcus. Por un momento pareció incapaz de hablar, y su mirada semejaba la de un demente.

—Muy bien —expresó, cuando al fin pudo hablar—. Muy bien. Ustedes ganan. Les diré los nombres que quieren y que Dios me perdone.

Volviéndose, salió precipitadamente al corredor tratando de dominar sus ansias de vomitar.

—¡Eh! Por fin han llegado, caballeros. Más vale tarde que nunca. Es un gran placer darles aquí la bienvenida.

Gregor Petrov se levantó presuroso del sillón que ocupaba detrás de su escritorio, se inclinó, sonrió y alargó la mano, al parecer todo con un solo movimiento. Llevaba una indumentaria con la que esperaba impresionar a Kirk, considerándola del mejor gusto; pantalones de pana y una gruesa chaqueta «Harris» de *tweed* verde que compró en Londres hacía quince años. Con su cuerpo pequeño y rechoncho les dio la impresión de un gnomo de los bosques esperando fascinar al último viajero con alguna historia fantástica, más bien siniestra.

—General Kirk —exclamó sonriendo y estrechándole la mano—. El general Charles Kirk, mi viejo antagonista en persona. Pase a mis dominios, general. Consideraré esta reunión como uno de los momentos culminantes de mi vida.

Riendo volvióse hacia Marcus al tiempo que sus tres papadas oscilaban grandemente sobre su apretado cuello.

—Y usted debe de ser *sir* Marcus Levin. También es un placer, aun cuando lamento su desgraciada experiencia en el aeropuerto. Claro, claro, general, también nosotros tenemos nuestras fuentes de información. Pero permítanme presentarles a mis colegas. El coronel Gustav Behr, de la Policía Popular; el doctor Glauser, del Instituto de Potsdam de Histopatología que se ha ofrecido amablemente a ayudarnos; mi secretaria, *Miss* Tania Valina. ¿Querrás hacer los honores, por favor, Tania?

Hizo un aprobador ademán de cabeza al acercarse la joven con una bandeja y varias copas.

—Bien. Sentémonos y pónganse cómodos, caballeros. Ocupe ese sillón junto al fuego, general. Ya sé que le desagradan las habitaciones mal caldeadas, pero confío que ésta esté lo bastante caliente. La he hecho preparar especialmente para usted.

La estufa estaba casi al rojo vivo y parecía lo bastante grande como para impulsar a un pequeño barco.

—En extremo confortable, camarada Petrov.

Kirk le examinó mientras le devolvía la sonrisa. Sabía que Petrov, pese a su actitud benevolente y ligeramente cómica, era un hombre en extremo astuto, capaz de plantear un duro trato antes de facilitar cooperación alguna.

—Excelente. Pero, por favor, no me llame «camarada», general Kirk. Se trata de una expresión más bien arcaica hoy día que sólo utilizan personas anticuadas, mi mujer entre ellas. Preferiría mucho más el «míster».

Al ofrecer Tania las bebidas a sus invitados, Petrov rió entre dientes, diciendo de forma un tanto irónica:

—Sin embargo, tenga cuidado, general. Ándese con mucho cuidado sobre la copa

que elige. Cuatro copas tan sólo contienen buen vodka ruso, pero es posible que las otras dos contengan alguna droga. Lo siento, *sir* Marcus.

Hizo una sonrisa de excusa, congratulándose interiormente de su inglés coloquial.

—Acaso cuando beban de ellas dormirán los dos un poco. Y mientras duermen tal vez pueda persuadir al general Kirk para que me cuente algunas cosas muy interesantes sobre su organización. ¿Qué pondría usted para hacerle hablar, *sir* Marcus? ¿Acaso pentotal?

—Me arriesgaré, *Mr.* Petrov. Gracias. —Kirk cogió la copa más cercana—. No creo que en este momento tengan mucha importancia los detalles de ninguna de nuestras organizaciones, como no sea para ayudarnos a localizar el origen de la peste. Y si no se logra pronto, creo que no tardará mucho en que los dos nos quedemos sin trabajo.

—Comprendo. Entonces a su salud, caballeros. A su salud y por la destrucción de esa misteriosa enfermedad de la cual tanto he oído hablar y «sólo creo en parte», si me permiten citar a Shakespeare.

Alzando su copa se echó al colete el vodka de un solo y rápido movimiento.

—Y ahora, al grano. ¿No les parece?

Colocó de nuevo la copa en la bandeja y dejó de sonreír. Al hacerlo así su rostro perdió toda su benevolente flaccidez.

—Naturalmente, he leído sus periódicos y escuchado sus emisiones de radio, general. También he leído concienzudamente los informes completos que usted me envió y escuchado lo que nuestros propios agentes en Inglaterra y Alemania Occidental han sido capaces de descubrir. A pesar de ello no tengo la completa certeza de que sea verdad todo este embrollo.

Golpeó duramente la mesa con la mano, como aplastando una mosca que hubiera visto arrastrarse por ella, y se volvió hacia Marcus Levin para continuar:

—*Sir* Marcus, creo que ha traído consigo todos los datos técnicos sobre esa... ese azote. Como probablemente resultarán incomprensibles para todos nosotros, excepto para el doctor Glauser, podía colocarlos en aquella mesa y examinarlos juntos.

Petrov siguió con la mirada a ambos hombres mientras se alejaban y luego, por encima de ellos, miró a través de la ventana. La nieve aún seguía revoloteando sobre el Linden. Nieve fría y limpia, blanqueando el mundo y purificándolo. Creía hasta la última palabra del informe de Kirk, pero no estaba dispuesto a admitirlo; todavía no. Aunque podía morir de la peste con la misma facilidad que cualquier otro, aun cuando le aterrara la sola idea de una epidemia, su obligación seguía siendo explotar al máximo la situación.

—Bien, general, conozcamos todos los hechos. Pongamos sus cartas sobre la mesa. Estoy dispuesto a creer que esa enfermedad sea tan mortífera y repulsiva como se dice en sus informes, y estoy de acuerdo en que debemos cooperar con ustedes para encontrar el origen y aniquilarlo. Pero... —Una vez más golpeó con la mano sobre la mesa—. ¿Dónde está realmente el origen, general...? Sí, ya sé lo que ustedes

dicen. Que el niño cayó de un tren a su paso por Alemania Oriental y que se contagió aquí. Mas ¿qué pruebas pueden ofrecernos de que eso sea verdad? Recuerdo que en su historia anterior afirmaban que habíamos secuestrado al muchacho con el fin de ejercer presión sobre su padre que trabajaba en alguna oficina de claves. La idea no era muy caritativa, general, y la versión actual tampoco lo es demasiado. Vea por sí mismo.

Cogiendo un ejemplar del *Morning Echo* se lo alargó a Kirk. En los titulares se leía: «Gérmenes rusos sueltos» y una nota al pie de la columna incitaba al lector a leer el informe de John Forest en la página 2.

—No parece muy cordial, ¿verdad? Se nos acusa de mantener en Alemania una especie de laboratorio consagrado a la guerra bacteriológica, de haberse extraviado accidentalmente un cultivo, aislando luego a todas las personas contagiadas, pretendiendo que aquí no hay epidemia.

—Ese no es el punto de vista oficial, *Mr. Petrov*, y no volverán a aparecer artículos de ese tipo. —Kirk contempló ceñudo la página—. Ya se han cursado órdenes de censura.

—Estoy seguro de ello, amigo mío. Como también nosotros las hemos cursado para detener esto. —Petrov indicó un ejemplar de *Pravda*—. No sé si leerá ruso, pero aquí aparece algo muy semejante, sólo que a la inversa. Aquí dice que los gérmenes proceden de un laboratorio occidental, que el niño Fenwick jamás estuvo en Alemania Oriental y que todo el asunto es una treta para desacreditar al pueblo soviético tan amante de la paz. «Chacales» y «difusores de basura» son algunos de los términos utilizados para describirles a ustedes.

Apartó de sí el periódico como si se tratara de un objeto en extremo repulsivo.

—Sí, mentiras, general. Personalmente estoy seguro de ello. Pero usted no puede probar que son embustes como nosotros tampoco podemos rechazar lo que su Prensa nos achaca. Sin embargo, nuestros expertos médicos parecen estar en gran desacuerdo.

Ambos doctores discutían violentamente. Glauser tenía el rostro enrojecido y Marcus parecía contemplarle con una mirada de aburrido desprecio: la expresión de un hombre que puede hacer más agresiva una excusa que el insulto original.

—Oigamos el punto de vista de Alemania Oriental. Coronel Behr, ¿querrá hacer el favor de informar al general sobre lo que su gente ha descubierto hasta el momento?

—No hay nada que decir... nada en absoluto. —Behr era un hombre alto, delgado, con una expresión más bien acre y ascética. Semejaba más un profesor que un policía—. Se llevó a cabo una investigación a fondo y en nuestro territorio no se ha comunicado ni un solo caso de peste. Tampoco existe la menor prueba de que el niño haya estado en la República Popular. A mi juicio el artículo de *Pravda* es materialmente correcto. Si el bacilo existe debe de proceder de Occidente.

—Gracias, Gustav. —Petrov, recostándose en su sillón, asintió—. Ahí lo tiene,

general Kirk. Aquí no se ha dado ningún caso; así que ¿por qué habríamos de cooperar con ustedes?

—Porque ustedes pueden morir de la peste igual que nosotros, *Mr. Petrov*, y no creo que su muro la impida propagarse.

Kirk, volviéndose, miró a Behr. Jamás en su vida se había sentido más desgraciado. Von Zuler había cumplido su promesa a Marcus. A la media hora de su llegada a Tempelhof les había facilitado toda la información que necesitaban para tirar y aflojar con Petrov. Kirk odiaba la sola idea de transmitírsela, pero ahora sabía que habría de hacerlo.

—Sí, podemos morir de la peste, general. —El ruso volvió a sonreír como leyendo su pensamiento—. Y tendrán la colaboración que piden. Si el origen de ese germen se halla en Alemania Oriental, se encontrará. Permitiré que *sir Marcus* vaya a donde quiera y le facilitaré un acompañante. A cambio de ello ustedes tienen que colaborar conmigo. El muchacho sólo puede haber llegado a Berlín Occidental por una de las rutas de huida, y para reconstruir sus movimientos hemos de hablar con la gente que lo condujo. Está bien, ¿dónde podemos encontrarlos, general Kirk? ¿Quién es Brother Lustig?

—¡Brother Lustig!

Kirk levantó sorprendido la cabeza. Von Zuler no había mencionado el nombre clave, empero todo empezaba a encajar. Otro personaje de Grimm; el soldado que diera su último mendrugo a un mendigo. Iron Hans, Clever Gretel y ahora Brother Lustig.

—Eso es ridículo, Gregor. —Behr le interrumpió antes de que pudiera contestar. Su rostro tenía una expresión extraña que Kirk no era capaz de reconocer aun cuando tenía la impresión de que debía de saber de qué se trataba—. Brother Lustig ha muerto. Lo mataron en Heinersdorf hace seis meses cuando trataba de escapar de la policía. Su nombre verdadero era Gunter Kirsten y desde que murió hemos cerrado todas las rutas de huida. Te doy mi palabra, Gregor. Hoy día ningún refugiado sale y toda la historia es una treta occidental para desacreditarnos; un truco propagandístico. Lustig está realmente muerto.

—Así me lo has dicho, Gustav, muchas veces. —Petrov, levantándose, se frotó las manos sobre la estufa—. Y una vez más te repito que no te creo. A mi juicio estás tratando de convencerte a ti mismo que tu Departamento es más eficaz de lo que es en realidad. No, Kirsten no era Brother Lustig, Gustav. El hombre, o posiblemente la mujer, vive todavía. Lo sé. Estoy convencido. Probablemente alguien en quien confiamos. Alguien con autoridad que nos ha estado engañando durante años. Y lo vamos a descubrir, Gustav. Lo descubriremos y le haremos hablar. Y cuando hable, no sólo quedarán cerradas definitivamente las rutas de huida, sino que también a sus organizadores los tendré en el hueco de la mano.

Alargó la mano derecha sonriendo e hizo un ademán de asentimiento a Kirk.

—Después de todo esto, general, ya no le daré preocupaciones. Me retiraré

cargado de honores. Acaso incluso me concedan la Orden de Lenin, ¿quién sabe? Cosas más difíciles han ocurrido.

—Son las cinco, *Mr. Petrov*. La hora de las noticias británicas.

Al tiempo que decía aquello, Tania se había levantado dirigiéndose hacia el aparato de radio.

—Sí, conéctala, querida. Espero que a nuestros amigos les gustará oír los recientes acontecimientos de su país.

Petrov sentóse de nuevo mientras la voz del locutor resonaba en la habitación.

«... Esta mañana se han presentado en Londres tres nuevos casos de peste bubónica y se espera que en cualquier momento el Gobierno proclame el estado de emergencia nacional. La Reina y el Duque de Edimburgo regresan esta noche de Sandringham. Esta tarde, en North Kensington fueron detenidas cierto número de personas cuando, amotinadas, irrumpieron en un centro de inmunización. Los incidentes parecieron iniciarse, cuando tres individuos intentaron abrirse camino hasta el principio de la cola. En la subsiguiente lucha resultó con heridas graves en la cabeza un muchacho de diecisiete años. Contestando a una interpelación de *Mr. Dylan Mogg-Rees*, por la Oposición, el ministro de Sanidad afirmó que existían grandes disponibilidades de suero y que no había motivo alguno de alarma.»

—¿Ha oído suficiente, general?

Petrov hizo ademán a Tania para que desconectara el aparato.

—Sí, parece que las cosas empiezan a moverse, ¿no? Nuevos casos, alborotos de la población, emergencia nacional, su Familia Real apresurándose a regresar a casa para demostrar que todo va bien. ¿No les convence todo ello que ahora deben colaborar con nosotros? Si hemos de ayudarles tienen que decirnos cómo entró el muchacho en Berlín Occidental.

No parpadeó ni por un instante, con la mirada clavada en la de Kirk.

—Vamos, general, estoy esperando. ¿Quién es Brother Lustig?

—Eso es ridículo, Gregor Ilyavitch. —Behr se inclinó hacia adelante sacudiendo la cabeza—. Esa persona ya no existe. Lustig está muerto. Como te comunicamos, le mataron en Heinersdorf.

—Cállate, Gustav. —Sin apartar la mirada de Kirk, el ruso se volvió ligeramente hacia los hombres que se encontraban junto al otro escritorio—. Bien, señores, ya han discutido bastante. ¿Se han puesto de acuerdo sobre la gravedad de la situación?

—Estamos de acuerdo en parte, camarada Petrov. —Era evidente que Marcus Levin había ganado la partida y Glauser parecía ligeramente confundido—. Aún sigo afirmando que ese bacilo es un mutante de obra humana, producido probablemente en Occidente. No obstante, estoy de acuerdo en que, a menos que encontremos pronto el origen y también un bactericida efectivo, el mundo se encuentra en gravísimo peligro.

—Gracias, doctor. —Al tiempo que hablaba, Petrov tamborileaba sobre el escritorio—. Bien, general Kirk, ahora depende de usted, ¿no? Sólo usted puede ayudarnos a localizar el origen. ¿Cómo entró el muchacho Fenwick en Berlín

Occidental? ¿Quién es Brother Lustig?

—Concédame un minuto, *Mr. Petrov*. Tan sólo un minuto.

Kirk, apartando la mirada de él la posó en la estufa. Podía ver una fila de rostros que se esfumaban ante ella y todos eran el suyo. Se preguntó si le ocurriría lo mismo a todos los que traicionaron. ¿Había sentido Judas todo el fuego del infierno al coger las monedas de plata? En unos segundos habría de segar las esperanzas de media nación y destruir a un hombre por quien sentía profundo respeto. No podía hacer otra cosa. «Emergencia Nacional», «Nuevos Casos», «Alborotos entre la población.» Cuatro breves frases por la radio habían destruido toda libertad de elección.

—Sí, se lo diré —convino al fin, pero hablaba más bien a Behr que a Petrov. El alemán parecía absolutamente hastiado e indiferente, semejante al espectador de una aburrida y mal representada obra de teatro, que está ansiando que caiga el telón—. El hombre que quiere, el hombre que dirige toda la operación de las rutas de huida y que se llama a sí mismo Brother Lustig es... No... —su voz se alzó hasta convertirse en un grito, y de un salto se puso de pie—. No. No lo haga... No debe hacerlo.

Se abalanzó por encima de la mesa, mas llegó demasiado tarde. Lenta e indiferentemente, como si se tratara de una acción absolutamente trivial, Gustav Behr sacó un revólver y se introdujo el cañón en la boca y apretó el gatillo.

«Una caza de grillos, una búsqueda inútil, un trabajo en vano.»

Aquellas frases se barajaban en la cabeza de Marcus con el acompañamiento del claqueo de las cadenas del auto como fondo. «¿Qué diablos —pensaba—, pero qué diablos estás haciendo, y qué es lo que esperas encontrar?» Cuentos de hadas, leyendas, la historia de un monasterio que permaneciera desierto por seiscientos años. Mientras que a cada minuto, en cada boletín de noticias, aparecían nuevos casos y la epidemia iba adquiriendo vigor.

De todas formas, aun cuando no pudiera explicar el motivo, Marcus sabía que hacía bien yendo a Rudisheim. Encendió un cigarrillo mirando a través del parabrisas. A los limpiacristales les costaba mantenerlo claro y la nieve revoloteaba, acabando por posarse en el llano suelo. A la izquierda de la carretera podía distinguir una línea férrea. Posiblemente la misma línea por la que hacía tantos años traqueteara hacia Belsen su vagón de ganado. En las ricas y concurridas calles de Alemania Occidental siempre se sentía consciente de aquel viaje. Sin embargo, hoy, viajando por los mal cuidados caminos y miserables aldeas del Este, le parecía extrañamente carente de importancia, como si lo sucedido le hubiera ocurrido a otra persona.

—¿Quiere que conduzca un rato, querida? —se volvió a mirar a Tania Valina—. Lleva ya al volante mucho tiempo.

—No tiene importancia. Disfruto conduciendo. Además, no creo que su permiso de conducir tenga validez en los países que ustedes llaman del telón de acero. —Le sonrió sin apartar los ojos de la carretera—. Habla muy bien ruso, *sir* Marcus.

—Gracias. Ha transcurrido mucho tiempo desde que tuve la oportunidad de hacerlo.

Hizo un ademán de asentimiento, tratando de recordar cuantas lenguas conocía. Dos clásicas, cuatro europeas, yiddish, hindi y tres dialectos orientales de los que ella ni siquiera habría oído hablar.

—Acláreme algo, Tania. ¿Por qué la ha elegido *Mr.* Petrov para acompañarme? ¿Es sólo pura cortesía o es que quiere que vigile mis movimientos alguien de su confianza para evitar que cometa alguna barrabasada?

—Ambas cosas, *sir* Marcus. Usted quiere ir a ese lugar, Rudisheim, como persona particular... para interrogar a los habitantes, sin que al parecer goce de ninguna posición oficial. *Mr.* Petrov consideró que yo sería una acompañante nada entrometida y, al propio tiempo, gozando de cierta autoridad en el caso de que se produjera algún enfrentamiento con las autoridades de Alemania Oriental.

Rió para sí, recordando las palabras reales de Petrov.

«Se dice que ese hombre es un gran experto en medicina, mas en otras cuestiones probablemente será un ignorante. De su cargo corre que no plantee ni se meta en

dificultades. De hecho, será para él una madrecita.»

—¿Cree que morirá el coronel Behr, *sir* Marcus?

—Claro que morirá. Posiblemente ya habrá muerto. —Marcus consultó el reloj sobre el tablero. Habían pasado ya más de dos horas y media desde el momento en que Behr apretara el gatillo de su revólver—. Si el general Kirk no hubiera logrado apartarle la mano a un lado, hubiera muerto instantáneamente. La cuestión es si podrán hacerle hablar antes de que muera.

Desde luego aquello era ridículo. La palabra exacta era la de «comunicar», ya que Behr jamás volvería a hablar. La explosión y la bala habían destruido sus cuerdas vocales y destrozado la lengua. Sin embargo, cosa increíble, conservaba todo su conocimiento. Marcus recordaba cómo luchó aquel hombre contra Glauser y él mismo, mientras trataban de salvarle la vida. Mediante alguna extraña percepción extrasensorial casi le había parecido oírle rogar que se desangrase rápidamente y obtener su inmediata muerte.

Eso era otra tontería. La telepatía no existía; no había prueba científica de ello. Era tan absurdo como... Sí, tan absurdo como su propia corazonada... la caza de grillos que les conducía a Rudisheim.

—Pero tiene que hablar. Tiene que obligarle a decirlo todo antes de que muera. — Como para subrayar aquel extremo, Tania aceleró y el auto tomó la siguiente curva como un trineo—. Han de obligarle a decirlo todo. No sólo respecto al muchacho inglés, sino también sobre las rutas de huida y la gente con quien trabajaba. ¡Y pensar que todo este tiempo que trabajó para los «vopos» nos estaba traicionando!

—Sí, supongo que fue un traidor y estoy de acuerdo en que, de ser posible, debe dar toda su información. Pero ¿no cree que también era un patriota? Arriesgó su vida en todo momento; cuando al fin fue descubierto trató de matarse antes de denunciar a sus camaradas. ¿No se da cuenta de ello, *Miss* Valina?

—No reconozco nada en tales seres. —Se acercaba otra curva y de nuevo puso el pie en el acelerador—. Para mí son auténticos gusanos.

—Comprendo. Me temo, camarada, que es usted una mujer dura. —Marcus aspiró su cigarrillo y luego se agarró con fuerza al tirador de la portezuela, mientras el auto zigzagueaba por la carretera, evitando por un pelo un poste de telégrafo—. ¡Por Dios, ándese con cuidado! En cualquier instante hará que pasemos a mejor vida.

—No se preocupe. Soy buena conductora y éste es un coche muy seguro; un coche maravilloso. —Sonrió posesiva mirando al capó de su baqueteado «Zia»—. ¿Tiene coche propio en Inglaterra, *sir* Marcus?

—Sí, tengo un auto. —Ante los ojos de Marcus surgió la imagen de su reluciente «Ferrari»—. Un coche mucho más bonito que éste, camarada Valina.

—Comprendo. Entonces usted es un fanfarrón, un hombre muy rico. Creo que ambas cosas. Sí, *sir* Marcus, el acaudalado judío inglés.

—Exacto. Soy bastante rico. ¿Tiene algo que objetar a que sea judío?

—¿Que si tengo algo que objetar? —Tania frunció ligeramente el entrecejo—.

Sobre la cuestión del problema semita sigo, naturalmente, la línea del Partido. En cuanto a mi opinión personal sobre el asunto... —Su aspecto era de profunda concentración—. *Mr. Petrov* tiene la manía de que su personal hable un inglés coloquial y el año pasado seguí un curso. Vamos a ver si acierto a expresarme.

Apartando por un momento la mirada de la carretera, lo observó atentamente.

—No, *sir Marcus*, maldito lo que me importa, de una u otra forma, el que sea judío. Además, se me ha dicho que todos los judíos occidentales son ricos.

—Entonces, si me permite contestarle en la misma forma, le han tomado realmente el pelo, encanto. —*Marcus* rió y se tranquilizó cuando finalmente el auto enfiló por un trecho recto de carretera—. «¡Oh, *Luba!* —dijo tarareando ligeramente al compás del ronroneo del motor—. ¡Oh, *Luba*, mi pequeña muchacha bolchevique!»

—Mi nombre es *Tania*. —Frunció de nuevo el ceño, mas luego sonrió—. Ya veo. ¿Conoce esa canción, *sir Marcus*? Sobre la mujer que merodea por los campamentos de campaña. ¿Dónde la oyó?

—Hace mucho, muchísimo tiempo, querida. Probablemente antes de que usted naciera.

Marcus rememoró. Parecía como si las tropas soviéticas fueran a permanecer en la ciudad definitivamente, pero un buen día la desalojaron, siendo sustituidas por un regimiento de las SS.

—La oí en Polonia durante la primavera del cuarenta —prosiguió él—. Déjeme ver si puedo recordar la letra. Sí: «Aun cuando tu cuerpo sea como un saco de heno y estés medio loca, tu vigor hace insignificante el costo. Eres la médula de nuestro poderoso ejército ruso. Sin ti el bolchevique... Sin ti el bolchevique...» —*Marcus* agitó el cigarrillo semejante a una batuta y *Tania* se le unió con una voz profunda y vibrante de contralto: «Sin ti el bolchevique estaría perdido...»

El coche traqueteó sobre un puente de madera, tomó una curva y dejó atrás un letrero en el que se leía: *Rudisheim, 16 km*

—Dentro de una hora, camarada, acaso dos, incluso en unos minutos. ¿Quién sabe?

El doctor se incorporó junto a la mesa de operaciones. Bajo la serie de vendajes alrededor de su cuello, *Behr* parecía como si ya estuviera muerto, y su cuerpo se encontraba conectado por tubos a redomas y cilindros.

—Si quiere mi opinión, es un milagro que todavía siga vivo. Sin el oxígeno y las constantes transfusiones, hace tiempo que estaría muerto.

—Sí, eso ya lo ha dicho. —*Petrov* asintió—. Sin embargo, antes de que muera, ¿existe alguna posibilidad de poder hacerle hablar? Posee cierta información que es esencial...

—¿Hablar? —El doctor sonrió ante aquella inaudita ignorancia del profano—. No

hay la más mínima probabilidad de que hable, camarada Petrov. Las cuerdas vocales han quedado destrozadas y hemos tenido que extirpar la mayor parte de la lengua antes de poder detener la hemorragia. Aunque quisiera hablar... aunque lo saturáramos de EX₃, sería imposible. Y, además, el hombre no quiere en absoluto hablar. —Inclinándose de nuevo sobre Behr sacudió la cabeza—. Lo único que desea es morir.

EX₃. Kirk aguzó el oído con interés profesional. De manera que aquélla era la denominación de la última droga de la verdad. «¡Pobre diablo!», pensó. Behr tenía los ojos abiertos y en ellos parecía leerse una súplica de que llegara la muerte. Una súplica de que le permitiera proteger a su organización y los nombres de las personas que trabajaban con él. Mientras lo contemplaba sintió que le invadía una inmensa compasión.

Pero, aun así, tenían que lograr que se comunicara con ellos de alguna forma. Tenían que reconstruir los movimientos de Billy Fenwick desde el momento en que cayera del tren. En alguna parte de aquella ruta debió de haber contraído la enfermedad, y tenían que descubrir a todos sus contactos; Iron Hans y Clever Gretel, así como todo aquel que pudiera haberle ayudado. Los nuevos boletines de noticias habían denunciado nuevos casos: cuatro en Londres y tres en Alemania Occidental. Siete cuerpos ennegreciéndose paulatinamente, con el sarpullido semejante a una guirnalda de diminutas flores rojas sobre el pecho y aquella tumefacción obscena en las ingles creciendo como si tuviera vida propia.

Y pronto aparecerían nuevos casos... pronto la epidemia aumentaría en espiral. La vacuna parecía actuar a satisfacción, pero ¿hasta cuándo durarían las disponibilidades? No hacía siquiera una hora, un médico de Hannover fue apaleado casi hasta matarlo, porque se le había terminado el suero. Una vez establecido el contagio no existía medicina alguna capaz de combatir la enfermedad, y no pasaría mucho tiempo antes de que se extinguiera la confianza pública. Tenían que localizar el origen, el primer portador, y aun cuando Marcus Levin se hubiera desplazado a Rudisheim, siguiendo su corazonada, Kirk estaba seguro de que Behr era la única persona capaz de ayudarlos. Había que lograr de alguna forma que transmitiera su información.

—Perdone un momento, doctor —dijo—. Ha afirmado con toda claridad que este hombre es incapaz de hablar, pero también ha dicho que la espina dorsal no ha sufrido daño y existe relación motora entre el cerebro y el resto del cuerpo. Ahora bien, si quisiera comunicar, ¿es posible que sea capaz de escribir las respuestas a algunas sencillas preguntas?

—¿Escribir? —Esta vez fue Kirk el receptor de la conmisericordiosa sonrisa—. Este hombre está ya prácticamente muerto, *Herr General*. Se encuentra bajo el más alto estímulo artificial posible. Si lo hiciera cabría igualmente esperar que de un momento a otro se levantara y atravesara la habitación. Vea usted mismo. —Cogiendo una sonda de la bandeja la colocó entre los dedos de Behr. Tan pronto como apartó su

mano, éstos se abrieron dejándola caer al suelo—. ¿Lo ve, *Herr General*?

—Sí, lo veo, doctor. Creo que realmente al fin comprendo.

Kirk sintió un súbito relámpago de esperanza mientras contemplaba a Behr. Durante las dos últimas horas el cuerpo del hombre había permanecido absolutamente inmóvil, mas ahora se había movido. Durante unos cinco segundos después de que la sonda cayera, su índice derecho había golpeado contra el costado de la mesa.

—Gregor Ilyavitch —dijo volviéndose hacia Petrov. Había apeado el tratamiento a partir del momento en que Behr se pegara el tiro—. ¿Se ha dado cuenta de la forma en que acaba de mover el dedo? En su calidad de policía conocerá probablemente el alfabeto Morse, y si es capaz de mover los dedos podría...

—Sí, sí, comprendo. Ésa podría ser nuestra salida. —Petrov permaneció un momento con el ceño fruncido y luego su mano gordezuela y pequeña oprimió el brazo de Kirk—. Bien, realmente muy bien. Es usted un tipo inteligente, amigo mío. —Volvióse a su ayudante que se encontraba en pie junto a la puerta—. Ve al cuartel general y tráete un receptor y dos manipuladores Morse. Ve lo más rápido posible. Y ahora, doctor —manifestó—. ¿Qué pasará si le administra ese potingue suyo, el EX₃? ¿Le hará querer comunicar con nosotros, aun cuando esté incapaz de hacerlo?

—Le hará hacer cuanto le pida, camarada Petrov, aunque está tan débil que...

Tomó el pulso de Behr y se encogió de hombros.

—EX₃ es una variante de la Psilocybina administrada con acelerador. Durante años ha sido utilizada en el tratamiento de determinadas enfermedades mentales, y sólo en forma muy reciente lo ha adoptado su profesión. El efecto general que produce es el retorno del sujeto al pasado de tal forma que recuerda cosas olvidadas durante años, los terrores infantiles o la oscuridad, el pezón de su madre mientras lo amamantaba. Todo ello se revive en cuestión de minutos, y luego uno se siente tan libre, tan satisfecho y purificado que ansía contestar a cualquier pregunta que se le haga. De cualquier forma no creo que debamos ponerle una inyección. En su condición el *shock* inicial probablemente lo matará.

—No se preocupe por eso, doctor. Asumo toda la responsabilidad. De todas maneras usted dice que se está muriendo, así que no tenemos nada que perder.

Petrov bajó la vista hacia el rostro de Behr. «Y confiaba en ti, Gustav —reflexionaba—. Durante años confié en ti. Casi te consideraba mi amigo, mientras que en todo momento nos estabas traicionando ante nuestras propias narices. Ahora vas a hablar conmigo. Será el último acto de tu vida, pero vas a decírmelo todo.»

—¿Y cuánto tiempo transcurrirá después de la inyección hasta que sepamos que ha superado el *shock* inicial, doctor? Comprendo. De diez a quince minutos. Entonces inyéctele. Como le he dicho, asumo toda responsabilidad.

Observó al doctor que empezaba a cargar la jeringa y luego volvióse hacia Kirk.

—Bien, general —le dijo—, esperemos que su idea dé resultado. No sé si es usted hombre religioso; si lo es le aconsejo que rece. Como buen materialista dialéctico que soy, se supone que niego la existencia de un Dios personal, mas en este momento me

siento más inclinado a unirme a usted.

La droga había sido ya administrada, y ambos clavaron la mirada en el gran reloj eléctrico que había sobre la pared. Un minuto, dos, tres, y ni el menor cambio. Cuatro, cinco; el párpado izquierdo de Behr aleteó levemente, pero nada ocurrió. Seis, siete; un ligero espasmo de dolor cruzó su rostro y lanzó un gemido. Ocho, nueve; por un momento su rostro adquirió absoluta rigidez y los ojos empezaron a abrirse más y más hasta casi desorbitarlos. Diez, once, doce; todo su cuerpo se relajó y los ojos se cerraron. El doctor le tomó de nuevo el pulso.

—Lo ha superado, camarada —dijo—. Es todo suyo, pero no tengo la más ligera idea del tiempo que durará.

—Gracias. Sí, démelos a mí, por favor.

Había vuelto el ayudante de Petrov y éste le cogió el equipo de Morse de las manos.

—Ahora apártese, doctor. Ya ha hecho bastante.

Colocó una silla junto a la mesa, depositó el transmisor junto a la cabeza de Behr y con gran suavidad le colocó un dedo sobre el manipulador Morse.

—Me imagino que lo mejor será que trate de ponerme en contacto con él en Morse. De esta forma, tal vez los reflejos sirvan de ayuda. Bien, ¿está todavía rezando? —Hizo una mueca a Kirk mientras cogía el otro manipulador—. Dudo mucho que sirva de algo, no obstante, ésta es nuestra única posibilidad.

Raya, raya, punto - punto, punto, raya - punto, punto, punto - raya. El levísimo sonido del transmisor reverberó por la habitación.

—Debes decírmelo todo, Gustav. ¿Cómo llegó el niño al Berlín Occidental? ¿Quiénes lo trajeron? Punto, punto, punto, punto - punto, raya - raya, punto - punto, punto, punto. ¿Quién es Hans, Gustav? ¿Quiénes son Iron Hans y Clever Gretel?

—No hay la menor verdad en todo ello.

Por quinta vez el sargento Goltz de la Policía de Rudisheim voceó su negativa. El y su ayudante paniaguado, el policía Braun, eran dos tipos inmensos, rebosantes de amor propio y, a juzgar por su aliento, de varias copas de vino. Con barba y adecuadamente vestidos hubieran hecho las delicias del público como ogros de pantomima y a Marcus apenas le hubiera sorprendido si Goltz hubiera proferido «Fe fo fi fum» en lugar de «*papieren bitte*^[6]», pidiéndoles los pasaportes.

Mas por grandes que fueran sus aires de importancia, las credenciales de Tania les indujeron a dar un taconazo y múltiples reverencias, mientras repetían «*Gnä'es Fräulein*^[7]» y «*Zu Befehl, Herr Doktor*». Una vez quedó establecido que ella y Marcus no abrigaban ningún motivo siniestro, tal como una inspección al puesto de Policía, la hospitalidad de los gigantes no conoció límites. Se acercaron sillas a la estufa en el despacho particular, apareció una botella de barata «Clara», y se brindó solemnemente por la salud de la Unión Soviética, de la Gran Bretaña y de la República Popular de Alemania Oriental. No obstante, tan pronto como Marcus hubo formulado su primera pregunta, cedió de manera abrupta todo espíritu servicial.

—No, no, no. —Evidentemente Goltz era incapaz de hablar con normalidad, y vociferaba a voz en cuello, midiendo a grandes pasos la habitación, apareciendo en su inmensa cara una mueca de incredulidad—. No, no, no.

Las tablas crujían bajo sus pies y Marcus podía casi oír el golpeteo del inmenso trasero al dejarse caer el gigante sobre el asiento.

—No, es imposible. ¿Cuántas veces tengo que repetir que es imposible?

Su túnica azul aparecía arrugada y llena de pliegues, como si apenas pudiera contener el inmenso pecho y bajo él su estómago surgía semejante a la parte ancha de una pera.

—Durante tres días, *Fräulein*. Durante tres días con sus noches la gente no hace otra cosa que preguntar sobre ese niño inglés y ya empiezo a estar harto. Ha estado el Ejército registrando la región. Berlín llama por teléfono a cada hora. Incluso el comandante Fischer, de Magdeburg, ha venido a vernos. Y a todos les hemos repetido lo mismo; sencillamente, no es posible que el muchacho haya podido estar aquí.

Se acercó a la mesa, apoyándose pesadamente sobre ella, y se echó al coleteo otra copa de vino.

—Esta es mi ciudad, camarada Valina. Antes de la guerra vivían aquí diez mil personas. Ahora hay menos de tres mil y las conozco a todas. Nací aquí y conozco cada casa, todos los acontecimientos y todas las madrigueras de Rudisheim. ¿Acaso es posible que se haya ocultado al muchacho aquí sin que yo me enterara? —Volvióse

a su subordinado en busca de confirmación—. ¿Es posible, camarada Braun?

—Absolutamente imposible, camarada Goltz.

El policía asintió subrayando su acuerdo. Era, si cabía, ligeramente más grande que su superior y una profunda cicatriz en su mejilla derecha daba a su rostro una expresión más bien siniestra y vulpina.

—Hemos hecho nuestras investigaciones a fondo y, por mi parte, opino que ese niño jamás ha existido. Toda la historia es pura invención. Propaganda de algunos para desacreditar a la República.

Dirigió una mirada de unción a la pared, por encima de la estufa. Estaba decorada con una fotografía de *Mr. Mikoyan* sonriendo a una chiquilla rubia que le ofrecía un ramillete de flores. Junto a Mikoyan aparecía un pasquín mostrando a una criatura siniestra vestida con uniforme americano y una cuerda alrededor de su peludo cuello. Debajo se leía: «Tenemos árboles suficientes en Berlín Oriental para colgar a todos los belicistas occidentales.»

—¿Está de acuerdo conmigo, camarada Goltz?

—Completamente de acuerdo; todo es propaganda.

Golpeó la mesa con el vaso para subrayar su afirmación. Ahora que ya empezaba a desaparecer la sorpresa inicial que les produjera las credenciales de Tania, los gigantes empezaban a desmandarse. Era evidente que durante años habían dirigido la ciudad sin la menor interferencia, obteniendo con ello probablemente grandes ventajas, y la atención de que ahora eran objeto desde el exterior, les tenía sobre ascuas.

—Sí, propaganda. Repulsiva propaganda occidental.

De nuevo golpeó la mesa con su vaso y una vez más le pareció oír a Marcus el redoble de un tambor desde el foso de la orquesta. En cualquier momento Goltz declararía que venteaba «la sangre de un inglés». Apartando la vista de la reluciente cara, se dedicó a examinar las fotografías que había en la pared. Todas ellas tenían un aspecto peculiar, cubiertas de pequeños agujeritos, como atacadas de viruela o a punto de que les brotara el sarampión, y le bastaron algunos segundos para descubrir la razón. Goltz y Braun podrían despotricar contra el Occidente por quebrantar su paz, pero difícilmente podían considerarse a sí mismos como adictos miembros del Partido. El rostro de Mikoyan había sido utilizado como blanco en la práctica de lanzamiento de dardos para entretener las largas noches invernales.

—Ya es suficiente, sargento. Por favor, límitese a contestar nuestras preguntas.

La voz de Tania le interrumpió enérgica; Marcus apenas la oyó. Recapacitaba sobre lo que Goltz acababa de decir y en lo que había visto durante su viaje hasta Rudisheim. Una ciudad de diez mil habitantes que había quedado reducida a menos de tres mil desde la guerra. Calles desiertas, hileras de casas vacías y tiendas con tableros clavados sobre los escaparates, ruinas de bombardeos que nadie se había molestado en retirar o reconstruir y montones de basuras derramadas por las calles y pavimentos. Un lugar donde cualquiera podía ocultarse. Un lugar en el que el suelo

había quedado removido y donde las ratas podían multiplicarse sin control. Hubo un tiempo en que se consideró a la peste como una enfermedad del suelo; un contagio enviado desde las estrechas calles para desquiciar a la Tierra y hacer salir a los animales al mundo de los hombres. La afirmación de Goltz diciendo que estaba al corriente de cuanto pasaba en el pueblo era, evidentemente, otra de sus fanfarronadas. Marcus, que ya había empezado a desesperar de la corazonada que le llevara hasta Rudisheim, sintióla crecer y fortificarse.

—¿Peste, *Fräulein*? ¡Peste en Rudisheim!

Una risotada burlona del primer figurón le hizo volver sobresaltado a la realidad.

—No, *Fräulein*. Nos mantenemos bien informados, ¿sabe? Leemos los periódicos y escuchamos la radio pero, como he dicho antes, no es más que propaganda. Si hubiera algo de verdad en esa historia de una epidemia, tenían que haberse presentado casos en Alemania Oriental; aquí en Rudisheim. Aparte de alguna ligera gripe, no existen otras enfermedades en esta ciudad. Pregunte a cualquiera, al alcalde o al doctor Humperdinck. ¿No es así, camarada Braun?

—Así es, camarada Goltz. Por aquí todos estamos muy saludables; tal vez los más saludables de Alemania. Acaso se debe a los bosques de pinos que nos rodean.

Para demostrar su aserto, Braun dilató el pecho hasta dar la impresión casi de que iba a estallarle. Un inmenso lobo gris agazapado ante la endeble casita del cerdito. «Soplaré y resoplaré hasta hacer volar tu casa.»

—Sí, caballeros, parecen muy saludables, mas me pregunto por cuánto tiempo. Evidentemente no tienen la menor idea de la velocidad con que viaja esa cosa, como tampoco de lo horribles que son sus síntomas. No; como doctor, no apostarí sobre las probabilidades que tienen de permanecer saludables durante mucho más tiempo.

Marcus tuvo la satisfacción de verlos acobardarse ligeramente bajo su mirada profesional.

—Ahora, díganme algo. ¿Alguno de ustedes ha oído hablar de la historia de la Virgen Negra?

—¿La Virgen Negra? —Braun frunció el entrecejo por un momento y luego lanzó una sonora carcajada—. No, ésa es nueva para mí, *Herr Doktor*. Cuéntenosla y luego le contaré yo una sobre el mozo de ferrocarril que tenía tres testículos.

—Silencio, policía. Deberías estar avergonzado de ti mismo, camarada Braun.

Goltz le miró ceñudo y luego hizo un gesto de asentimiento a Marcus.

—Sí, conozco la historia, *Herr Doktor*, pero está confundido. No la llamaban «virgen» sino «mujer». Una arpía que cabalga por los bosques a hombros de un hombre muerto. Desde luego, se trata sólo de una leyenda, un cuento popular como el de Rhinegold o los dragones en el valle del Neckar...

—O la cabeza de Rudolph —le interrumpió Braun, que ni siquiera se había inmutado por su amonestación.

—¿Están enterados de eso? —Marcus frunció el ceño recordando el relato que leyera en la *Gran Pandemia* de Vogel—. ¿De la reliquia que se guardaba en la

iglesia?

—Pues, naturalmente, *Herr Doktor*. Antes de que la robaran, todo el mundo en Rudisheim estaba enterado. La cabeza de un monje fundida en bronce, creo que era. Se suponía que pertenecía a Rudolph von Gunter, el abad loco que murió en la Edad Media y se lo llevó el Diablo. Pero nadie está seguro de eso, claro. Sin embargo, yo la he visto y tenía cara de eso; como un alma condenada que hubiera sufrido por largo tiempo las llamas.

—También había una historia sobre eso —le interrumpió Goltz.

Si había que dar una lección sobre antigüedades locales, era evidente que su graduación le daba prioridad ante un simple policía.

—Se suponía que la cabeza estaba vacía y que dentro había algo, algo muy valioso. Algún día un hombre descubriría el secreto para abrirla y entonces... —Se interrumpió y se quedó mirando corrido al suelo—. Claro que todo eso son tonterías; cuentos de hadas para niños.

—¿Y desapareció al final de la guerra?

—Así es, *Herr Doktor*. Se supone que la robaron algunos D. P. de un campamento en Reichburg. Aunque nunca pudo probarse nada. Todo cuanto sabemos es que ninguna persona de la localidad hubiera osado tocar la reliquia. De cualquier forma, bombardearon la iglesia y se esfumó. Yo no estaba aquí, pues me encontraba prisionero de guerra en Inglaterra. —Miró a Marcus como si éste fuera personalmente responsable—. En Yorkshire, en un lugar llamado Huddersfield. ¿Conoce Huddersfield, *Herr Doktor*? Creo que no es una ciudad muy bonita.

—Es una ciudad horrible. Pero dígame, sargento, ¿hay alguien en Rudisheim que pueda hablarme con todo detalle de la reliquia y las leyendas locales? ¿Acaso el párroco? ¿El maestro o ese doctor Humperdinck?

—No, ya no hay párroco, y tanto el maestro como el doctor están aquí desde hace sólo unos años. En la biblioteca puede encontrar una obra sobre historia local, pero no le diré más de lo que puedo decirle yo. En realidad no hay más que decir. Tan sólo una cabeza de bronce y un montón de leyendas estúpidas sobre ella.

—¿Qué me dice de Karl von Arnim, camarada?

—¿*Von Arnim*, camarada Braun? —Goltz emitió fastidiado una risa sarcástica—. Estamos en un país democrático y ya no utilizamos el «von». De todas formas, si está interesado en nuestras leyendas, *Herr Doktor*, Karl Arnim es el hombre que puede ayudarle. Su padre, el viejo Freiherr, fue pastor aquí hasta después de la guerra y vive con su madre en la casa de la iglesia. Trabaja como si dijéramos de guardabosque; cuida de los terrenos de la abadía y todo eso. La familia ha estado aquí durante generaciones. Creo que la iglesia fue originalmente construida por su tatarabuelo.

—Gracias. —Marcus anotó el nombre—. Pero hace un momento nos ha dicho que ninguna persona de la localidad se hubiera atrevido a tocar la reliquia. ¿Por qué, sargento? Después de todo, usted mencionó un tesoro.

—Sí, había un tesoro, un maravilloso tesoro. Decían que era la cosa más valiosa

del mundo. Claro que sólo es una historia tonta.

Goltz sacudió la cabeza, y hubo un súbito centelleo en sus ojos. De repente semejaba más un muchacho anhelante que un ogro. Marcus se dio cuenta de que al menos un niño había creído en historias de hadas; estuvo convencido de que había una vasija llena de oro al final del arco iris; que los ruidos en la buhardilla no eran simplemente las tablas que crujían; que de veras alguien andaba en las noches por los bosques oscuros.

—Pero si había algún tesoro, ¿por qué no se llevaron la reliquia muchos años antes? Seguramente alguien hubiera tratado de robarla antes o al menos intentado abrirla. Después de todo, no estaba cerrada bajo llave. Se encontraba simplemente en la iglesia, ¿no es así? A mí me parece que hubiera sido muy fácil robarla.

—Sí, hubiera sido muy fácil, *Herr Doktor*. Pero, aun así, nadie se hubiera atrevido a tocar siquiera aquella reliquia... nadie de Rudisheim. Había algo más en la historia que el tesoro... en esa estúpida historia para asustar a los niños.

Goltz clavó de nuevo la mirada en el suelo. Era evidente que de niño la historia no le había parecido en absoluto estúpida.

—Verá, nos dijeron que la cabeza de Rudolph von Gunter tenía un guardián.

«Aquí el servicio de radio de la República Popular de Alemania Oriental. Vamos a suspender la transmisión durante tres minutos para darles a conocer un comunicado de la más alta importancia nacional. Por favor, informen de ello a sus vecinos. Repetimos que el comunicado es de la mayor importancia...»

Bien, ya está aquí... al fin está aquí. Kirk miró por la ventana de la antecámara de la sala de operaciones. Fuera, el Linden aparecía desierto con la nieve densa e impoluta sobre el pavimento. «No por mucho tiempo», pensó. Pronto aparecerían las muchedumbres; invadirían las calles en dirección a los hospitales y a los centros de vacunación, al igual que estaban haciendo en Inglaterra. Como en una ocasión había dicho, el muro no lo contendría y aquella cosa empezaba a extenderse por el mundo.

Oyó el repiqueteo de la taza de café de Petrov al escucharse de nuevo la radio.

«Peste... peste bubónica.» Un locutor, con voz tranquilizadora, transmitió casi el mismo mensaje que él pergeñara en Londres. «Peste... Han sido confirmados tres casos en Berlín Oriental... Peste... No existe motivo de alarma y se están instalando los centros de vacunación en los siguientes puntos... Peste... Las autoridades confían en tener pronto el brote bajo absoluto control y se dispone de amplias existencias de suero... Peste... Peste... Peste bubónica...» Semejantes a un disco rayado, las frases se repetían sin cesar y Kirk cerró los ojos por un momento. «Las autoridades confían en tener pronto el brote bajo absoluto control.» Embustes que a nadie engañarían por mucho tiempo. Podrían contener la epidemia mientras dispusieran de existencias de suero, pero de no conocer el origen del bacilo o disponer de una droga capaz de aniquilarlo, la lista de muertes se multiplicaría a cada hora.

—Conviene que volvamos.

Petrov desconectó el aparato. Hasta hacía sólo unos minutos había estado trabajando con el manipulador Morse casi durante una hora y sentía la muñeca como paralizada.

—Supongo que no se habrá producido ninguna reacción, pero...

Encogióse de hombros y se encaminó a la sala de operaciones. Su ayudante le había sustituido con el manipulador y el transmisor que aún seguían chirriando como una cigarra en la habitación.

«Punto, raya, punto - punto, punto, punto, punto - punto... ¿De dónde venía el niño, Gustav? ¿Quién lo condujo a Berlín Occidental? ¿Quién es Gretel, Gustav? ¿Quiénes son Iron Hans y Clever Gretel?» Sacudió la cabeza al verlas rebotar.

—¿Todavía sigue sin contestarlas? —Petrov hizo un ademán de asentimiento y miró a Kirk—. Bien. Me temo que nuestra jugada no ha dado resultado. ¿Alguna otra idea?

—Ninguna por el momento.

Kirk contempló la inmóvil figura sobre la mesa. Behr tenía los ojos clavados en el techo y parecía estar sonriéndole. Su cuerpo permanecía absolutamente quieto y su mano sobre el manipulador parecía tan muerta como la de una figura de cera.

—No, por el momento no tengo más ideas. Esperemos que los muchachos del laboratorio logren pronto algo. Esperemos que la corazonada de Marcus Levin no sea tan descabellada como parecía.

—Inútil, señores. Absolutamente inútil. —Otro doctor se había agregado al primero y, tras examinar con la lente los ojos de Behr, sacudió la cabeza—. La Psilocybina ha hecho su efecto. Este hombre quiere comunicar pero, simplemente, no le quedan fuerzas para hacerlo. No sé cuánto vivirá; creo que lo mejor sería que le dejaran descansar unos minutos. Aumentaré el oxígeno y acaso...

Encogióse de hombros y comenzó a ajustar una espita en uno de los cilindros.

—Como usted diga, doctor. Suspnda la transmisión por el momento.

Petrov hizo una seña a su operador. A pesar de que la habitación estaba caliente, se ciñó algo más la chaqueta.

—¿No me ha oído? Le dije que suspendiera la transmisión. —El transmisor seguía activo, aun cuando el Morse parecía más lento e indistinto—. ¿Está tan ciego como...?

Se interrumpió al mirar a su ayudante. El hombre escribía afanoso sobre un bloc y era el otro manipulador el que accionaba el transmisor. Lento e inseguro, pero adquiriendo rapidez a cada impulso. El dedo de Gustav Behr había empezado a transmitir un mensaje.

Al fin la nieve había cesado y bajo la pálida luz de la luna, las calles de Rudisheim daban la impresión de que la guerra acababa de terminar. Por lo menos un tercio de los edificios estaba en ruinas a causa de los bombardeos. Nada o muy poco se había hecho por retirar los escombros. Incluso la mina de carbón que antes de la guerra diera a la ciudad su importancia se encontraba también en ruinas, con la parte superior del ascensor destacándose como árbol atizonado bajo la luz de los faros del auto.

—¿Qué es lo que esperas saber exactamente de ese hombre, Mark?

Tania parecía concentrarse en sus pensamientos mientras él tomaba una curva. Desde que llegaron a Rudisheim sus relaciones habían alcanzado el tuteo y, al fin, le había dejado conducir.

—No estoy seguro. Acaso una información más amplia sobre los cuentos de hadas locales. Por qué parte del bosque la Doncella Pestífera cabalgaba sobre su cadáver. Qué era lo que se suponía que guardaba a la reliquia y que tan mal lo hizo.

—¿No lo dirás en serio, Mark? ¿No creerás realmente que existe relación alguna entre esas viejas leyendas y la epidemia? —Girando en su asiento se le quedó mirando con la mano apoyada en el brazo de él—. Estás bromeando, ¿verdad?

—No, no bromeo en absoluto. Hasta que haya hablado con ese anticuario local, Arnim, lo digo absolutamente en serio.

A Marcus le pareció sentir a través de su gabán el calor de los dedos de Tania.

—Quiero también averiguar algo sobre la gente que vive por aquí. ¿Existe alguna familia, acaso en una granja o en una casa remota que, sin motivo alguno, haya sido relegada y objeto de aversión de sus vecinos por generaciones? Probablemente una en cuyo seno hayan tenido lugar matrimonios, ya que nadie ajeno a ella se casaría con ninguno de sus miembros.

—¿Sin motivo alguno? Pero ¡eso es ridículo, Mark!

—Tienes toda la razón. Me refiero por ningún motivo aparente. Si esa gente existe, nadie sabe por qué han de ser relegados, sólo que se considera peligroso el asociarse con ellos.

—Un momento. Creo que empiezo a entender lo que quieres decir. —El gesto de Tania se hizo más concentrado—. Esas esporas que describiste pueden existir casi indefinidamente, acaso en la tierra. Estás sugiriendo que una gente que viva cerca de ellas puede haber sufrido el contagio, pero quedando en alguna forma...

Luchó por encontrar la palabra exacta.

—Pueden haber quedado inmunizados.

Marcus asintió.

—Sí, así es en parte. Como sabes, existen casos extraños de inmunidad. Al portador de las tifoideas no le afecta en absoluto la enfermedad, pero sus heces las transmite a otros. La pulga de la rata, *Xenopsylla cheopis*, es portadora del bacilo de la peste sin sufrir efecto perjudicial alguno. A lo que me estoy refiriendo es a algo llamado «mutación regenerativa»: un cambio en el propio bacilo. El organismo se introdujo en la corriente sanguínea del anfitrión inmune y al punto queda adormecido. Permanece estático durante miles de generaciones y el anfitrión ignora en absoluto su presencia, siendo, al propio tiempo, incapaz de transmitir la enfermedad. Pero de vez en cuando, y tan sólo por breves períodos de tiempo, surge una generación activa. Durante esos períodos el anfitrión se convierte en un portador.

—¿Y crees que Billy Fenwick pudo estar en contacto con un portador en tales condiciones? ¿Una persona perfectamente inocente que no creyera que su proximidad pudiera ser pernicioso?

—Yo no creo nada, querida. Estoy tratando de atar todos los cabos que pueda encontrar. De cualquier forma, el hecho de que no se haya producido un primer brote en Alemania Oriental ofrece al menos una posibilidad. Creo que debe de ser eso.

Paró el coche y bajó, sintiéndose ligeramente mejor al recibir el aire fresco en la cara. A su derecha había un pequeño bosque, y tras él una iglesia en ruinas. En otro tiempo hubo un camino para vehículos, mas en la actualidad se encontraba cerrado con una herrumbrosa cadena, y la única entrada era por un portillo con verja. La abrió, dejando pasar a Tania, y ambos tomaron el sendero. Debajo de la espesa capa de nieve había profundos surcos y hendiduras, y entre los árboles habían dejado

crecer selváticamente zarzas que casi bloqueaban el camino. Karl Arnim no parecía tomar demasiado en serio sus deberes de guardabosque. Probablemente, al igual que Goltz y Braun, hacía años que no se veía sometido a inspección alguna.

—¡Brrr! ¿Cómo decís en inglés? ¡Ah, sí! Se me pone la carne de gallina.

La mano de Tania le oprimió el brazo al terminar el bosque y aparecer ante ellos un cementerio: cruces de mármol, columnas rotas y sollozantes ninfas portando urnas.

—En efecto —asintió Marcus.

Aquellas tumbas no le interesaban. Todas eran de factura moderna o de fines de siglo XIX. El muerto que él temía, debía de haber sido enterrado hacía seiscientos años. Detrás de ellos la iglesia se erguía semejante a un inmenso barco de piedra, y aun cuando la mitad del tejado se había desmoronado, parecía enorme a la luz de la luna, con una gran torre cuadrada y contrafuertes volantes forzados contra el muro.

—¿No oyes?

En la lejanía se escuchaba un zumbido acercándose hacia ellos y aumentando a cada segundo. Al acercarse, el suelo sufrió una ligera sacudida, el ruido aumentó hasta alcanzar el estruendo de un motor diésel y luego fue alejándose paulatinamente. Debía de haber una profunda hendidura en alguna parte detrás de la iglesia, porque no se veía ni rastro del tren.

Una hendidura. Billy Fenwick había dicho que al volver en sí se encontró tumbado en una profunda hendidura y que una mujer se inclinaba sobre él. En lo que se refería a la ruta acaso fuera aquél el sitio exacto. Marcus avanzó por el cementerio. Aunque Karl Arnim no fuera un guardabosque competente, era evidente que cuidaba de mantener su propia casa en buen estado. Se alzaba ligeramente a la izquierda de la iglesia, con sus ventanales brillantemente iluminados y el humo saliendo en espirales por las altas chimeneas.

Marcus pensó que últimamente había habido una profusión de cuentos de hadas. Y muchos de Grimm, Iron Hans, Clever Gretel, Brother Lustig... y ahora esto. Mientras levantaba la aldaba de bronce, esperaba a medias oír abrirse crujiendo una ventana y la voz de una bruja salmodiar: «Mordisquea, mordisquea, ratoncito. ¿Quién mordisquea mi casita?»

—Haga el favor de pasar, señor, y usted también, *Fräulein*. Entren pronto. Hace una noche terrible.

Frau Arnim les sonreía mientras cerraba la puerta. A pesar de que era ciertamente anciana, nadie hubiera podido describirla como vieja bruja, porque era de estatura baja y fornida y tenía un aspecto tan alerta como un terrier, con el cabello blanco recogido en la nuca en un moño y unos ojillos protuberantes resplandecientes de hospitalidad.

—Así es mejor, ¿no? —Cerró con fuerza la puerta como tratando de impedir la entrada a un visitante indeseable—. Ahora dejemos ahí sus abrigo.

Mientras se agitaba afanosa alrededor de ellos, Marcus tuvo la impresión de que

eran dos chiquillos delicados a cargo de una niñera.

—Mi hijo hubiera salido a recibirles al camino, pero sólo hace un minuto que telefonaron.

—¿Sabían que veníamos?

Marcus echó una mirada alrededor de la pequeña sala de estar-vestíbulo. Las paredes parecían iluminadas con bronce pulidos, grabados de flores y figuras de china de Dresde. El efecto general resultaba aparatoso.

—Pues, claro. Fasholt y Fafner nos telefonaron. ¡Oh!, lo siento. —Sacudió la cabeza y rió—. Llamamos así a nuestros policías, Goltz y Braun; como a los gigantes en el Rhinegold, desde luego.

Rebosaba alegre benevolencia y debió de haber sido la esposa modelo de un párroco; organizando ventas de trabajos, visitando a los pobres, alentando al enfermo.

—Pero ¿qué hace mi hijo? Seguro que les ha oído llegar. —Acercándose presurosa al pie de la escalera alzó la voz—: Karl, Karl, nuestros invitados están aquí.

—En seguida bajo, Mutti. Pensé que debía cambiarme de traje en su honor.

Karl Arnim debía de tener por lo menos cincuenta años, pero en su rostro no se veía la menor arruga, como si los años nada hubieran escrito en él. Aparte del cuello blanco, su indumentaria era toda negra, y si Goltz no les hubiera dicho lo contrario, Marcus podía haberlo tomado por un clérigo.

—*Fräulein*. —Hizo ante Tania una pequeña y desmañada reverencia y alargó la mano a Marcus—. Sé de su reputación, señor. Es un gran honor darle la bienvenida bajo nuestro techo. Por favor, pasen a mi estudio. —Su mirada centelleó mientras abría la puerta—. Mi madre está muy orgullosa de sus bronce y figuras de china; no obstante, para mí, el lugar resulta demasiado resplandeciente. Un auténtico palacio, ¿verdad, *sir* Marcus? Acaso el palacio de Circe.

—En realidad es muy bonito.

Marcus se sentía ligeramente violento al devolverle la sonrisa. *Un auténtico palacio*, para describir un pequeño vestíbulo iluminado. *El palacio de Circe*, el lugar donde se transformaba a los hombres en cerdos.

—Por favor, tomen asiento los dos. Allí creo que estarán mejor. —Arnim señaló hacia una gran estufa de cerámica—. Aún hace mucho frío.

—Gracias. —Marcus miró a su alrededor mientras tomaba asiento. «Madriguera» era la palabra que mejor describía el cuarto; al igual que la indumentaria de Arnim, tenía un ambiente clerical. Viejos sillones de cuero, libros encuadernados en piel alineados en altas librerías de roble, fotografías de grupos de estudiantes y un pergamino en color en el que se leía: «Homenaje a *Freiherr*^[8] Walther von Arnim de sus devotos feligreses.»

—¿Le... le dijeron los gigantes el objeto de mi visita, *Herr* Arnim?

—Fasholt intentó hacerlo. —Arnim sentóse muy cerca de su madre, y Marcus tuvo la impresión de que si hubieran estado solos tendrían las manos cogidas—. En realidad, Goltz y Braun son semejantes a dos gigantes, ¿verdad? A unos inmensos,

estúpidos y desmañados gigantes, pero somos muy afortunados al tenerlos cuando uno considera a la mayoría de los «vopos». Sí, Goltz me dijo que querían consultarme sobre nuestras leyendas locales. Aunque no sea un experimentado historiador, estaré encantado de decirles cuanto sé.

—Gracias.

Marcus estudiaba a Arnim, recordando lo que el policía dijera sobre él. La familia Arnim había vivido en Rudisheim durante generaciones y Karl había estado a punto de tomar las santas órdenes al estallar la guerra, siendo incorporado al Ejército. Resultó herido en Africa y lo enviaron a casa como si se tratara de un escombros inútil. Para cuando se hubo recuperado, la guerra había terminado, los rusos ocupaban aquella parte de Alemania y no había iglesia alguna que servir. Lógicamente, uno esperaba encontrar a un hombre frustrado y amargado, mas nada de eso reflejaba su rostro, sino más bien un ridículo buen humor.

—No me dé las gracias, *sir* Marcus —dijo—. Me siento en extremo halagado por su visita. Y también quedé muy impresionado al leer su trabajo sobre «*Streptothra Madura Fangus*» hace ya algún tiempo.

—Entonces, ¿es que ha estudiado medicina?

—Sí, la he estudiado, aunque nunca llegué a doctorarme. —Arnim sacudió la cabeza—. Siempre quise ser misionero médico, pero la suerte no me fue propicia. Me temo que en la actualidad sólo puedo considerarme como un aficionado en todo. Botánico aficionado, historiador aficionado, incluso guardabosques aficionado. No existe la menor duda de que conservo mi trabajo más como una sinecura que como cualquier otra cosa.

—Karl hubiera sido un gran médico, *sir* Marcus. —Como si le fuera imposible no tocarle, la mano derecha de *Frau* Arnim oprimió la de su hijo. El dedo índice de ella ofrecía una desagradable deformación; no tenía articulación, y la uña crecía donde debió de estar el nudillo—. Ingresó en Heidelberg cuando sólo tenía diecisiete años, y el profesor Mainz lo calificó como uno de los estudiantes más inteligentes que jamás conociera.

—Por favor, Mutti, estás colocándome en una situación embarazosa.

Arnim retiró la mano y la alargó hacia un montón de papeles.

—De cualquier forma, esperemos que mis escasas dotes como historiador local aficionado puedan serle de alguna utilidad, *sir* Marcus. —Cogiendo una fotografía se la alargó—. El sargento Goltz mencionó alguna de las cosas en las que usted estaba interesado. Creo que ésta es una de ellas.

—Sí, ésta es una de ellas.

La fotografía era casi de tamaño natural y mostraba el rostro de un hombre moldeado con algún burdo metal. Los rasgos estaban tan hinchados que casi no parecían humanos. Mientras la contemplaba, a Marcus le acudió automáticamente a la mente la descripción de «cara de león». A pesar de estar hecha después de muerto, la expresión era no sólo de dolor y terror sino también de furia asesina. Recordó la

descripción que de la reliquia le hiciera Goltz: «Como un alma condenada que hubiera sufrido por largo tiempo las llamas.»

—Sí, ésta es la máscara mortuoria del abad loco, *sir* Marcus. ¿Qué quiere saber sobre ella?

—Todo cuanto pueda decirme. —Marcus reflexionó en cómo exponer la situación—. ¿Ha oído el boletín de noticias que acaba de dar la radio?

—¿Un boletín de noticias? —Arnim, frunciendo el entrecejo, negó con la cabeza—. No, estos días no escuchamos con demasiada frecuencia la radio... Pero estoy seguro de que nuestros invitados tienen mucho frío y les vendría bien una taza de café, Mutti.

Sonrió al levantarse ella y dirigirse presurosa a la puerta. Luego se borró su sonrisa. De súbito su terso rostro pareció mucho más viejo; su mirada era tensa y desolada.

Al cerrarse la puerta tras de ella, dijo:

—Le ruego que me perdone, *sir* Marcus. Acabo de mentirle. Sí que oí el boletín, pero no quiero que mi madre se entere del brote; al menos no por ahora. Siente un terror casi patológico hacia las enfermedades y quisiera que no se enterara hasta mañana por la mañana. Mi padre murió de cáncer, ¿comprende? Su muerte fue horrible y la agonía duró mucho tiempo. Desde entonces todas las habitaciones de la casa, excepto ésta, se limpian y se enceran una vez al día.

Arnim, inclinándose hacia adelante, abrió la llave de la estufa.

—Sí, me he enterado de lo de la epidemia, *sir* Marcus, y supuse que acaso fuera ése el motivo de su venida a Rudisheim.

—¿Lo supuso? ¿Y por qué, *Herr* Arnim? ¿Tiene alguna prueba de que haya podido originarse por estos parajes?

—No, ninguna. Pero es evidente que debe de existir alguna relación. Un brote de *bacillus pestis* en Alemania Oriental y un distinguido bacteriólogo que viene hasta Rudisheim y hace preguntas sobre un hombre que murió de peste en el siglo XIV. ¿Puede decirme para qué ha venido aquí, *sir* Marcus?

—Le diré cuanto puedo.

Mientras hablaba, Marcus se dio cuenta de que algo en la manera de ser de Arnim le convertía en el oyente ideal; el aura de un sacerdote en el confesonario, la actitud de un psiquiatra, tomando tranquilamente notas junto al diván. Le dijo todo lo que sabía y también lo que solamente sospechaba; su vaga teoría respecto a un retorno del bacilo de la Muerte Negra y mutaciones regeneradoras.

—Gracias. Ha sido muy amable de confiar en mí. —Arnim, levantándose, sacó un viejo y manoseado volumen de la librería inmediata—. Pero dígame algo más, *sir* Marcus. ¿Cree en la iniquidad y en su castigo?

—¿Iniquidad? Creo en la maldad como parte del predicamento humano; una pieza necesaria en el proceso de evolución.

—Sí, pensé que como buen científico diría eso. Maldad humana; acaso por el

progreso del hombre de simio a Übermensch. —Arnim sonrió mientras volvía las páginas—. Me temo que no quiero decir eso. Quiero decir pura iniquidad que llega del exterior; acaso del demonio, por falta de una palabra mejor.

Al fin encontró lo que buscaba y puso el libro bajo la luz.

—Aquí hay un relato bastante antiguo de la cabeza de Von Gunter. Le ruego me perdonen que se lo lea. La impresión es más bien mala y está escrito en pésimo latín medieval.

Y cuando Lucifer se llevó el alma de Rudolph, nuestro abad, y todos los hombres supimos lo que su vida había sido, hicimos una imagen en bronce de su rostro que será colocada en el porche de nuestra iglesia. Y en la imagen hemos encerrado un demonio que vigilará por siempre este lugar maldito.

—Sí, por aquí somos muy supersticiosos, *sir* Marcus. Los niños aún aseguran haber visto a la Mujer Pestífera cabalgar sobre su cadáver. Los hombres todavía evitan pasar de noche por el bosque a causa de la rata-lobo cuya contemplación es mortal.

Arnim seguía sonriendo, pero Marcus podía adivinar que, al igual que los policías, hubo un tiempo en que creyó implícitamente en aquellas historias.

—¿Cree que esas leyendas son bobadas, *sir* Marcus? ¿No cree que sea posible que en esa reliquia pudiera haber un demonio o guardián?

—Si lo hubo no debió de ser muy eficiente, *Herr* Arnim. Después de todo la reliquia la robaron los D. P. al final de la guerra.

—Se dijo que la habían robado. Gentes muy importantes se tomaron muchas molestias para culpar de ello a esa D. P. ¿Le dice algo el nombre de María Trude?

—¿Trude? ¿Se refiere a *Frau* Trude? —Marcus asintió. Otro personaje de cuento de hadas que se incorporaba a Iron Hans, Clever Gretel y Brother Lustig—. ¿La mujer que convirtió a la muchacha curiosa en un tronco de madera y la lanzó al fuego?

—¡Oh, no! No me refiero a la bruja de Grimm. María Trude o *Frau* Doktor Trude es una persona muy real. Con su historial debe de haber oído hablar de ella, *sir* Marcus. Después de todo era prima de Julius Streicher. También tuvo por un tiempo a su cargo el centro de investigación médica de las SS en Dachau.

—Sí, lo recuerdo. —Por un momento se esfumaron los veinte años transcurridos y el terror y el odio formaron como una pantalla roja frente a los ojos de Marcus, cegándole—. Se decía que había muerto en Berlín, pero jamás se encontró el cuerpo. ¿Por qué la menciona ahora, *Herr* Arnim? ¿Qué relación existe entre María Trude y esto?

Miró el rostro de bronce que desde la mesa le contemplaba con malignidad.

—Porque tal vez ella tenga la reliquia, *sir* Marcus. Era casi la última semana de la guerra y reinaba el más absoluto caos. Queríamos trasladarnos a Occidente antes de

que llegaran los rusos, pero mi padre se estaba muriendo y no podía trasladársele. Una noche llegó aquí esa mujer con un grupo de las SS. Dijeron que buscaban a un prisionero que se había fugado, por lo que registraron la iglesia. Poco después de que se hubieran ido, hubo una incursión aérea y bombardearon la iglesia. A la mañana siguiente la reliquia había desaparecido. Pudo haber quedado sepultada bajo los escombros, encontrándola más tarde la D. P. Pudo haberse fugado un prisionero, mas yo personalmente lo dudo. Usted ha conocido a esa gente, *sir* Marcus. ¿No le parece posible que María Trude deseara poseer esa reliquia?

—Pero ¿por qué? ¿Qué motivo pudo haber tenido?

Aun cuando Marcus formulara la pregunta en voz alta, conocía de antemano la respuesta. Alemania se estaba desintegrando y el sentido común aconsejaba asumir una nueva personalidad antes de que los ejércitos aliados se hicieran cargo. Sin embargo, aquella gente no estaba en su sano juicio. Himmler había permanecido sentado en Flensburg consultando las rutas nórdicas. Göring se imaginó convertido en invitado, con todos los honores, de los americanos. Hitler, inclinado sobre un mapa, movía ejércitos que ya no existían. Era realmente posible que María Trude hubiera confiado su seguridad a una leyenda.

—Sí, tan sólo un cuento de hadas, *sir* Marcus. —Karl Arnim había leído exactamente en su pensamiento y asintió con la cabeza a través de la chimenea—. Solamente un cuento bobo de niños. ¿No es posible que una mujer como María Trude pudo haber creído en él?

—Tal vez. De todas formas existen pruebas bastante patentes de que murió en Berlín... ¿Se encuentra bien? —Marcus calló bruscamente, porque era evidente que Arnim no escuchaba. Miraba hacia la puerta enseñando los dientes, una expresión no del todo cuerda en su rostro—. ¿Se siente enfermo...?

—¿Qué dice? No, estoy bien, pero escuche un momento. Por Dios santo, estése callado.

Mientras hablaba fue aumentando en volumen la voz del locutor de radio y acabó resonando en toda la habitación: «Repetimos que no existe motivo de alarma y que se dispone de grandes existencias de suero...»

—Mutti ha puesto la radio. —Arnim avanzó tambaleante por la habitación, como un hombre en las últimas etapas de la enfermedad de Parkinson—. Pensé en quitar una válvula, pero con la llegada de ustedes no me dio tiempo; no hubo tiempo para nada.

Abrió la puerta y la voz del locutor invadió sin restricciones el cuarto: «Se están instalando centros de inmunización en los siguientes puntos...» En el mismo instante levantóse Marcus saliendo presuroso tras él.

Frau Arnim se encontraba de pie, en el centro del vestíbulo, oscilando de un lado a otro. Tenía los ojos desorbitados, como si algo la hubiera aterrado, y alrededor de la boca un reborde de espuma.

Trude... María Trude. Mientras Marcus descendía presuroso por el sendero, el nombre parecía marcar el ritmo de sus pisadas. Se preguntaba si la historia de Karl Arnim sería siquiera remotamente posible o acaso el hombre estuviera tan obsesionado con la reliquia perdida y sus ideas de la maldad impersonal que una vaga sospecha hubiera llegado a convertirse en firme creencia. Ciertamente sus antecedentes evidenciaban un índice elevado de desórdenes mentales. Aunque no fuera especialista de los nervios, a Marcus no le había sido difícil diagnosticar epilepsia al desplomarse hacia adelante *Frau* Arnim, con la radio tronando a su alrededor.

De cualquier forma, real o falsa, había de transmitir la información a Kirk y Petrov. El teléfono de los Arnim estaba averiado, probablemente la nieve había afectado a la línea. Confiaba en que se tratara solamente de una avería local y que podría comunicar desde Rudisheim.

—Mark, escúchame, por favor. Lo que he de decirte es importante.

Sentía a Tania tirarle de la manga, pero la apartó apresurándose. Tenía que concentrarse, recordar cuanto sabía acerca de aquella mujer, Trude. De lo que sí estaba seguro era de que fue bacteriólogo. Trabajó también en patología vegetal. Oswald Farquahar mencionó uno de sus trabajos el año anterior, en su discurso presidencial. Sí, algo acerca de la roya del tabaco. «Über die Moseikkkrankheit der Tabakspflanze.» Farquahar había recurrido a la referencia como ejemplo para demostrar cómo en ocasiones una mente realmente inteligente es capaz de aferrarse a una premisa falsa y salirse completamente por la tangente.

Mas ¿era posible que todavía estuviera viva? Al terminar la guerra parecía completamente seguro que hubiera muerto en Berlín. Si bien jamás llegaron a encontrar el cadáver, hubo suficientes testigos para que su muerte pudiese considerarse como definitiva. También se realizó una investigación exhaustiva. Una vez que se hubo descubierto lo que ocurría en aquel laboratorio de investigación (experimentos realizados con seres humanos sobre las causas de la malignidad de los cánceres, con parafina y radiación), María Trude ocupó uno de los primeros lugares en la lista de criminales de guerra.

Pero ¿y si no hubiera muerto? Si la historia hubiera sido falseada de alguna manera, podría creerse en la versión de Arnim. Si la mente de Trude hubiera seguido la misma orientación que la suya, tal vez sospechara lo que acaso contuviera la reliquia...

Ante la idea, Marcus se estremeció ligeramente. Una mujer insana ocultándose bajo otro nombre durante veinte años. Ya sería vieja, pero posiblemente, aún seguiría estando amargada, incansable en su cruzada contra el mundo. Ahora ya estaba

completamente seguro de lo que era el guardián de la reliquia, y podía imaginársela abriéndola, estudiando lo que contenía, gozando con la idea de su poder, tomando cuerpo sus fantasías de destrucción. Luego, un día, las fantasías se vigorizaron hasta el punto de no poder resistirlas por más tiempo, dando suelta al demonio en la botella para apestar a la Tierra.

—Dentro de un momento, querida. Dímelo dentro de un momento, pero, por favor, deja que trate de reconcentrarme algo más.

Subió al coche, en tanto que Tania trataba nuevamente de hablar. Kirk se había mostrado bastante escéptico respecto a su viaje a Rudisheim y probablemente aquel nuevo acontecimiento sería recibido con una gran dosis de incredulidad. De todas formas, constituía al menos una base y sería casi un milagro si lograban sacar algo de Behr.

—¡Por todos los santos! ¿Qué estás haciendo? —Se volvió en redondo al quitarle Tania las llaves de la mano—. Mira, te he dicho que tenemos que regresar inmediatamente a Berlín.

—Sí, eso me has dicho, Mark.

Mantén las llaves fuera del alcance de él.

—También me has comunicado muchas de tus teorías, pero ahora vas a oír una de las mías.

Como si no existiera el menor apremio sacó de su bolso un paquete de cigarrillos.

—*Sir Marcus Levin, K. C. B.*, aunque ignoro lo que eso quiera decir —dijo al fin, una vez hubo encendido su cigarrillo—. Mark Levin, el gran bacteriólogo que olvida todo su aprendizaje científico y se lanza ciegamente tras cualquier jirón de prueba que surge en su camino. No, no me interrumpas. —Sacó las llaves por la ventanilla, manteniéndolas en alto—. Sigue sentado o las tiro a la nieve. Ahora veamos, Mark. Tenías razón al venir a Rudisheim y dentro de un momento te lo demostraré. ¡Esa historia sobre la doctora nazi que te ha contado Arnim! No creerás semejante cosa. Arnim está tratando de ocultar algo y la ha pergeñado para ganar tiempo. ¡Todas esas tonterías de las SS que vinieron aquí! Sí, me doy cuenta de que con tu historial cualquier cosa referente a los nazis se convierte en guerra personal; sin embargo, esa mujer, Trude, está muerta. La mataron nuestras tropas al entrar en Berlín.

—Tania, dices que puedes demostrar que tenía razón al venir aquí. ¿Has logrado alguna prueba? ¿Algo que yo desconozca?

—Sí, creo tenerla, Mark, y dentro de un minuto te hablaré de ella, mas antes quiero hacerte una pregunta. Cuando examinaste al muchacho Fenwick ¿te diste cuenta de si tenía los dientes salidos?

—¿Los dientes salidos?

Marcus frunció el ceño. Podía ver de nuevo el sarpullido sobre el pecho de Billy y sentir el bubón palpar bajo sus dedos, en cambio el rostro... Aparte de que aparecía congestionado y tumefacto, apenas podía recordar su aspecto.

—Realmente no lo recuerdo —dijo—. No estoy seguro, pero tengo la impresión

de que acaso los tuviera. ¿Para qué quieres saberlo? ¿Qué importancia puede tener?

—Puede tener la mayor importancia, Mark. Puede revelarnos exactamente lo que le ocurrió. —Tania rebuscó en su bolso sacando algo que lanzó destellos bajo las luces del tablero de mandos—. Cuando la madre de Arnim sufrió aquel ataque me dijo él que había una botella de píldoras en el armario del baño y que hiciera el favor de traérselas.

—Sí, lo recuerdo; pero ¿qué puede importar eso? Se trataba tan sólo de fenobarbital. Una prescripción perfectamente normal para semejantes casos. Se puso mucho mejor una vez que tomó la primera.

—Sí, se puso mejor, aunque no es eso lo importante. Junto a aquellas píldoras encontré esto, ¿comprendes?

Le alargó un objeto pequeño y más bien de aspecto desagradable, sonriendo ante la expresión de él al contemplarlo.

—Es extraño, ¿verdad, Mark? Dices que te parece recordar que el muchacho acaso tuviera los dientes salidos. ¿No te parece que al fin todo empieza a ajustarse? Después de todo, ¿para qué puede servirle a una anciana o a un hombre de mediana edad un aro dental de niño?

«Punto - raya, punto, raya - raya, raya, raya...»

Los dedos de Behr aún temblaban sobre el manipulador Morse, pero los impulsos eran ya muy lentos y, por lo general, formaban una serie de sonidos sin el menor significado.

«Punto, punto, punto - raya, raya, rayyyy.»

Al final callaron definitivamente y el dedo quedó inmóvil presionando sobre la conexión. El doctor, tras tomarle brevemente el pulso, sacudió la cabeza.

—Bueno, ya todo terminó, camarada. Ha muerto, y, a mi juicio, es realmente asombroso que haya durado tanto tiempo. Espero que haya logrado lo que quería.

—Dámelo.

Petrov había estado mirando por encima del hombro de su ayudante y le arrancó el bloc, estudiando las desarticuladas frases y las letras que con frecuencia ni siquiera formaban una palabra. Aquí y allá espacios en blanco donde los puntos y las rayas ni siquiera habían formado una letra. Durante diez largos minutos escudriñó las páginas, borrando, añadiendo y uniendo con su lápiz, luchando por poner en claro el significado. De súbito su rostro se iluminó con una sonrisa de satisfacción y volvióse hacia Kirk.

—Bien, general, lo logramos. Esto es todo cuanto necesitábamos saber y quiero felicitarle por la más brillante de las ideas.

Petrov agitó el bloc que tenía en la mano y casi daba cabriolas triunfales.

—Sí, todo está aquí. El niño cayó del tren y lo acogió bajo su protección lo que ustedes llaman el «Movimiento de la Resistencia» y yo los «Elementos

contrarrevolucionarios». La persona que lo encontró fue esa Clever Gretel de quien tanto hemos oído hablar. Más tarde le hicieron pasar clandestinamente a Berlín Occidental por lo que Behr ha llamado la «Meister-Route». Haz venir mi auto a la puerta, por favor —dijo a su ayudante, y miró ceñudo el cuerpo inmóvil sobre la mesa. El doctor había ya cubierto el rostro con una sábana—. Y yo que creí que ese trozo de carroña era mi amigo. Lo sabía todo, y antes de traicionar a su preciosa organización estaba dispuesto a arriesgar la salud del mundo.

—Sí, supongo que así era.

A pesar de que en cada nuevo boletín de noticias se informaba que la epidemia iba propagándose, Kirk aún seguía sintiendo simpatía por Gustav Behr.

—¿Le dijo quién era ese Gretel y dónde encontrarlo?

—Sí, nos lo dijo todo, pero se trata de una mujer, no de un hombre como creíamos. Su nombre es realmente el de Gretel y hay que reconocer que es muy lista. Vamos a hacerle una visita.

Dio una palmada a Kirk en el hombro y se encaminó hacia la puerta enarbolando todavía el bloc.

—Además, me temo que nos hayamos mostrado gravemente injustos con Marcus Levin. Creímos que se había lanzado a una caza de grillos y estábamos completamente equivocados. La mujer que buscamos vive en Rudisheim y se llama Gretel Arnim.

—¿Ha habido suerte? ¿Pudiste comunicar con Berlín?

Marcus puso en marcha el motor mientras Tania regresaba presurosa de la cabina telefónica.

—Pude comunicar, pero de nada sirvió. Petrov y Kirk habían abandonado el hospital, aunque no han regresado al cuartel general de la Policía. Dejé un mensaje para ellos.

—Muy bien.

Marcus consultó su reloj y puso en marcha el coche. Eran casi las nueve y media; habían transcurrido más de veinte minutos desde que Tania le mostrara el aro dental. Se había mostrado inclinada a poner fuera de combate a Goltz y Braun, y conducirlos a casa de Arnim; no obstante, él rechazó aquella idea. Aquellos hombres todavía no habían sido vacunados, y si Billy Fenwick había estado realmente con los Arnim, sería mortal llevarlos allí. Había intentado que Tania se pusiera en contacto con Kirk y Petrov, y ahora todo dependía de él.

Y no es que existiera alguna prueba definitiva. Aquel aro pudo haber pertenecido a cualquier niño; acaso a un sobrino o sobrina de los Arnim que hubiera pasado una temporada con ellos y se lo hubiera olvidado. Ni siquiera estaba seguro de que Billy Fenwick hubiera tenido los dientes salientes.

Aun así... Marcus recordaba la ligera expresión maníaca en el rostro de Arnim al hablar de la reliquia, y a su madre allí oscilante en el vestíbulo con la boca espumante y la radio vociferando a su alrededor. Detuvo el auto al final del camino y se metió el aro en el bolsillo.

—Muy bien, allá vamos. Averigüémoslo nosotros mismos.

Abriendo la portezuela bajó del coche.

Ya había oscurecido mucho. Soplaban un viento del norte, arrastrando jirones de nubes que oscurecían la luna. Sus pies resbalaban y tropezaban sobre el helado sendero, y entre los árboles las zarzas les enganchaban semejantes a manos pequeñas y malvadas. Por encima de las tumbas flotaba la bruma, transformándolas en setos de tejo, cultivados y recortados durante siglos en un parque inglés o en una extraña vegetación fungosa de algún planeta distante.

Pero ¿qué iba a decirles? ¿Qué diablos diría a los Arnim? Una docena de escenas de teatro y cine cruzaron por la mente de Marcus. El gran detective sonriendo cínico al tiempo que el malhechor formula sus negativas insinceras. El peligro inminente, la heredera desaparecida surgiendo de la nada y la presentación triunfante de la prueba condenatoria. «¿Y cómo puede explicar esto?»

—¿Estás seguro de que obramos cuerdamente, Mark? ¿No crees que deberíamos esperar a ponernos en comunicación con Petrov? Después de todo, si esa gente son

realmente lo que creemos...

Los dedos de Tania se aferraron a su brazo, haciéndole pensar en cosas cálidas; en chimeneas encendidas, camas dobles y una copa final antes de apagar la luz.

—No, no estoy seguro de nada, querida —manifestó él—. Y si lo prefieres dame la pistola que he visto en tu bolso y vuélvete al auto. No puedo esperar por más tiempo a tomar contacto con Kirk y Petrov. Tengo que averiguar ahora la verdad. Pero, por favor, decídetes.

La vio vacilar un momento y luego adaptarse a su paso. Supo que tenía razón. No había tiempo para esperar refuerzos. El aro dental del niño era el único indicio real de que disponían y tenía que comprobarlo.

Al mismo tiempo, casi esperaba que no tuviera el menor significado; que los Arnim fueran tan sólo excéntricos desequilibrados con una explicación perfectamente normal sobre el aro. Y si los Arnim eran inocentes, incluso tenía la esperanza de que la historia sobre María Trude fuera también una estupidez. Esperaba que nada de aquello se debiera a la mano humana y que solamente fuera un fenómeno de la Naturaleza.

Como antes, la pequeña casa seguía apareciendo iluminada y acogedora, con luces centelleando a través de las cortinas y el humo de la chimenea flotando a impulsos del viento. También, por segunda vez, alzó la pequeña aldaba de bronce, tratando de imaginarse cómo conduciría la entrevista. Al dejarla caer la puerta se abrió unos centímetros, como si no estuviera cerrado el picaporte y sólo una cadena la sujetara.

—*Herr Arnim* —llamó— ¿Está ahí, *Herr Arnim*?

Volvió a llamar, sintiendo que la puerta cedía otro centímetro, y tuvo la certeza de que lo que la entorpecía no era una cadena, sino algo blando y pesado.

—¡Mark, mira! ¡Mira a tus pies, Mark!

El aliento de Tania semejaba humo en el aire glacial y al seguir su mirada se quedó rígido. El suelo del *cottage* era ligeramente pendiente, y, a la luz que salía de la habitación, pudo ver un reguero del líquido oscuro que se escurría por los peldaños, enrojeciendo la nieve al caer sobre ella. Lanzó su hombro contra la puerta, empujando la cosa que la contenía.

—Déjenme morir. —*Frau Arnim* yacía sobre un costado, mirándole; ofrecía el aspecto de un niño cansado que quisiera irse a la cama—. Por favor, por favor, déjeme morir. —Todavía tenía el cuchillo en la mano derecha; con la izquierda nada podría haber sostenido. Se había sajado los músculos y la arteria. A través de la sangre que brotaba, Marcus pudo incluso distinguir el blanco del hueso.

—Sí, pronto va a dormirse.

Marcus sacó un pañuelo y se lo enrolló alrededor de la muñeca con la llave de la puerta formando un torniquete. Hizo una seña a Tania al propio tiempo que le decía:

—Busca algo para darle de beber; *schnapps*, *brandy* o lo que sea.

—Esto servirá.

Cogiendo la botella de *kümmel* que le alargaba Tania, la forzó entre los labios de la mujer. Gran parte cayó al suelo al tratar ella de rechazarlo, pero al menos logró introducirle algo.

—¿Se siente mejor, *Frau Arnim*? —inquirió—. ¿Puede decirme lo ocurrido? ¿Dónde está su hijo?

—¿Mi hijo? No tengo hijo alguno, *Herr Doktor*. —Sus labios eran semejantes a grises gusanos que se arrastraran por su cara—. Maté a mi hijo hace años y se ha convertido en alguien diferente. Lo destruí. ¿No oyó lo que dijo, *Herr Doktor*? El palacio de Circe; el lugar donde a los hombres se los transforma en cerdos.

—Sí, recuerdo, *Frau Arnim*. —Marcus, levantándola, la colocó sobre un sofá junto al fuego—. ¿Qué ocurrió después de que nos fuimos? ¿Por qué ha intentado matarse?

—Porque después de escuchar la radio adiviné lo ocurrido y obligué a Karl a que me lo contara todo... no, eso no le servirá de nada. —Sacudió la cabeza al sacar Tania un revólver de su bolso, dirigiéndose hacia la puerta del estudio—. Karl se ha ido. Se fue tan pronto como me contó lo ocurrido... —Su voz era tan débil que Marcus apenas entendía las palabras—... al muchachito inglés.

—¿A Billy Fenwick? —Se inclinó hacia adelante hasta tocar casi con el oído su boca—. Entonces, ¿estuvo aquí?

—Sí, estuvo aquí. Lo encontramos caído junto a la línea férrea y lo trajimos a casa. ¡Tenía tanto frío y estaba tan asustada la pobre criatura! Cuando me dijo quién era y lo que le había ocurrido, hice preparativos con mis amigos para devolvérselo a su familia. Al principio a Karl no le importó que trajera al niño aquí, pero luego algo le enfureció. Creo que Billy se rió de él; jamás supe el motivo. Sin embargo, nunca creí que fuera capaz de causarle daño alguno. Y ahora, por favor, déjeme morir, *Herr Doktor*. ¿No comprende que quiero morir? He convertido a Karl en un monstruo y ahora... —Contempló ansiosamente el cuchillo sobre el suelo—. Con frecuencia me preguntaba qué estaría haciendo en la cripta. Jamás pude pensar que llegara a hacer daño a nadie. Déjeme morir, por favor.

—Dentro de un momento podrá dormir, *Frau Arnim*. La ayudaré a dormir, pero antes tiene que ayudarnos. ¿Adónde se dirigió Karl cuando se fue?

—No lo sé. No me lo dijo: creo que debió de irse a Berlín. Mencionó algo sobre el nuevo túnel que habían hecho nuestros amigos.

—A Berlín.

Marcus alzó la vista. Tania se había apresurado ya a acercarse al teléfono, al final de la escalera, y lo hacía funcionar con la esperanza de lograr comunicación.

—¿Y qué hacía Karl en la cripta, *Frau Arnim*?

—Jugaba, *Herr Doktor*. Siempre quiso ser sacerdote y jugaba a serlo. Ansiaba poder y estima y la seguridad de que no era el cerdo en que yo lo convirtiera. Luego un día me dijo que había encontrado... que había encontrado...

Cerró los ojos y su rostro quedó inmóvil.

—Sí, sé lo que encontró, *Frau Arnim*. Aquello que le daría todo el poder que ansiaba.

Marcus recordó de pronto una ilustración de un libro de leyendas griegas: una mujer inquisitiva inclinada sobre un cofrecillo mientras buscaba la cerradura. Al fin se abrió la caja de Pandora y todos los males del cielo se desplomaban sobre la Humanidad.

—¿Aún sigue interceptada la línea?

Tania asintió al regresar a la habitación.

—Sí, *Frau Arnim* se recuperará. Acaba de desvanecerse por la pérdida de la sangre y el agotamiento nervioso. Trata de hacer una venda con el mantel, ¿quieres? No puedo dejarla siempre con el torniquete. Muy bien.

Vendió con fuerza el brazo de la mujer y quitándole el pañuelo se levantó.

—Y ahora vayamos a ver lo que Karl encontró realmente en esa cripta —sacudió la cabeza ante el revólver de Tania—. Bueno, llévalo si te sientes mejor, pero no creo que te sirva de mucho. La persona con quien vamos a encontrarnos murió hace mucho tiempo.

Desde luego, la propia iglesia estaba absolutamente en ruinas. Aunque la luna quedaba parcialmente oculta por las nubes, penetraba suficiente claridad para distinguirlo todo. Las puertas estaban arrancadas de sus charnelas y yacían en el suelo cubiertas de escombros. También la mitad del tejado se había desplomado. A través de un agujero en el muro podía verse el reloj caído sobre la nave, marcando con sus manecillas las tres menos veinte. Por las losas del entrecoro habían crecido arbustos y zarzas que ocultaban el altar. Parecía como si nadie se hubiera acercado durante años a aquel lugar.

Mas no era así. Mezclado con el olor de los escombros y de la madera húmeda podían percibir el de incienso quemado y metal caliente. La linterna de Tania recorrió el edificio y tras ella avanzó la muchacha. A la derecha del antecoro un tramo de escalones descendía hacia la cripta, y a la luz de la linterna pudieron ver que los habían barrido recientemente. Al pie de la escalera había una herrumbrosa puerta de hierro, pero la llave estaba por fuera y giró silenciosa en sus bien aceitados goznes.

—Sí, el bribón jugaba realmente a sacerdote.

Marcus miró a su alrededor. La habitación tendría unos sesenta metros de longitud y aproximadamente lo mismo de anchura, con un techo abovedado y lámparas de aceite ardiendo a lo largo de los muros. El efecto general era una mezcla de biblioteca y capilla particular, pues junto a la puerta se veían dos largas librerías y en el muro del fondo una cortina con un primitivo altar de madera delante de ella.

—A sacerdote y también a científico.

Hojeó los libros. *La Conquista de la Plaga*, de Hirt, *Patología Vegetal*, de Kuhn, *La Historia de la Peste en Prusia Oriental*, de Wilhelm Sahm, su propia monografía

sobre el *fungus Madura*. En una percha, junto a la segunda estantería, colgaba una casulla, y al mirarla sintió de súbito una profunda lástima por Karl Arnim. Un hombre obsesionado por la culpabilidad y ocultando la sensación de fracaso. Un hombre rebosante de odio y amargura que debió de haber alcanzado su punto álgido en la acogedora casita junto al cementerio. Y un día, mientras limpiaba aquella cosa que había ocultado, o simplemente cuando examinaba su confección, descubre el secreto y queda abierta la caja de Pandora.

Sí, ahora Marcus tenía la certeza de haberlo descubierto todo. Se dirigió con gran lentitud hacia el altar y el montón de descoloridas vestiduras púrpuras que yacían sobre él. El corazón le latía fuertemente al alargar la mano para levantarlas. Al hacerlo y caer plegadas al suelo, algo brilló; de repente se vio contemplando el rostro de Rudolph von Gunter.

Sin embargo, las crónicas no eran correctas. Aquello era latón, no bronce, y el tiempo y los elementos debieron de darle aquella apariencia rugosa y corroída que ya viera en la fotografía. No obstante, ahora aparecía limpia y pulida, brillando como oro a la luz de la lámpara. Aun moldeada después de la muerte, no había error en cuanto a su expresión agónica, ya que cada uno de los inflamados rasgos revelaba la «cara de león».

Pero ¿cómo se abría? ¿Cómo descubrió Arnim el demonio que realmente encerraba? Marcus cogió la linterna de Tania y la enfocó hacia la reliquia. En la curva posterior del cráneo, donde la tonsura se unía al pelo, encontró lo que buscaba: una especie de mancha como si la mano del artista hubiera fallado con el cincel; una línea de rasguños que podían significarlo todo o nada. Sacando su lente de aumento, se inclinó todavía más. Los rasguños se fijaron convirtiéndose en palabras; cuatro líneas de verso grabadas con una aguja en el reluciente metal.

Con minucioso cuidado, Marcus copió cada una de las letras en su cuaderno de notas, y luego observó el resultado. Al principio no parecían tener el menor sentido; tan sólo una serie de palabras escritas en algún lenguaje que no podía reconocer, aunque parecían tener cierto aire español.

Fincá los Inogos
Que yacé allí l'Arca
Do tusé una Marca
Sobré los tus Ojos.

Sí, naturalmente. Asintió al hacerse la luz. El verso no le decía nada porque estaba escrito en un lenguaje arcaico. Las palabras eran del Cid, español medieval del siglo XII. Y aquello era extraño, porque la reliquia era del siglo XIV. Debieron de resultar tan incomprensibles para un alemán de aquel período como para un inglés actual. El mensaje debió de ser escrito de aquella forma para que sólo pudiera leerlo una persona de elevada educación.

Pues bien, lo iba a leer una persona de muy alta educación. Lo iba a leer *sir* Marcus Levin, cuyos conocimientos del español medieval podían ser escasos, pero no así ciertamente su habilidad lingüística. Se inclinó sobre el cuaderno de notas, concentrándose y marcando cada una de las palabras que podía reconocer en su forma moderna.

«Marca, —su significado era evidente—. Inogos» eran rodillas y «Ojos», ojos; en tanto que «Arca» era cofre, acaso el cofre de un tesoro. Su mano se deslizaba sobre el papel y pronto logró lo que imaginó que sería una traducción primitiva.

Dobla las rodillas
El tesoro yace
Donde hice una marca
Sobre tus ojos

«Dobla las rodillas.» ¿Por qué? ¿Acaso él no distinguía mucho mejor aquella cosa poniéndola bajo la luz? No, desde luego que no. La cuestión era que la luz se concentrara por encima de los ojos y recordó el fin para el que la reliquia fuera diseñada. Tenía que colocársela en el porche de una iglesia y ante ella los fieles se hincarían aterrados. Probablemente la intención de los que la hicieron fue que quienquiera que realmente pudiera leer el mensaje viera lo que contenía; sin embargo, la comunidad religiosa se había ido extinguiendo, el monasterio había quedado en ruinas y el óxido ocultó las palabras hasta que Karl Arnim, con su operación de pulimentación, las dejó al descubierto.

Muy bien, se pondría de rodillas si era eso lo que había que hacer. Marcus se arrodilló ante el altar y al fin comprendió. En aquella posición, la luz se reflejaba desde la pulimentada barbilla hasta la curva del inflamado y arrogante labio y mostraba lo que había debajo de él: una diminuta abertura, fina como un cabello, en la que sólo podía insertarse la uña. Allí introdujo la suya y con mucha suavidad presionó hacia arriba. La parte frontal de la reliquia se alzó semejante a una visera y el demonio de Rudisheim le contempló desde dentro.

—Sí, aquí está. Ahí tenemos a tu guardián. Ahí está la Gorgona «capaz de convertirte en piedra».

Marcus tenía la frente cubierta de sudor, pero no había sentido horror, ni siquiera asco. Aquella cosa resultaba demasiado triste, demasiado patética para eso. Aquella espantosa cosa como de cuero, encajada en su estuche con dos inmensos rubíes, que constituían su tesoro, centelleando desde las cuencas de los ojos y dientes ennegrecidos haciendo una mueca entre los dos caballetes que un día fueron labios. El rostro de un hombre, muerto hacía seiscientos años, con todo el aspecto de un monje torturado, enterrado vivo en el reluciente latón.

—Pero ¿cómo logró descubrir que la materia aún estaba activa?

Marcus habló para sí, y luego volvióse rápidamente al oír el alarido de Tania.

Tuvo el tiempo justo de ver a Karl Arnim lanzarse y caer luego sobre él, sumiéndole en la inconsciencia.

Yacía bajo la deslumbrante luz del sol que le resultaba en extremo penosa para los ojos. También tenía frío; yacía en algún lugar en lo alto de la falda blanda de una montaña y la cúspide se encontraba tan sólo a unos centenares de metros sobre él. Pronto se levantaría y ascendería hasta la cima, mas no por el momento. Aún tenía que permanecer por algunos instantes allí tumbado, quieto, y esperar a que el dolor cesara.

—¡Mark, vuelve en ti! ¡Por favor, vuelve en ti, querido!

La nieve formaba una almohada bajo su cabeza y alguien le hablaba en ruso, lo que era ridículo. ¿Qué estaba haciendo en una montaña, cuando debería estar hablando en la Royal Society sobre el virus Enterin? ¿Por qué tenía tanto frío y qué era lo que le golpeaba sobre la cabeza como un martillo?

—Por favor, abre los ojos, Mark.

Con un esfuerzo inmenso se obligó a sí mismo a obedecer a la voz, contemplando una habitación que giraba a su alrededor, como si la viera desde un avión volando en círculos. Luego una cara borrosa empezó a delinarse claramente en su campo visual y sintió que le volvía la consciencia.

—Eso es. Así está mejor, querido. —Tania tenía el brazo bajo su cabeza y en los ojos una mirada de honda preocupación—. Y lo siento tanto, Mark, lo siento tan terriblemente. Detrás de esa cortina había una puerta, ¿comprendes?, y...

—Sí, recuerdo. Salió por ella al abrir yo la reliquia.

Pese al martilleo en su cabeza recordó el rostro de Karl Arnim al precipitarse hacia él, enarbolando una barra de hierro, y derribarle.

—Sí, y todo ha sido culpa mía, Mark. Petrov me dijo que cuidara de ti y no vi a ese individuo hasta que fue demasiado tarde. Me dio un golpe haciéndome soltar el revólver antes de que pudiera utilizarlo, y luego te golpeó con ese trozo de tubería.

—Vaya que lo hizo. —Marcus se tocó el chichón en la cabeza y se puso de pie—. Y después supongo que se fue, cerrando la puerta con llave tras él. Deja que le eche un vistazo. —Alzó la muñeca de Tania. Estaba hinchada y descolorida, presentando un ángulo extraño—. Sí... también a ti te dio un buen golpe. Tienes lo que se llama una fractura Colles... una rotura en la parte inferior del radio. —Sonrió mientras hacía tiras del mantel del altar para preparar una venda—. Me parece que pronto me convertiré en un especialista de muñecas. ¿Dijo algo Arnim antes de marcharse?

—No estoy segura de lo que pasó al principio, pues yo también perdí el conocimiento por unos minutos. Cuando me recuperé no se veía a Arnim por parte alguna, y sólo me preocupabas tú. Pensé que estabas muerto, Mark... Entonces vi otra vez a Arnim. Debe de haber alguna habitación por ahí y salió de ella. —Señaló hacia la parte de atrás del altar. La cortina había sido corrida, revelando un tabique de

madera, y una puerta asegurada con un candado—. Una vez que cerró la puerta con el candado, permaneció ahí de pie un rato, apoyado sobre la pared, oprimiéndose con la mano la mejilla. No creo que siquiera se diera cuenta de que estábamos aquí. Farfullaba para sí algo sobre su madre; cómo le había destruido hacía años y ahora iba a traicionarle. Creo que estaba llorando, pero con esta luz no podía estar segura. Sin embargo, está loco, Mark; completamente loco.

—Sí, está bastante loco. De todas formas tómalo con calma. —La sintió estremecerse al apretarle el vendaje y atarlo—. Loco o tal vez poseído fuera la palabra más adecuada.

Volviéndose se quedó mirando a aquella cosa sobre el altar. Bajo la difusa luz su acartonado rostro semejaba escoria y los ojos de rubíes parecían sonreírles. Ahora ya no había la menor duda sobre lo ocurrido. Como científico aficionado, Karl Arnim, habría examinado el tejido para ver qué proceso de conservación se había utilizado. Y al depositar en el microscopio unas fibras de la carne largo tiempo muerta, acaso le hubiera llegado la humedad de su aliento. Luego, al incorporar una tintura habría descubierto que las esporas aún estaban vivas.

—¿Y qué sucedió entonces, Tania?

—De súbito se dio cuenta de que estábamos aquí. Tenía mi revólver en su mano derecha, pero la izquierda la mantenía apretada contra su mejilla. Me apuntó con el arma por un momento y luego, sacudiendo la cabeza, se metió el revólver en el bolsillo. Dirigiéndose hacia esa cosa sobre el altar, hizo una especie de reverencia frente a ella; creo que la palabra es genuflexión. Al pasar junto a mí estaba realmente llorando.

—¿Y luego salió?

—Sí, por la puerta de arriba a la iglesia. La abrió y luego volviéndose se nos quedó mirando. Al hacerlo se descubrió la mejilla y vi que sangraba. Entonces dijo... Hablaba muy rápidamente y no le comprendí del todo. Creo que fue algo así... «A eso se llama gratitud. Les doy la libertad y una de esas pequeñas pestes me muerde.»

—¿Eso dijo?

Marcus rasgó el resto de la cortina que cubría la pared tras el altar. Las tablas eran muy ligeras y aquí y allá aparecían desniveladas, dejando huecos sobre el suelo.

—«Les doy la libertad.» ¡El condenado! ¡El loco y maldito condenado!

Se precipitó hacia la puerta que conducía a la iglesia, agitando el picaporte y golpeando con el hombro contra los paneles de hierro. Igual hubiera sido que tratara de abrirse camino en las cámaras acorazadas en un Banco. El cerrojo y los goznes estaban colocados con cemento y no cedían la fracción de un centímetro. Se apoyó sobre la puerta tratando de recobrar el aliento. Luego, volviéndose, se encaminó lentamente otra vez hacia el tabique de madera. Acercó el oído a él, tratando de contener el sonido de sus propios latidos, y mientras escuchaba, el dolor en su frente quedó relegado, carente de toda importancia. Muchas veces en su vida había sentido temor, pero nunca como en aquel momento, al escuchar los ruidos tras de las tablas.

Diminutas pataditas, ruidos leves como los del papel de lija sobre madera sin desbatar o la lluvia cayendo sobre la hierba. Retrocedió el tiempo y se vio de pie, en su sala de los Laboratorios Centrales, observando a las ratas infectadas y anotando sus observaciones en un bloc. «Durante siete horas después de la infección no se observó cambio alguno aparente en el animal, pero luego siguió un período de tres horas de intensa actividad física, agresión y ansia de escapar.»

—¿Eso dijo, querida? ¿«Les doy la libertad»?

Acercóse a Tania y de súbito la atrajo hacia él, sintiendo una gran fuerza y tranquilidad al contacto de su cuerpo. Siempre imaginó que había pasado por los peores terrores que la vida puede ofrecer, mas ahora sabía que estaba completamente equivocado. Aquellas cosas tras el tabique eran algo atroz e incluso, mientras escuchaba, el ruido iba en aumento. Diminutas pisadas sobre un suelo de piedra, dientecillos amarillos destrozando la madera, y, de vez en cuando, acompañado de un chillido; un miasma, una enfermedad del suelo, una visita de las estrellas para conmocionar la Tierra y conducir a los animales al mundo de los hombres. La luz de la lámpara osciló sobre aquella cosa en el altar y el rostro de latón se contrajo con una sonrisa de triunfo.

—Sí —dijo, apretando más contra sí a Tania—. «Les doy la libertad y una de esas pequeñas pestes me muerde.»

Gregor Petrov despedía un fuerte olor a lirios del valle, pero al menos en su auto se estaba caliente. Kirk se recostó cómodamente bajo la ráfaga de un inmenso calentador en la parte trasera del coche. Sonrió aprobadoramente al ir dejando atrás los deprimentes suburbios de Berlín Oriental.

Sí, ahora todo se arreglaría. Volvía al trabajo que comprendía, se estaba ganando su sueldo y todo iba sobre ruedas; a pesar de que el último informe sobre la epidemia fuera el peor. Por todas partes disminuían vertiginosamente las existencias de la vacuna, habían surgido casos nada menos que en París y a Londres había llegado policía de las provincias para controlar a las muchedumbres. A través de las ventanillas del auto, Kirk pudo ver una larga fila de rostros tensos haciendo cola en la nieve ante un centro de vacunación. Nada de ello le preocupaba. Su idea respecto al código Morse dio fruto, Gustav Behr había hablado y tanto él como Petrov se dedicaban de nuevo al trabajo que conocían a fondo.

Sí, *a chacun son métier*, cada uno a lo suyo. El dicho se agitaba agradablemente en la mente de Kirk acompasado al ronroneo del motor. Hasta hacía sólo unos minutos se había sentido terriblemente inútil, mas ahora se había hecho de nuevo cargo del asunto y todo saldría a pedir de boca. Behr había hablado, la corazonada de Levin había resultado acertada y ya estaban al corriente de todos los movimientos del niño Fenwick. El nombre de Clever Gretel era Gretel Arnim o Von Arnim, y durante años había sido la figura clave en la organización de fugas. Su contacto en Berlín

Oriental era un individuo llamado Adolph Wolner, y al día siguiente de la desaparición de Billy Fenwick, Wolner había ido a Rudisheim a recogerlo. Aquello era cuanto Behr les dijera antes de morir; era suficiente. La Policía se encontraba ya a la búsqueda de Wolner, y él y Petrov se dirigían a hacer una visita a Clever Gretel. Era un fastidio el tener que ir personalmente, pero dadas las circunstancias se había considerado necesario hacerlo. Lo realmente importante era que volvía a realizar su propio trabajo y hacía algo útil. Miró a Petrov y, como si ambos leyeran mutuamente sus pensamientos, sonrieron.

—Nos espera una larga jornada, amigo mío. Me pregunto si no podríamos pasar el tiempo agradablemente. —Petrov sacó una pequeña caja aplastada de su bolsillo—. Esta es una de mis aficiones y creo haber oído que también lo es suya.

Abrió la caja y las piezas de ajedrez lanzaron destellos al pasar el coche bajo un letrero iluminado en el que se leía: «El Frente de Trabajadores contra la Guerra.»

—¿Le gustaría jugar una partida?

—Mucho. —Kirk le devolvió la sonrisa—. Sólo espero ser lo suficientemente bueno para jugar con un ruso.

—¡Ah, sí! Nuestro vicio nacional, ¿no? De todas formas, no soy más que un aficionado ruso.

Cogiendo dos peones los frotó entre las manos.

—Y para hacerlo más interesante, ¿no podríamos apostar sobre el resultado? Los detalles de su computadora de descifrado contra el nombre de cierto físico británico que tiene la intención de desertar a nuestro lado en muy breve plazo... No, claro que no. Era sólo una broma. El ajedrez es una cuestión demasiado seria para mezclarla con semejantes trivialidades.

Dio al conmutador de la luz interior y colocó el tablero sobre el asiento entre ellos. El chófer les miró algo confuso a través del espejo retrovisor.

—Y ahora, ¿empezamos? Sí, usted inició su carrera militar en la caballería, así que me enfrentaré con usted en su propio terreno.

El ruso sonrió al levantar su caballo y luego ambos dejaron de sonreír. En aquellos momentos solamente importaba el juego, y ninguna de sus dos mentes, agudas y experimentadas, pensaría en otra cosa hasta que uno de ellos diera jaque mate.

Iba a morir y su muerte sería horrible, pero ¿qué importaba? Karl Arnim rió al tiempo que subía al auto de Tania. Se merecía una muerte horrible, toda la Humanidad se la merecía y él iba a caer como una bomba; como un conquistador con un ejército de cadáveres alrededor de su pira funeraria.

Sí, allí estaban los cables. Los muy estúpidos se habían llevado las llaves de contacto, mas no le llevaría mucho tiempo hacer una conexión: «¿Qué importaba...? ¿qué importaba...? ¿qué importaba...?» Tarareaba mientras sus dedos arrancaban los

cables del interruptor y empezaba a enlazarlos juntos.

Una bomba, una grande e inmensa bomba que no estaba dispuesto a desperdiciar en los solitarios campos de Rudisheim. Iba a explotar donde en realidad causara graves daños, en las concurridas calles de Berlín Occidental, donde las estaciones del Metro arrojaban incesantemente multitudes, y grupos familiares se sentaban en las terrazas de los cafés en Kurfürstendamm. Allí era donde plantaría su bomba. «Perdón, señora, ¿le eché mi aliento?» «Perdóneme, por favor, caballero. Se trata de un desafortunado defecto físico. Al hablar escupo ligeramente.»

«¿Queréis vivir eternamente, perros?», había preguntado Federico el Grande a sus soldados. Pues bien, ahora ya nadie viviría mucho tiempo. No mucho más de lo que vivirían Marcus Levin y la muchacha rusa una vez que las ratas hubieran destrozado aquella barrera.

Y de cualquier forma, ¿cuánto tiempo viviría aún él? Diez horas..., ¿acaso doce? La herida en su mejilla había dejado de sangrar y ahora le dolía realmente. Ya empezaba a sentir la materia en su riego sanguíneo, envenenándole, matándole. De todas formas diez horas le daban tiempo más que suficiente para realizar lo que tenía que hacer.

Sin embargo, no era culpa suya. Nada fue culpa suya. En un principio jamás deseó ser malvado. Sólo que durante toda su vida todo le había fallado. Mutti le había prometido tantas cosas y ninguna de ellas llegó a ser nunca realidad. Que sería pastor como su padre y su abuelo. Que se doctoraría en medicina. Que viviría con todos los honores. «Mentiras, mentiras, mentiras.» Aulló las palabras al apretar el pedal de arranque, y luego sonrió cuando el motor empezó a zumbear alegremente.

Claro que Mutti debía de estar ya muerta. Dijo que se mataría una vez que él le hubo contado lo ocurrido, y aquélla era una promesa que no rompería. Tonta Mutti; tonta y malvada Gretel von Arnim. La había querido tanto, pero merecía morir. «Tú y yo, Karl. Tú y yo, querido; siempre juntos.» Aún podía oír su voz y sentir sus brazos alrededor de él mientras arriba, en el pequeño y agobiante dormitorio, yacía su padre tosiendo hasta morir. «Mi hijo puede hacer lo que quiera. Mi hijo no se encuentra limitado por leyes ni prejuicios.» Sólo por aquella noche ella merecía morir mil veces.

Y ahora, una vez más le fallaba. Todo el mundo le fallaba. Una vez que Levin se hubo ido, ella le gritó y se enfureció con él; le dijo que había traído al mundo un monstruo y que no quería seguir viviendo. Bien, acaso tuviera razón, mas fue ella quien hizo de él lo que era, desertando luego. Durante años su trabajo con la organización de fugas había acaparado todas sus energías, y les había ido apartando paulatinamente. Claro que aquello ahora le sería útil. Tomó un plano rudimentariamente diseñado de la ruta y lo estudió a la luz del tablero de mandos. Una tienda vacía en Fruchstrasse, con una pared falsa en el sótano ocultando un corredor que desembocaba en un túnel de ferrocarril abandonado que se prolongaba hasta el sector británico. La misma ruta por la que condujeron a Billy Fenwick.

¡Maldito Billy...!, ¡mil veces maldito! Fue precisamente Billy quien lo destruyó todo. Al principio él se había ofrecido a ayudar, a llevar al muchacho a Otto en Helmstedt, pero Mutti no lo había querido así. Era como si ya no confiase en él, y parecía haberse vuelto loca con el niño, mimándole todo el tiempo, arrullándole. Y luego él había llevado a Billy a la cripta mostrándole la reliquia y el muchacho se echó a reír, como si estuviera contemplando algún juguete divertido. Fue en aquel momento cuando supo lo que era el sentirse poseído; como si alguna otra persona hubiera cogido el cloroformo y sujetado los hombros del niño contra la jaula de las pulgas; como si alguna otra persona, al volver en sí Billy hubiera alzado la visera y una voz extraña hubiera dicho: «¿Te gustan los cuentos de hadas? Entonces mira uno. Ven y contempla a Iron Hans, que si lo dejamos suelto puede destruir al mundo.»

Parecía como si todo aquello hubiera sucedido hacía mucho, muchísimo tiempo. Al ser bombardeada la iglesia, recogió la reliquia ocultándola; debía protegerse aquella «interesante curiosidad histórica», como la llamaban las guías turísticas. Luego, un día, mientras la pulía, había descubierto las estrofas y la forma en que se abría. No necesitó ni siquiera un día para descubrir que aquellas cosas que mataran a Rudolph von Gunter, estaban aún vivas.

No obstante, él no quería hacer daño a nadie. Lo que le gustaba era el sentido de la propiedad. La seguridad de que estaba allí; de que Karl Arnim, el fracasado, el guardabosques, el hombre que cometiera un pecado que jamás le sería perdonado, tenía en sus manos algo tan poderoso como una bomba atómica. ¡Y entonces, aquel condenado chiquillo se echó a reír!

Se preguntaba si encontrarían alguna vez a Marcus Levin y a la muchacha rusa. Probablemente, no, porque no quedaría nadie vivo para buscarlos. Claro que el primer eslabón, el eslabón original podría ser dominado. Reaccionaba ante la inmunización normal del Pasteurella y no tardarían mucho en encontrar un antibiótico capaz de aniquilarla. Pero la segunda forma, la plaga que él perfeccionara y fortaleciera, infectando con ella a las ratas, ésa nadie podría eliminarla. «Perdóneme, caballero. ¿Le resulta molesto mi aliento?» Rió entre dientes al considerar su explicación. «Mi cuerpo se está corrompiendo, porque al abrir las jaulas una de aquellas pequeñas pestes me mordió.» Paró bruscamente, con la visión borrosa por el dolor.

«Quisiera... quisiera... quisiera...» Karl puso en marcha el coche y lanzó una mirada postrera por la ventanilla posterior. Los árboles oscurecían su visión de la casa, pero él sabía que estaba allí; acogedora, cálida e infernal. Siempre seguiría allí, igual, hasta que la muerte la borrara de su recuerdo.

—Quisiera, quisiera al menos una vez... sólo una en mi vida... haber dormido con una mujer que no fuera mi madre.

Soltando el pedal se alejó; una roya deslizándose por la limpia nieve hacia el mundo de los hombres.

A juzgar por el ruido, debía de haber montones de ellos tras aquel tabique, incluso un centenar y, mientras durara el período de actividad, aquellos seres atacarían a cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Todo temor se había extinguido ante el dolor y la enfermedad y estaban enloquecidos. El olor del hombre incrementaría ciertamente su furia.

Pero ¿cuánto tiempo habría transcurrido desde que fueron infectados? ¿Cuánto tiempo duraría el período activo? Si al menos hubiera algo donde pudieran subirse, acaso tendrían una oportunidad. Marcus amontonó los últimos libros a lo largo de la pared y, al hacerlo, pareció aumentar el ruido de madera destrozada. Además, no tardarían mucho en quedarse a oscuras. Ya se había apagado una de las lámparas y Tania, tras comprobar las otras, observó que en todas ellas el nivel del aceite se encontraba muy bajo. La pila de la linterna también estaba casi consumida.

No, el altar y las estanterías de nada servían; tableros delgados, unidos por finos listones, incapaces de soportar su peso. Además, las ratas no tenían dificultad alguna para trepar por la madera.

—Tiene que haber una salida. Tiene que haberla. —Los dedos de Tania se aferraron a su brazo—. Probemos otra vez con la puerta, Mark. Si los dos juntos intentásemos levantarla...

—No, de nada serviría.

Movió negativamente la cabeza mientras contemplaba la carcomida tabla con la que intentaron hacer palanca en la puerta para sacarla de sus goznes. Les era de la misma utilidad que una cerilla de madera.

—Lo que tenemos que hacer es tratar de contenerlos por algún tiempo. Probablemente tan sólo dos horas o incluso menos.

Trató de dar a su voz un tono confiado, mas al desconocer el momento en que Arnim infectara a los animales, no podía estar seguro de nada. De lo que sí estaba absolutamente seguro era de lo sucedido al final. Tras la emisión de radio y la visita de ellos... una vez que su madre le sacara toda la verdad, Arnim se dio cuenta de que todo había terminado y debió de bajar a destruir las pruebas. Al hacerlo así, seguramente les oyó llegar y para asestar un golpe final contra la vida, aquella idea surgió automáticamente en su mente enloquecida. Y abrió las jaulas. «Una de esas pequeñas pestes me ha mordido.»

—No, no será por mucho tiempo. Al cabo de tres horas el organismo se viene abajo. Además, al no aparecer nosotros probablemente la Policía empezará a buscarnos.

Una vez más luchó por dar un aire veraz a su mentira. Para entonces, Goltz y Braun habrían olvidado probablemente todo el asunto y se encontrarían roncando

pacíficamente junto a sus opulentas esposas.

Todo aquello era absurdo. Simplemente no podía ocurrir; no a él. Una ira e incredulidad súbitas se mezclaban a sus temores. No podía ocurrir. Él era Marcus Levin. Una vez fuera publicada la tesis sobre el virus *Enterin*, sería candidato seguro a un premio Nobel. Si estuviera destinado a morir antes de tiempo, ya habría ocurrido; en Polonia, o en Belsen, o con Rachel en la selva vietnamita. Era imposible que desapareciera ahora. Miró a Tania y supo que aún había otro motivo por el que no podía morir.

—Mark, Mark, mira allí... en el rincón.

Su voz fue subiendo de tono hasta convertirse en un grito y Marcus vio oscilar, bruscamente hacia adelante, uno de los libros. Arrancó un listón del altar, tropezando con la reliquia al hacerlo, y se lanzó hacia las estanterías golpeando por el hueco entre el tabique y el lomo de piel del libro. Bajo el listón algo chilló, se retorció, pataleó hacia arriba y luego se desplomó.

—Esa es una por la que ya no tendremos que preocuparnos.

Al tiempo que así hablaba oyó a Tania gritar de nuevo y otro libro empezó a oscilar. Era precisamente en la parte más alejada del tabique, demasiado distante para que él pudiera llegar, y con una acción rápida e impensada, sacó la lámpara más cercana de su soporte, lanzándola en dirección al libro. La parafina ardió formando una línea naranja, pero como era escasa al cabo de un minuto fue extinguiéndose hasta convertirse en un sofocante humo gris.

—Las has detenido, Mark. Realmente las has detenido. —Tania recorrió con su linterna la pared—. Escucha.

Aparte de sus propias respiraciones, en la habitación reinaba un silencio absoluto.

—Las he detenido por un rato. Pronto volverán. De todas formas, tú tienes una probabilidad.

El fulgor de la parafina le había mostrado un nicho en el muro, hasta entonces oculto por las sombras, y a él se dirigió. Era muy pequeño, probablemente destinado a contener una estatua, pero en él podía introducirse una persona y ninguna rata treparía por aquellos sesenta centímetros de obra de albañilería.

—Trata de introducirte ahí, querida.

—¿Y permanecer ahí inmóvil, viendo como mueres? —Negó con la cabeza—. No, lo siento, Mark; no puedes pedirme que haga eso. Hay espacio para uno solo de nosotros, y yo me quedo aquí contigo.

—Muy bien, si eso es lo que quieres. —Dando la espalda al nicho se dirigió hacia ella, encogiéndose de hombros—. Gracias, Tania. Y si llegamos a salir con bien de esto, hay algo que me gustaría que recordaras. Aunque sólo hace unas horas que nos conocemos, creo que estoy enamorado de ti.

Le alargó la mano izquierda y, al tocarle sus dedos, descargó el puño derecho con todas sus fuerzas contra la barbilla de ella.

—Lo siento, preciosa, pero tal vez tu marido me lo agradezca algún día.

Marcus alzó el cuerpo inconsciente hasta el nicho. En él sobresalía un gancho de hierro herrumbroso y, quitándose la corbata, la sujetó por la cintura a él. Sonrió tristemente al hacer el nudo con la original divisa de los bastones de montañero cruzados. Se había sentido muy orgulloso cuando le pidieron que fuera miembro de «El Vagabondo Club». Entre los miembros actuales figuraban dos ganadores de premios Nobel, un cardenal católico, un ministro y el Arzobispo de Canterbury.

—Bien, por lo menos uno de nosotros queda fuera de combate.

Se miró la mano derecha. Tenía un profundo corte en la palma del que brotaba la sangre. Posiblemente se lo había hecho al arrancar el tablón del altar. Contemplando el líquido rojo le acudió a la mente un verso de Housman. Cuando por primera vez llegó a Inglaterra le pareció que aquella gente carecía de emociones, hasta que empezó a leer su poesía.

«Y aquí hay una mano ensangrentada que estrechar, —dijo en voz alta en la habitación casi silenciosa—. Y también, ¡oh, amigo! el adiós. Ya no volveremos a sudar sobre guadaña o rastrillo, mis manos ensangrentadas ni yo.»

Y pronto llegaría el adiós. Ya se había esfumado la última espiral de humo y el ruido empezaba de nuevo. Al principio parecía más tranquilo y sordo que el anterior, mas luego fue aumentando paulatinamente el volumen, como si los animales hubieran adquirido nuevas energías durante el período de inactividad. Junto a él, una de las tres lámparas restantes osciló extinguiéndose y le pareció escuchar una parodia del eslogan televisivo burlándose de él: «Es tu muerte, Marcus Levin.»

Pero allí... hacia allí. Marcus agarró el listón al caer otro libro de la estantería. Aquella rata había logrado salir de su prisión, arrastrándose a través de un agujero roído en la madera y le miraba maligna, con ojos enrojecidos y torturados. Atacó con su listón, rompiéndole el espinazo, pero ya había otra rata junto a ella y ésta no se detuvo. Se lanzó hacia él formando un arco, aferrándose con los dientes al listón y sacudiéndolo como hubiera podido hacer un bulldog. La tiró violentamente al suelo, viéndola escurrirse en busca de cobijo, sabiendo que otra la seguiría, y luego otra, y otra. Sin embargo, no podía concentrarse en otra cosa que en matar a la primera. Ni siquiera oyó el ruido a sus espaldas; pisadas precipitadas en la escalera, la puerta abriéndose de golpe y los disparos. Ni siquiera vio el foco de luz. Seguía golpeando ciegamente a la rata hasta que ésta volviéndose saltó hacia él. Se encontraba tan sólo a unos centímetros de su garganta cuando la tercera bala de Gregor Petrov la mató.

—Sí, puede decirse, literalmente, que llegamos en el momento justo, *sir* Marcus. En el momento final, ¿eh? —Kirk le miró resplandeciente—. Me recuerda algo de aquella historia de H. G. Wells *El alimento de los dioses*. ¿No recuerda? Cuando oyen gritar a los vendedores de periódicos «Estupendas ratas se comen a un doctor.»

—Sí, supongo que podría traer a la memoria algo semejante. —A Marcus, aquella observación le pareció de pésimo gusto y sin la menor gracia. Habían transcurrido dos

horas desde que Tania y él fueran rescatados, siendo parcialmente reanimados con *brandy* en el hotel local. Ahora, al encontrarse de nuevo en la escalera que conducía a la cripta, sintió una vez más invadirle la náusea—. Si uno tiene un sentido del humor especialmente perverso.

—Lo siento, amigo. Muy mal gusto, ¿verdad? —Kirk, olfateando, se volvió hacia el jefe de la unidad de descontaminación, enviado especialmente desde Magdeburg—. Supongo que ya no habrá peligro, ¿verdad?

—Ninguno en absoluto, *Herr* General. —El hombre dio un taconazo y pronunció sonoramente la graduación—. Hemos inundado el lugar de cianuro potásico, matando cuanto pudiera haber. Después, los extractores han estado actuando a fondo y ahora la atmósfera está completamente purificada.

—¿De veras? —Petrov enarcó las cejas—. Más vale que así sea, camarada, o preveo un futuro en extremo miserable para usted y los suyos. Bien, caballeros, ¿están preparados?

—Supongo que sí.

Pese a un esbozo de sonrisa en el rostro de Kirk, Marcus cogió a Tania del brazo y empezó a bajar los escalones. Arriba, en el abovedado techo de la cripta había una bombilla eléctrica que antes no descubrieron y a su luz pudo distinguir la reliquia en el suelo, el tablón que salvara su vida y los cuerpos muertos de las ratas. Ahora parecían absolutamente inofensivas... sólo unos montoncitos de piel marrón y gris, sin la menor relación con aquellas cosas que se lanzaron sobre él chillando.

—Sí, Arnim se hizo un estupendo laboratorio.

Habían forzado la puerta del tabique y tras ella encontraron una habitación. Sobre el suelo aparecían más ratas muertas, en el centro había una gran jaula hecha de alambre y a lo largo de las paredes, bancos con toda una serie de equipos científicos.

—Además, debe de haber trabajado intensamente.

La mirada de Marcus reflejaba admiración al contemplar los aparatos. Aparte de un microscopio moderno, todos los demás eran terriblemente primitivos, y algunos incluso parecían hechos en casa. Los examinó brevemente y luego abrió un libro que se encontraba al final del tercer banco. Las notas de Arnim.

—Sí, ya veo. —Enrojeció excitado mientras leía la fina caligrafía—. De manera que es eso. Lo hemos tenido todo el tiempo ante nuestras narices y ni siquiera nos hemos molestado en ensayarlo. *Histocyna* 2.

—¿A qué se refiere, amigo? ¿Encontró algo importante?

—Sí, creo que puede considerarlo importante, general. —Marcus asintió sin levantar la cabeza—. Existe una droga capaz de matar el bacilo. Según Arnim no tiene resistencia ante la *Histocyna*.

Siguió hojeando las notas.

—No parece existir duda alguna sobre ello. Utilizó todas las pruebas estándar dando resultado en cada caso. Una vez que se inicie la producción, ya no tendremos por qué preocuparnos más de este pequeño monstruo. Curse esto inmediatamente a

todas las autoridades médicas, ¿quiere? —Marcus garrapateó una nota y se la entregó a Petrov—. Y no nos culpe demasiado por no haberlo descubierto nosotros mismos. Histocyna fue uno de los primeros antibióticos, desarrollado en Holanda poco después del descubrimiento de la penicilina. Se consideraba solamente efectivo en ciertas dolencias localizadas, por ejemplo: infecciones del *sinus*, y en la actualidad su uso es muy escaso. Supongo que la habríamos ensayado en algún momento dado, mas en todo caso como último recurso. —Eché una ojeada a las notas del bloc—. Después de todo, Arnim ha estado estudiando el bacilo durante quince años.

—No se preocupe, *sir* Marcus. Nadie va a criticarle. —Petrov entregó la nota a uno de los policías—. Su razonada respecto a este lugar fue acertada y le ruego acepte mis congratulaciones.

Se enjugó la frente con un pañuelo de seda.

—Bueno... parece que todo va a normalizarse de nuevo. Esa... esa materia a la que se refiere parece que detendrá la epidemia y ya no hay nada de qué preocuparse. Puede irse a casa, ¿eh, general?, y empezar a entenderse con mi sucesor. Por mi parte espero un largo y bien merecido retiro. Gracias.

Otro policía entró presuroso en la habitación y Petrov cogió prestamente el mensaje que le entregara.

—¡Ah! Muy bien. —Sonrió mientras leía—. Han localizado ya a ese hombre, Adolph Wolner, que condujo al niño a Berlín Occidental. Por alguna jugarreta de la suerte, no está contagiado. Todavía no nos ha dicho cuál es la ruta de fugas, pero, indudablemente, confesará tan pronto como pase algún tiempo con mis muchachos. Y cuando haya hablado pondremos punto final a esta cuestión de las fugas, de una vez por siempre.

Pasada la crisis, Petrov volvía a sus problemas rutinarios.

—Pero ¿y qué hay de Arnim? ¿Ha recibido alguna noticia?

—Hasta el momento no; de todos modos, no se preocupe. Pronto lo encontraremos. Se ha hecho circular una descripción completa y se han bloqueado las carreteras. Es sólo cuestión de tiempo el que se abata a *Herr* Von Arnim, como gusta llamarse igual que..., ¿cómo dicen ustedes...? que a un perro rabioso.

—Sí, bastante rabioso, aunque también inteligente.

Marcus seguía leyendo las notas y en su mente empezaba a diseñarse una imagen en extremo agradable. Una serie de conferencias, una nueva citación en la lista honorífica; en realidad, un futuro color de rosa. Miró a Tania y sonrió. Era demasiado viejo para ella y formarían una pareja desproporcionada. Desde luego su ama de llaves, *Mrs.* Armstrong, que era una empecinada conservadora, mostraría también su absoluta desaprobación. ¡Al diablo con la edad! ¡Y al diablo también con *Mrs.* Armstrong! No le quedaría otro remedio que acostumbrarse a la idea. Recordaba su canturreo cuando se dirigía a Richmond y casi empezó a tararear de nuevo el estribillo. Luego volvió otra hoja y todo oscurecióse de nuevo.

—No, no, Dios mío, no. Permite que haya fracasado... por favor, haz que haya

fracasado.

La escritura parecía retorcerse y emborronarse ante los ojos, pero allí estaba. *15 de octubre de 1961... Hoy he comenzado experimentos para ver si es posible producir una cadena resistente al suero normal Pasteurella. El doctor Runeberg, que tiene que agradecer a mi madre el traslado de su hija a Occidente, ha prometido obtener para mí suministros de suero...* Seis páginas de fechas y cifras y al fin tres líneas en apretada escritura: *Lo logré. Ahora hemos de ver si puede producirse la inmunidad a la Histocyna 2. La clave puede ser mediante radiación intensa. Lo intentaré primero con ultravioleta.*

—Sí, ésa puede ser una posibilidad.

Sobre la estantería, encima del banco, Marcus podía ver un anticuado instrumento que semejava una linterna mágica. Disponía de carbones de batería en calidad de elementos combustibles y el reflector parecía tomado de una estufa eléctrica. Aun cuando parecía un trabajo terriblemente chapucero y de aficionado, no le cabía la menor duda de que allí estaba la potencia. Consultó de nuevo las notas y en su vida jamás había suplicado con tal fervor.

Fracaso... fracaso. En cada página, durante semanas, meses y años, estaba la palabra garrapateada en lápiz rojo, cubriendo las notas. Marcus, contemplándola, sintió renacer la esperanza. *Enero-Agosto-Noviembre-1961-63-64-Fracaso, fracaso, fracaso.* Luego, casi al final del libro, fechado aún no hacía una semana, la inscripción que aniquiló toda su esperanza. *Ahora ya deberá ser perfecto y tengo suficientes sujetos para hacer una prueba exhaustiva.*

En efecto, había tenido suficientes. Marcus, levantándose, miró hacia la jaula. Estaba dividida en docenas de particiones, pero todas podían quedar abiertas, de ser necesario, con una sola manivela. Junto a ella había otra jaula pequeña, de una redcilla muy fina de alambre y en el suelo lo que parecía un montón de polvo. Ninguna de las dos era ya importante. El cianuro había matado a ratas y pulgas y sólo quedaba un portador. Al soltar Arnim las ratas, «una de las pequeñas pestes me mordió».

—Lo siento, señores. —Marcus volvióse hacia Kirk y Petrov—. Pensé que todo había terminado, pero estaba equivocado... completamente equivocado. —El solo esfuerzo de hablar resultaba casi demasiado para él—. Arnim produjo un mutante, ¿comprenden?, una especie sobre la que el suero de la Pasteurella no produce efecto alguno, siendo también resistente a la Histocyna. Él mismo ha resultado infectado.

—¿Sólo él? ¿Sólo Arnim? —Petrov sonrió tranquilizador—. Entonces no se preocupe, *sir* Marcus. La Policía tiene su descripción y...

—Y lo abatirán como a un perro rabioso, como ya dijo antes.

Marcus sacudió la cabeza e intentó imaginarse lo que podía ocurrir. Si solamente herían a Arnim y se introducía vacilante entre la multitud de mirones... Si una bala le rozaba recalando en otro objetivo, manchada con su sangre envenenada... Si un perro policía husmeara su aliento antes de que muriera...

—Me temo que tendrá que cambiar sus instrucciones a la Policía, *Mr. Petrov*. Arnim es un portador y su única ambición será transmitir su enfermedad a otros... Esa es una actitud bastante normal entre las personas cuerdas y él es un sicópata. Samuel Pepys informaba que durante la Plaga de Londres: «Las personas infectadas lanzaban su aliento a las personas sanas que pasaban junto a ellas.» No, diga a su Policía que no interfiera con Arnim hasta que no lo tengan situado de forma que no puedan fallar... donde no exista la menor posibilidad de que escape. Ahora ya no se trata de *matar* a Arnim. Hay que destruirlo totalmente.

Parecía casi como si le estuvieran evitando. Como si supieran lo que podía hacerles y se mantuvieran apartados de su camino; evitándole como a la peste. Karl hizo una mueca, en parte ante la idea pero también para ahogar el dolor; apretando los dientes y tratando de dominar el estremecimiento que le recorría el cuerpo.

Sí, casi como si lo supieran. Poco después de Magdeburg tropezó con el primer puesto de bloqueo. Dos coches de policía aparcados junto a la cuneta y sus ocupantes de pie en la carretera con metralletas bajo el brazo. Estaba seguro de que tratarían de detenerle y estaba ya preparado para arremeter; sin embargo, uno de ellos le hizo ademán de que pasara. Y, después de todo, ¿por qué habrían de detenerle? Nadie podría afirmar que no era un ciudadano perfectamente respetable. Ni Mutti, ni Marcus Levin ni la muchacha rusa. Nadie podía acusarle de nada.

De todas maneras, después de aquello se había mostrado más cuidadoso, tomando por carreteras de segunda y acercándose a la ciudad desde el Sudeste. En Friedrichshain había dejado el auto en una calle lateral, porque en el centro de Berlín los vehículos particulares llamarían seguramente la atención, y también porque necesitaba andar; sentir aire limpio en sus pulmones, y la nieve, que empezaba a caer de nuevo, refrescara su ardoroso rostro.

Fue poco después cuando tuvo su segundo encuentro con la Policía. Eran tres, un sargento y dos policías jóvenes que se dirigían lentamente por la calzada hacia él. Estuvo casi a punto de echar a correr, mas el sargento dijo algo a sus compañeros y atravesaron la calle; otra vez como si lo supieran.

Y acaso fuera así. Tal vez un sexto sentido en sus mentes estúpidas y animales les hubiera avisado que se guardaran de él. Resultaba agradable pensar aquello y también imaginárselos muriendo, corrompiéndose; como él empezaba a corromperse. De alguna forma extraña casi se sentía ofendido de que no hubieran tratado de detenerle.

Después de la Policía llegaron los borrachos. Cinco horribles borrachos de los de «mañana podemos morir», tambaleándose por el centro de la calle. Uno de los hombres se había detenido para vomitar en la alcantarilla y las dos mujeres aullaban una canción obscena. No obstante hacer un frío glacial, pudo ver que una de ellas llevaba la blusa abierta, dejando ver la carne desnuda.

Sí, aquello de «mañana podemos morir» era exacto y sintió cariño por ellos, porque se comportaban exactamente como se supone que lo hace el animal humano... En el Medioevo se consideraba la actividad sexual como preventivo contra la peste, y aquellos borrachos respondían exactamente al patrón tipo. Le hubiera gustado acercarse a ellos, alzar un brazo para tranquilizar a las vociferantes prostitutas y gritar: «Os bendigo, criaturas mías. Yo os he hecho lo que sois.»

Luego llegó al centro de inmunización cerca de Ostbahnhof. Sobre la nieve se

extendía una larga cola que avanzaba lentamente. Era una cola en extremo ordenada, porque una patrulla de Policía los vigilaba, pero en cada rostro se leía patente la tensión, pese a las palabras tranquilizadoras que se emitían a través del altavoz. «No existe motivo de alarma... el único peligro lo constituye el pánico... La Unión Soviética envía por avión amplias existencias de vacuna... es cuestión de horas el que la epidemia quede bajo absoluto control...»

Y eso era bastante verídico. Karl hizo un ademán de asentimiento mientras escuchaba. Pronto no existiría el menor peligro. La vacuna prendería y no transcurriría mucho tiempo antes de que alguien como Marcus Levin diera con la Histocyna y la epidemia sería aniquilada. Sin embargo, tan sólo la cadena original. Se tardaría mucho, muchísimo tiempo antes de calibrar a la segunda criatura... la que él fortaleciera y perfeccionara y que en aquellos momentos viajaba por su riego sanguíneo. Una vez más sintió el deseo de ir hasta ellos, de decirles quién era, pero, conteniéndose, se alejó. No asestaría su golpe contra aquellos pequeños y patéticos grupos, sino entre las presurosas y agolpadas multitudes del Oeste.

Al fin había llegado: Fruchstrasse, una calle sucia y pequeña, con la mayoría de sus edificios deshabitados y aún visibles las marcas de los bombardeos. La tienda que buscaba se encontraba en la próxima esquina, con un letrero en la fachada en el que se leía: «Cristal y Novedades.»

Antes de que levantaran el muro, debían de venderse en ella ceniceros ornamentales, diminutos animales de cristal y jarras de cerveza que tocaban una canción al levantarlas de la mesa. Ahora hacía años que estaba cerrada y sólo la visitaba la gente que conocía su secreto. En las tablas cruzadas sobre el escaparate había un pasquín anunciando algún acto deportivo en el Volkspark: dos muchachas, altas y bronceadas, saltando vallas. Karl se las quedó mirando por un momento y luego extendió su mirada por la calle. Estaba completamente solo y no había motivo para apresurarse. Las seis de una hermosa y clara mañana, la nieve derritiéndose y el comienzo del alba por el Este. Lo que le interesaba era de ocho a nueve. Entonces las multitudes empezarían a invadir las estaciones de Metro y él se encontraría entre ellas... Se dirigió hacia la puerta, detúvose y contempló el cartel como si se sintiera profundamente atraído.

—Quisiera —dijo a la calle vacía, al aire helado y al descolorido y roto cristal—, quisiera haber conocido, aunque sólo hubiera sido una vez, a alguien como una de vosotras.

Empujando la puerta se encaminó hacia su destino.

Desde que salieran de Rudisheim la radio del auto había quedado ahogada por las perturbaciones atmosféricas y el altavoz ya resultaba casi inútil. El operador se encontraba encorvado junto al conductor con los auriculares encasquetados y garrapateaba sobre un bloc lo que lograba captar, pasando luego cada mensaje a

Petrov. La lectura del último hizo fruncir el ceño al ruso, que sacudió la cabeza.

—Bien, espero que estemos haciendo lo adecuado, general —explicó—. Como sabe, Arnim llegó al puesto de bloqueo en Lenzfeld poco después de las tres y, siguiendo las instrucciones, no se hizo el menor intento por detenerle. Ahora sabemos que dejó el auto en Friedrichshain y se dirige al Oeste a pie. —Amonestó a Tania—: Aunque tuvieras mucha prisa deberías haberte acordado de cerrar la portezuela de tu coche.

—Fui yo quien dejó la portezuela sin cerrar, *Mr. Petrov*, y es buena cosa que así sucediera. Si Arnim se hubiera trasladado por medio de algún transporte público o hubiera intentado que lo recogieran en la carretera, ahora nos las veríamos moradas.

—Sí, supongo que tiene razón. —Petrov sonrió a Mark—. ¡Qué frase más original! «Nos las veríamos moradas.» Tengo que acordarme de ella... De cualquier forma, por lo que nos dijo su madre, parece casi seguro que Arnim se dirige a Berlín Occidental. Tan pronto como Wolner nos diga cuál es la ruta, prepararemos el equipo que tan sabiamente nos sugirió el general Kirk y no habrá de qué preocuparse.

Sacando su pitillera ofreció tabaco a todos; el cortés anfitrión ocupándose del confort de sus invitados.

—Y acaso sea lo que estemos esperando. —Apagó su encendedor, al tiempo que el operador le alargaba otra nota—. Sí, Wolner ha hablado como no podía por menos de hacerlo. Estaba seguro de que lo haría si mis muchachos pasaban un rato con él. Parece ser que en Fruchstrasse hay una tienda con una puerta secreta en el sótano, tras la cual han cavado un pasaje que atraviesa las principales alcantarillas, desembocando finalmente en el sistema subterráneo del ferrocarril. Desde que suspendimos el tráfico, las líneas internas de la ciudad están, desde luego, bloqueadas, pero han abierto una salida en una de las barreras. Sin embargo...

Petrov se interrumpió. Había estado sonriendo mientras leía, mas de repente parecía en extremo preocupado. Alargó el papel a Kirk.

—Y eso es todo cuanto sabemos, general; todo lo que Wolner ha podido decirnos. Por razones evidentes, solamente le pusieron al corriente de parte de la ruta.

—Gracias. Sí, supongo que es bastante natural, aunque nos pone en un aprieto. —Mientras hablaba, la deformada mano de Kirk temblaba sobre el brazo del asiento—. Por si llegaban a capturarlo, sólo dieron a Wolner detalles de la ruta hasta su desembocadura en el ferrocarril. A partir de allí los que huían iban acompañados por un agente del Oeste: esa mujer Ruth Eulenburg que ha muerto.

Abrió un plano de Berlín, frunciendo el ceño ante la enorme red de líneas férreas.

—De manera que tendremos que enviar a la Policía tras él.

A Petrov le repugnaba aquella idea. Se imaginaba ya a una escuadra de hombres buscando a ciegas por los túneles. Lo más probable sería que ni siquiera encontrarán a Arnim, pero si lo lograban... si se revolvía contra ellos antes de que le alcanzara una bala mortal...

—Tal vez tenga usted que hacerlo, si es que ya ha llegado a la tienda, pero no me

gusta nada la idea. Como dice *sir* Marcus, lo necesitamos arriba, al descubierto, donde no sea posible fallar.

Kirk inclinóse sobre el mapa, tratando de ponerse en el lugar de Arnim e imaginarse el proceso de su enloquecida mente. Una vez atravesada la barrera que separaba al Este del Oeste, podía ir adonde quisiera; Arnim debía de tener algún punto específico de destino. Inclinóse hacia el operador de la radio.

—¿Es usted berlinés? —dijo alargándole el mapa—. Bien, entonces veamos. A este ferrocarril le llaman «U-bahn» o «Untergrundbahn», pero en realidad se trata de un sistema de tren cubierto, que con frecuencia circula por la superficie. ¿Puede indicarme por este sector los trechos de la superficie? Gracias. —Hizo un ademán de asentimiento una vez que el hombre trazara una serie de cruces sobre el mapa—. Ahora quisiera que tratara de ponerse en contacto con el Cuartel General Militar británico en Charlottenburg. La longitud de la onda es quince punto cinco metros y la contraseña para que contesten es «Cumbres Borrascosas».

Reclinándose de nuevo en su asiento mantuvo el plano desplegado ante él. Si había leído correctamente en la mente de Arnim, el hombre se mantendría bajo tierra hasta el último momento posible y querría hacer su aparición en una gran estación. Aquello descartaba la línea entre la Leipzigerplatz y Yorkstrasse. Y también desde Friedrichstrasse a la Lehterbahnhof. Quedaba sólo una alternativa. Trazó un círculo alrededor de una estación y alargó el mapa a Petrov.

—Sí, creo que ahora es nuestra gente la que tendrá que habérselas con Arnim, y a menos que esté completamente equivocado, ahí es donde deberán esperarle.

Por un momento, Kirk cerró los ojos mientras el operador trataba de obtener la comunicación que necesitaba. Aquél había sido su último movimiento, siguiendo una corazonada como ya antes hiciera Marcus Levin, y una vez cursadas sus órdenes sólo le cabía esperar. Evocó las multitudes que pronto invadirían el sistema subterráneo y rezó con todas sus fuerzas por haber acertado.

—Y si me he equivocado —dijo, en parte, para sí, pero dirigiéndose también a sus compañeros—, si me he equivocado, que Dios nos ayude.

Siete cuarenta y cinco. La pequeña esfera luminosa de su reloj le indicó que había llegado ya el momento de ponerse en marcha y Karl esperaba que no estuviera muy lejos. Ahora su cuerpo apenas era capaz de obedecerle, y sus pies tropezaban y se arrastraban por el suelo del túnel abandonado.

Sí, tenía que hacerlo muy despacio, pues estaba casi acabado. Parecía que hubiera transcurrido toda una eternidad desde que entrara en aquella tienda de la Fruchstrasse, arrastrándose de rodillas a lo largo del angosto corredor y vadeando aguas cenagosas al atravesar la alcantarilla. Pero al fin su linterna había iluminado el enrejado y logró izarse hasta el túnel del ferrocarril.

Fue poco después de aquello cuando llegó la Policía. Tres de ellos dirigiéndose

marciales hacia la barrera de ladrillo, en tanto él se agazapaba tras una columna. Evidentemente, se trataba de una patrulla de rutina, porque se limitaron a iluminar, por un momento, con la linterna el lugar, retirándose luego, al parecer satisfechos, con las mismas fuertes pisadas. ¡Estúpidos! ¡Estúpidos incompetentes! Si tan sólo se hubieran molestado en mirar más de cerca, hubieran observado la finísima línea metálica en la obra de albañilería. La puerta, al ser empujada en cierta forma, giraba mostrando el camino hacia el Oeste.

Clever Gretel, Clever, Clever Gretel von Arnim. Le había destruido. El pecado que cometieron juntos haría consumirse posiblemente su alma en las llamas del infierno al igual que su cuerpo empezaba ya a consumirse, pero sintió hacia ella una admiración inmensa mientras se arrastraba a través de la puerta que ella y sus asociados hicieron. Clever, Clever Gretel.

Ahora ya debía de estar llegando. Entre sus pies, los herrumbrosos clavos empezaban a vibrar y chirriar. A menos de cien metros pudo ver una hilera de luces al atravesar ruidosamente un tren por un empalme. Iluminó con la linterna su mapa. Las líneas de los refugiados habían de mantenerse secretas, incluso en el Oeste, y en ese punto debía de haber un ventilador con una tapa suelta que conduciría a un terreno vacío detrás de la estación. ¡Al infierno los refugiados, al infierno el arrastrarse por ventiladores, aunque hubiera tenido fuerzas para hacerlo! Lo que él buscaba era la propia estación y las muchedumbres mañaneras. Probablemente gente muy seria. Gentes preocupadas pensando en la epidemia, pero todavía tranquilas por el convencimiento de que «no puede pasarme a mí». Sin embargo, les iba a pasar. Sonrió ante la imagen de todos ellos allí de pie, con sus periódicos semejantes a pantallas delante de ellos. Luego, uno entre tantos se volvería y le vería trepar hasta la barrera y... Había una canción de niños que le enseñó su institutriz inglesa, *Miss Steele*. «Atishooo - atishoooo - todos nos caemos.»

Karl tiró lejos el mapa y la linterna, avanzando tambaleante. Tenía la garganta como apergaminada, y, de vez en cuando, se veía obligado a recostarse sobre el muro para recobrar el aliento. «Está bien —pensó—. Ya no está lejos, así que tómalo con calma. Ten cuidado con esa columna y en los empalmes vigila que no llegue algún tren. Te queda ya muy poco camino que recorrer y tienes que hacerlo, pues están esperando tu entrada, esperan la magna representación.» A los clavos herrumbrosos se unieron otros relucientes por el uso y entonces pudo distinguir la estación.

Sí, allí estaba; a pesar de que sus pulmones parecían a punto de estallar por el esfuerzo. A cada paso que daba sentía aquel bulto en su ingle crujir e inflamarse. Quedaba tan poco. Cincuenta metros, treinta, veinte, allí. El andén se alzaba como un risco, pero sus brazos se aferraron a la cima y logró izarse hasta encontrarse de rodillas sobre el borde, sin ver otra cosa, en un principio, que un destello rojo; luego, abriendo lentamente los ojos, contempló el mundo que había ido a destruir.

No, no era verdad. No podía ser real. Sus ojos le engañaban... el veneno que contenía su cuerpo le distorsionaba la visión. Recorrió con la mirada la plataforma

viendo máquinas automáticas de cigarrillos y confituras, anuncios y letreros en los que se leía «Kurfürstenplatz» a lo largo de los muros y un reloj que marcaba las ocho y siete minutos. Pero allí no había nadie, nadie en absoluto. Arnim sacudió la cabeza desconcertado y luego sonrió.

Claro, era eso. En algún punto de la ruta había cometido una equivocación saliendo a otra estación. Una estación fuera de uso, porque sólo comunicaba con el Este y las líneas estaban bloqueadas. Los nombres en los letreros eran solamente una jugarreta de su vista, el ansia de logro impulsada por la enfermedad. En algún punto debió de pasar sin darse cuenta la curva, mas no tenía importancia. Sólo tenía que salir al exterior, a la luz del día, al aire fresco y siempre encontraría gente que aceptara su legado. «Perdone, caballero, me temo que al hablar escupo ligeramente. Es un defecto.»

Con un esfuerzo que le dejó tambaleante y sin aliento, Karl se puso en marcha. Subió arrastrándose de rodillas los escalones hasta el despacho de billetes; más máquinas abandonadas, ningún empleado junto a la puerta, ninguna mujer en el quiosco de periódicos y nuevos letreros burlándose de él: «Kurfürstenplatz». Por fin vio un corredor en cuyo fondo se filtraba la luz del día.

Y, en realidad, un hermoso día. «Un hermoso día para morir», como dijera María Antonieta camino de la guillotina. Bajo un cielo casi limpio de nubes los edificios cubiertos de nieve semejaban pasteles de Navidad. Sus pasteles, los pasteles de Mutti y suyos, los pasteles de Gretel von Arnim, para ser paladeados con deleite, mientras las castañas saltaban sobre la estufa y todo era cálido y acogedor.

Y allí estaban los policías esperando para darle la bienvenida. Docenas de ellos de pie, al otro lado de la calle, con un grupo de soldados delante de ellos. Soldados británicos, «*tommies*». Los mismos soldados vestidos de caqui que le infirieran su herida. No llevaban armas; sin embargo, uno de ellos tenía dos cilindros sujetos a la espalda y en su mano derecha sostenía lo que parecía un trozo largo de cañería. El sargento que estaba a su lado llevaba en su guerrera una hilera de cintas de condecoraciones y en la gorra una escarapela azul, lo que demostraba que pertenecía a un regimiento de categoría.

Bien, un soldado británico sería la primera víctima. Karl permaneció allí sonriéndoles desde la puerta de la estación y luego se lanzó a una carrera tambaleante. «Ahí voy, sargento —pensó—. Ahí voy con mi presente.» Se detuvo al entrar un auto en la plaza y detenerse junto a los soldados. Bajaron cuatro personas. Dos hombres de edad madura, con gruesos gabanes y unos rostros extrañamente semejantes, y tras ellos los fantasmas —los muertos— de Marcus Levin y la muchacha rusa que acudían a contemplar su fin. A su espalda, Karl oyó cerrarse rechinantes las verjas de la estación, cortándole toda retirada, y de súbito comprendió lo que significaban aquellos cilindros.

—No —aulló—. No, no, no, no disparen. Amigo, *Ami, Kamerad*, ¡no dispare, por favor! ¡No quiero hacer daño alguno! ¡Sólo quiero darle algo!

Siguió gritando así hasta que uno de aquellos hombres de edad madura dio una orden, y el soldado, alzando el boquerel de su lanzallamas, apretó el gatillo.



John Blackburn nació en 1923 en el pueblo de Corbridge, Northumberland, Inglaterra, Fue el segundo hijo de un clérigo y hermano del poeta Thomas Blackburn. Asistió al Haileybury College, cerca de Londres, pero su educación fue interrumpida por el inicio de la Segunda Guerra Mundial; la sombra de la guerra, y la de la Alemania nazi, más tarde jugaría un papel en muchas de sus obras. Sirvió como oficial de radio durante la guerra en la marina mercante (1942-1945). Reanuda su educación al finalizar la guerra en la Universidad de Durham, obteniendo su licenciatura en 1949. Blackburn enseñó como profesor durante dos años en Londres y luego un año en Berlín. Se casó con Joan Mary Clift en 1950. Regresa a Londres en 1952 como director de la editorial Red Lion Books. Fue allí donde comenzó a escribir, y el éxito inmediato en 1958 de su primera novela, *A Scent of New-Mown Hay*, le llevó a iniciar una carrera como escritor a tiempo completo. Al mismo tiempo, con su esposa llevaba una librería de viejo, una ocupación que le proporcionaría material para algunas de sus obras, como el libro de misterio *Blue Octavo* (1963).

A Scent of New-Mown Hay significa el punto de partida como eje temático que vendría a caracterizar las veintiocho novelas de Blackburn, en una mezcla convincente de los géneros de ciencia ficción, horror, misterio e intriga.

Muchas de las mejores novelas de Blackburn las escribe entre finales de 1960 y principios de 1970, con una serie de éxitos que incluye *A Ring of Roses* (1965), *Children of the Night* (1966), *The Flame and the Wind* (1967), una novela histórica situada en la época romana, en la que un sobrino de Poncio Pilato intenta descubrir

los hechos acerca de la crucifixión de Jesús.

Nothing but the Night (1968) adaptado en 1973 para el guión de la película protagonizada por Christopher Lee y Peter Cushing, *Devil Daddy* (1972) y *Our Lady of Pain* (1974).

Algo inusual para un popular escritor de terror, las novelas de Blackburn no sólo fueron un éxito de lectores, también ganó los elogios de la crítica: el suplemento literario del *Times* lo declaró «maestro del día del horror comparándolo con los Hermanos Grimm», mientras que la *Penguin Encyclopedia of Horror and the Supernatural* lo consideraba como «sin duda el mejor novelista británico en su campo» y la *St. James Guide to Crime & Mystery Writers* lo menciona como «uno de los mejores novelistas de Inglaterra en la especialidad de la novela de suspense.»

Cuando Blackburn publicó su última novela en 1985, gran parte de su trabajo estaba descatalogado y fuera de impresión. Fue un descuido inexplicable que continuó hasta que la editorial Valancourt comenzó a publicar sus novelas en 2013.

John Blackburn murió en 1993.

Notas

[1] La *Volkspolizei*, traducida al español como Policía Popular, fue el cuerpo de policía de la República Democrática Alemana (RDA). Oficialmente era denominada *Deutsche Volkspolizei* (DVP). Fue creada tras la Segunda Guerra Mundial, recogiendo la tradición de las antiguas *Ordnungspolizei* (OrPo) y *Kriminalpolizei* (KriPo), antiguos cuerpos de policía de la Alemania nazi y la República de Weimar. Sus agentes recibían el apodo de *VoPos* (contracción en alemán de *Volkspolizei*) y, entre otras funciones, los *vopos* fueron los encargados de vigilar el Muro de Berlín. (N. editor digital) <<

[2] Caballero comendador de la Orden del Baño. (N. editor digital) <<

[3] Miembro de la Royal Society. (N. editor digital) <<

[4] Médico de Medicina General. (N. editor digital) <<

[5] A sus órdenes, Sr. Comisario. (N. editor digital) <<

[6] Documentación, por favor. (N. editor digital) <<

[7] A su disposición, señorita. (N. editor digital) <<

[8] Barón. (N. editor digital) <<